

Revista

15 DE OCTUBRE

1904

Contemporánea

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. JOSÉ DE CARDENAS

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

REDACTOR JEFE

D. JUAN ORTEGA RUBIO

Catedrático de la Universidad Central.

SUMARIO

	<u>Páginas.</u>
Don Leandro Fernández de Moratín (conclusión), por J. O. R.	385
Minucias del 29 de Septiembre de 1868 en Madrid, por Rodrigo Amador de los Ríos	399
Cuentos cortos, por Carlos Cambroner	405
La Psicología y la Biología, por Alberto Ortega Pérez	417
Los Fastos de Ovidio (continuación), por V. S. C.	421
Sol de la tarde, por Miguel A. Ródenas	439
El misacantano, por Andrés González-Blanco	447
La concepción filosófica arábigo-española, por Ma- riano Amador	455
La criminalidad (continuación), por Manuel Gil Maestre	469
Cantares aragoneses, por Gabriel M.^a Vergara	497
Política interior y exterior, por L. Mariscal	499
Boletín bibliográfico, por Pedro Ansúrez , por Mi- guel A. Ródenas y por Manuel Abril	505

Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.

MADRID

PIANOS 200 PIANOS

Siempre existentes en los Salones
para elegir de diferentes modelos y sistemas tanto
NACIONALES como EXTRANJEROS

— VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS —

PIANOS DE ALQUILER

Pianos á louer

Pianos for hire

Pianos zu vermieten

Pianorfoli da affittare

R. MARISTANY—Barcelona, Plaza de Cataluña, 18.—Teléfono 1.390.

PÍLDORAS Y UNGÜENTO

DE

HOLLOWAY.

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

**LAS
PÍLDORAS**

purifican la sangre, corrijen todos los desórdenes del hígado, del estómago, de los riñones e intestinos y son de un valor inapreciable en todos los desórdenes que afligen al sexo femenino y á los niños.



**EL
UNGÜENTO**

es el solo remedio seguro para males de piernas, llagas, úlceras y heridas inveteradas. Para la curacion de bronquitis, males de garganta, toses, resfriados, gota, rheumatismo, hinchazones glandulares y todas las enfermedades de la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.
Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.

DON LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN (1)

Moratín considerado como prosista.

La derrota de los pedantes es una protesta valiente contra los malos escritores. Muéstrase en esta obra que Moratín, no sólo manejaba la crítica con suma delicadeza, sino que también merece ser considerado como modelo de lenguaje y de estilo. Léase el comienzo de *La derrota de los pedantes*:

«Estábase Apolo durmiendo la siesta á más y mejor en un mullido catre de pluma; un mosquitero verde le defendía de pelusa y moscas; la alcoba tenebrosa y fresca; el palacio en profundo silencio, y el dios bien comido, mejor bebido y nada cuidadoso. Roncaba, pues, su reluciente majestad, haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio, que se había traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Plutón, por no darse al diablo, viendo que los bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos.»

Acerca de los *Orígenes del teatro español*, dice la Academia de la Historia: «No obstante lo apreciable de este trabajo, la Academia entiende que Moratín no acabó de agotar enteramente su argumento, y que, á pesar de sus doctas investigaciones, todavía dejó mucho que hacer á la diligencia y laboriosidad de los que le sucedan en esta empresa» (2). Moratín buscó, con diligencia digna de encomio, el origen de nuestra dramática, señaló, con exquisito cuidado, cómo pasó de lo sagrado á lo profano, de los templos á los teatros y de los clérigos á los histriones. Desde los tiempos de la imprenta, no sólo sacó del olvido y catalogó cronológicamente dramas y autores, sino que calificó con imparcialidad y delicado juicio

(1) Véase la pág. 279 de este tomo.

(2) Prólogo, XIII.



todos estos monumentos de nuestra historia literaria. Sin embargo del mérito de la obra por lo que respecta á la forma, en el fondo se notan algunos lunares. Creyó Moratín que el Rabbi D. Santo de Carrión era autor de una pieza dramática escrita en coplas de arte mayor; pero puede asegurarse que dicho autor fué cristiano y el Rabbi nunca se convirtió al cristianismo.

En el *Catálogo de piezas dramáticas publicadas en España desde principios del siglo XVIII hasta 1825*, con que acompañó el *Discurso preliminar á sus Comedias*, se notan algunas omisiones, como, por ejemplo, no citar el melodrama *Saul*, de D. Francisco Sánchez Barbero, representado en el año 1805 con música del maestro Cristiani. Dice sólo: D. Francisco Sánchez Barbero. Coriolano T.

En un *Viaje por Inglaterra y por Italia* manifestó Moratín que era maestro en las bellas artes y conocedor de las costumbres. En las descripciones no hay escritor alguno que pueda rivalizar con él. Así describe la erupción del Vesubio: «Suenan un rumor confuso en las cavernas de la gran montaña, sale humo espeso por su boca, le agita el aire y esparce oscuridad y fétor por los campos vecinos; se aumenta el estruendo, revienta el monte, y entre una espesa lluvia de ceniza ardiente, que cubre la atmósfera y sepulta en tinieblas á la populosa Nápoles, con estampidos y relámpagos sale una columna altísima de fuego, arrojando al aire enormes piedras candentes, que se precipitan á los valles; brama impetuoso el viento, se altera el mar, tiembla la tierra, inflámase por todas partes el monte y derrama torrentes de agua entre las lavas que desde su altura bajan ardiendo al mar, abrasando y reduciendo á cenizas los árboles, las mieses, los edificios, las ciudades, que al pasar aniquila ó sepulta...» (1). Magnífica es también la descripción del Carnaval en Roma (2).

Entre las *Cartas* hay algunas primorosas. Abunda la sencillez ó erudición, la gracia ó el chiste. Como muestra se trasladará la siguiente:

(1) *Obras póstumas*, tomo I, pág. 369.

(2) *Ibidem*, págs. 583-586.

CARTA DE MORATÍN Á FLORIDABLANCA

Excmo. Sr.:

Muy señor mío y de mi mayor respeto: Si no son del todo falsas las nuevas que han llegado á este desierto en que vivo, parece ser que no está muy distante la época en que V. E. ha de elegir los individuos de la *Academia de las Ciencias*. Sería no conocer el delicado gusto de V. E. el persuadirse á que en un Cuerpo de tal especie no diese cabida á las Bellas Letras. V. E. sabe su utilidad, como la necesidad que hay en España de su cultura y los daños que ha originado el abandono de ellas y el mal gusto que las pervirtió y que aún dura en gran parte, con no poco descrédito nuestro. Creyera, pues, no corresponder como debo al favor que siempre he merecido á V. E. y al aprecio que se ha dignado hacer alguna vez de mi corto talento, si en esta ocasión no lo ofreciese todo á la disposición de V. E. Sé muy bien que podrá hallar fácilmente sujetos de mayor inteligencia en este ramo de literatura; pero (si me es lícito decirlo) no en iguales circunstancias de adelantar, ni de mayor inclinación al estudio, ni de tanto celo por contribuir á la gloria de V. E., que va á eternizarse con tan útil establecimiento.

Sea cual fuere la resolución de V. E., á mí me basta haberle manifestado mis deseos de concurrir, en la parte que me fuese posible, á llenar sus grandes ideas. Si no me juzgara útil, me ceñiré, como otros muchos, á desear que se verifique la formación de este Cuerpo literario, para aprovecharme de las nuevas luces que difundirá en la nación bajo el poderoso patrocinio de V. E.

Nuestro Señor guarde la vida de V. E. los muchos años que deseo y necesito. Pastrana 18 de Mayo de 1791.

Excmo. Sr.: B. L. M. de V. E.,

Leandro Fernández de Moratín.

Excmo. Sr. Conde de Floridablanca.

(Archivo de Alcalá de Henares, leg. 3.022.)

Las *Notas* que puso Moratín al *Auto de fe celebrado en Logroño en los días 6 y 7 de Noviembre de 1610*, eruditísimas en el fondo y castizas en la forma, son dignas de aquel preclaro ingenio. Empapado en las doctrinas de los enciclopedistas franceses, se mofó del aparato de los *Autos de fe*, vapuleando, sin compasión, á los inquisidores. Como dice el Sr. Menéndez Pelayo, cualquiera tendría las *saladas* notas por retazos del *Diccionario filosófico* (1). Con efecto, prescindiendo de las ideas religiosas del autor y de ciertas palabras, si exactas, un tanto libres, las *Notas* se hallan escritas en estilo elegante unas veces, en enérgico otras y en jocoso muchas, abundando las expresiones gráficas y felices que presentan los pensamientos llenos de animación y de vida. Termina de este modo Moratín: «Pues por estas burlas y las que se han referido, condenó la santa inquisición de Logroño á 53 personas, á 5 estatuas y á 5 esqueletos. Y por estas burlas hubo prisión, tormento, sambenito, corazas, sogas, velas verdes, burro, azotes, multas, confiscación de bienes, destierro, cárcel perpetua, afrenta pública, pena capital, garrote y brasero; y eso que perdonó ó alivió el castigo á 18, porque fueron buenos confitentes. Todo acompañado y embellecido con las procesiones, las cruces, los vestidos nuevos de los familiares, los sermones, el estrépito de los cantores y ministriles y la satisfacción y el contoneo del licenciado Frías, del licenciado Valle de Alvarado y del doctor Becerra y Holguín.»

«Poesías de D. Diego de Torres y Villarroel, D. Juan de Iriarte, D. Ignacio de Luzán, D. Francisco Gregorio de Salas, D. Vicente García de la Huerta, el Conde de Noroña, Cienfuegos, Cadahalso, Quintana, Arriaza y Tomás de Iriarte, copiadas de letra de Moratín, con las biografías de algunos de ellos (estas ineditas)» (2).

Después de copiar Moratín algunas poesías de los escritores citados, escribe breves notas biográficas de D. Diego Torres Villarroel, D. Juan de Iriarte, D. Ignacio de Luzán, D. Fran-

(1) *Heterodoxos españoles*, tomo III, pág. 281.

(2) *Biblioteca Nacional*, sección de manuscritos, núm. 6.131, vol. en folio de 78 hojas, autógrafo de Moratín.

cisco Gregorio de Salas, D. Vicente García de la Huerta, don Gaspar María de Nava Álvarez de las Asturias, Conde de Noroña, y de D. Nicasio Álvarez de Cienfuegos. Véanse las de D. Diego de Torres (1): «D. Diego de Torres y Villarroel nació en Salamanca á fines del siglo XVII. Pueden verse las circunstancias particulares de su vida en la que él mismo escribió, y se halla al fin de la colección de sus obras. No debió á ningún maestro los conocimientos que adquirió en las ciencias físicas y matemáticas, ni en las buenas letras tuvo presentes otros modelos que los antiguos poetas y prosistas españoles, cuya constante lectura, añadida á la que su talento observador pudo adquirir en el trato del mundo y en los continuos viajes que hizo dentro y fuera de España, bastaron á formar en él un escritor estimable por la pureza y la abundancia de su lenguaje, no menos que por la facilidad y gracias de estilo en el género familiar: que es el único en que sobresalía. Aun considerado bajo este respecto, no es fácil tolerar en sus obras muchas faltas que el buen gusto desapruera, muchas expresiones indecorosas, que sólo puede aplaudir el ínfimo vulgo. Para él escribió sus calendarios y pronósticos, que le dieron extraordinaria celebridad, y uniendo á las grandes utilidades que resultaron de su despacho los productos de su cátedra de matemáticas, de una capellanía y de los beneficios que tuvo, pasó la mitad de su vida cómoda y tranquilamente, estimado de cuantos gozaron de su trato ingenuo, festivo y amable. Murió en Salamanca en el año de 1770.»

¿Tradujo Moratín el *Cándido* de Voltaire? Creía yo que si el estilo y el lenguaje eran dignos de Moratín, no existían pruebas para conceder á éste la paternidad de dicha traducción. Fundábame en que no había encontrado sobre el particular la más pequeña indicación en las cartas de Moratín, ni en las biografías que del autor de *El sí de las niñas* hicieron D. Mannel Silvela, D. Juan Antonio Melón y otros. Si antes del año 1813 sólo se ocupaba en el teatro y en las enconadas luchas y polémicas que sostenía con sus émulos y enemigos, después trabajaba únicamente en los *Orígenes del teatro espa-*

(1) Folio 3 vuelto.

ñol, obra que escribió con verdadero empeño, como se muestra por su correspondencia epistolar.

Además, el Santo Oficio, que de todo tenía noticia, le persiguió por las doctrinas que enseñaba en sus comedias; pero jamás citó la versión manuscrita del *Cándido*. Por último, no me explicaba que once años estuviese ignorada dicha versión, puesto que se imprimió en Valencia por el año 1839.

De otro modo discurre con más acierto seguramente el Sr. Menéndez Pelayo. Véase lo que dice sobre el particular: «Con el nombre de Moratín anda impresa (pienso que en Valencia, aunque la portada dice que en Cádiz) una traducción bien hecha, como suya, del *Cándido*, de Voltaire...» (1). Y en una nota añade: «La traducción del *Cándido* se imprimió hacia 1839, pienso que por Cabrerizo, en Valencia. Los biógrafos de Moratín no suelen hablar de ella» (2).

¿Escribió Moratín en el periódico semanal *La Espigadera*? (3). No lo sé, ni encuentro datos que lo confirmen. El académico Sr. Cotarelo sostiene que bien puede sospecharse, atendiendo a la forma y al fondo, al estilo y a la doctrina, que algunos artículos se deben al eximio escritor. Es cierto que éste debía estar agradecido a *La Espigadera*, semanario que vió la luz en el año MDCCLI, pues en el tomo I, número 1.º, páginas 17 y 18, 21 y 22, y en el tomo II, núm. 14, página 69, se alaba, con verdadero entusiasmo, la comedia *El viejo y la niña*.

Moratín considerado como modelo de lengua y estilo.

Aunque ya se ha indicado que Moratín debe ser considerado como modelo de lenguaje y de estilo, insistiremos en asunto de tanta importancia. Opinamos que ni antes ni después de él se encuentra un escritor cuyo lenguaje sea más

(1) *Heterodoxos españoles*, tomo III, pág. 281.

(2) *Ibidem*, pág. 282.

(3) B. N., I, 40.970.

puro, correcto y castizo, ni cuyo estilo sea más sencillo, natural y expresivo. Ni Herrera, ni Cervantes, ni Solís conocieron mejor el idioma castellano. ¡Qué gracioso en *La derrota de los pedantes!* ¡Qué períodos tan bellos en el *Viaje por Inglaterra y por Italia!* ¡Qué estilo tan ligero á veces y elevado otras! Domina en las *Cartas* el buen gusto y la naturalidad, y la sátira más fina en las *Notas* que puso al *Auto de fe*. En las cortas *Biografías* que de algunos poetas se conservan inéditas en la Biblioteca Nacional, muéstrase Moratín correctísimo prosista.

«Enfrente del grupo de Quintana, y hostilizándole más ó menos á las claras, estaba el de Moratín el hijo, á quien seguían el abate Estala, Melón, D. Juan Tineo y D. José Gómez Hermosilla, señalados todos más como críticos que como poetas. Así como la escuela de Quintana era esencialmente revolucionaria en política, y se distinguía por el radicalismo y el panfilismo, estos otros, con ser irreligiosos en el fondo, eran conservadores y amigos del poder y se inclinaban á un volterianismo epicúreo, pacífico y elegante. Casi todos se afrancesaron después. En gusto acrisolado y pureza de lengua eran muy superiores á los *quintanistas*, á quienes acerbamente maltrataban, y mucho más clásicos que ellos, siguiendo por lo común el gusto latino é italiano. Y aunque convenían con los otros en la admiración á los recientes escritores franceses, en el modo de manifestarla eran mucho más cautos y contenidos» (1). Más adelante añade:

«Su correspondencia privada con el abate Melón aún nos deja ver más clara la sequedad extraordinaria de su alma. Á renglón seguido de haber hecho una elegantísima oda á la Virgen de Lendinara, escribe á sus amigos que *ha cantado á cierta virgencilla del Estado véneto*. Y, sin embargo, la oda es preciosa, á fuerza de arte de estilo y sobriedad exquisita, debiendo decirse en loor de Moratín que estéticamente comprendía la belleza de la poesía sagrada, como lo muestra una nota de sus *Poesías sueltas*. «Una mujer (escribe Moratín), la

(1) Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos españoles*, tomo III, págs. 280 y 281.

más perfecta de las criaturas, la más inmediata al trono de Dios, medianera entre él y la naturaleza humana, madre amorosa, amparo y esperanza nuestra; ¿qué objeto se hallará más digno de la lira y del canto? La Grecia, demasiado sensual, en sus ficciones halagüeñas, no supo inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de la reverencia y el amor de los hombres.» «Gracias á este sentido crítico, que le libró en parte de las preocupaciones enciclopedistas, acertó alguno vez con la inspiración religiosa, aunque fuese prestada, especialmente en esa oda, superior quizá á todas las de asunto piadoso que entonces se escribieron...» (1). Con efecto, en aquella época revolucionaria, llevados á la guillotina los reyes de derecho divino, befa de las muchedumbres las creencias más venerandas, Moratín se contagió del escepticismo dominante, ó mejor dicho, del enciclopedismo transpirenaico, aunque conservando siempre, con fuerzas arraigadas, un gran amor á la verdad, á la belleza y al bien. Dotado de exquisita sensibilidad, la enemiga de sus émulos, las diatribas de sus enemigos y las persecuciones políticas y religiosas no agriaron su carácter ni trastornaron sus poderosas facultades. Siempre tuvo en su corazón á deudos y amigos. Alguna vez se quejó de su ingrata patria.

Es verdad que Moratín no se distinguió por la riqueza de giros y por la variedad en la construcción de los períodos; pero fué el mejor prosista de su tiempo. Si como poeta dogmático ya se hizo notar, con arta frecuencia, la claridad y viveza del lenguaje, la corrección y pureza del estilo, al mismo tiempo que por los caracteres dibujados con rasgos originales, todo esto, acompañado del gracejo y de la ironía, Moratín, considerado como prosista, merece lugar preferente por la sonoridad de los períodos, por la elegancia de la frase y por el colorido, como también por la sencillez, claridad y armoniosa dulzura, encanto de la narración. En el autor de *El sí de las niñas* la lengua castellana se presenta en toda su pureza y hermosura.

Tiene Moratín otro mérito, que le hace á nuestros ojos dig-

(1) Ibidem, págs. 281 y 282.

no de aplauso. Puede asegurarse que nadie tuvo más amor al arte ni más fe en su importancia.

Á todo esto hay que añadir que él, con D. Ramón de la Cruz y Goya, retrataron maravillosamente las clases medias y populares españolas al expirar el siglo XVIII, y en ellos, «más que en ningún otro documento é historia, ha de estudiar la posteridad» (1).

En suma, un severo censor encontrará tal vez algunos lunares y manchas en las obras del autor de *La comedia nueva*; pero ¡serán tan pocos los lunares y manchas! Además, ¿qué obra humana carece de imperfecciones?

Influencia de Moratín en la cultura patria.

Para desgracia del arte escénico en Francia y en España, Molière y Moratín no tuvieron discípulos, aunque sí entusiastas admiradores.

Entre éstos se citará á Martínez de la Rosa. Nadie negará que las comedias *La niña en casa y la madre en la máscara*, *Lo que puede un empleo*, *Los celos infundados* y *La boda y el duelo* se hallan cortadas por el patrón de las de Moratín, tomando aquél de éste la sencillez del asunto, las bellezas de estilo y la intención moral. Del mismo modo, el Duque de Rivas representó, en 1834, la comedia *Tanto vales cuanto tienes*, imitación pobre y fría de Moratín. También Bretón de los Herreros, que tiene por D. Leandro una afición casi supersticiosa, escribió *Á Madrid me vuelvo* y *Á la vejez viruelas*; luego, tres años después, el 30 de Diciembre de 1831, apareció en las tablas *Marcela*. El corte de las dos primeras es moratiniano puro. D. Manuel Eduardo de Gorostiza recuerda á Moratín en sus comedias *Indulgencia para todos*, *Don Dieguito*, *Tal para cual ó los hombres y las mujeres*, *Contigo pan y cebolla*, etc. D. Tomás Rodríguez Rubí en sus comedias *Del mal el menos* y *Toros y cañas*, y D. Ventura de la Vega en su sainete *La crítica de El sí de las niñas*, se inspiraron en las

(1) D. Francisco Silvela, *El Liberal* del 11 de Mayo de 1900.

inmortales producciones de Moratín. Por último, D. Mariano Z. Cazorro, que, según Bretón de los Herreros, tenía más mérito que fama, cultivó, con no poco aprovechamiento, la poesía dramática y siguió las huellas del insigne autor de *La comedia nueva*.

Á la revolución de Julio en Francia (1830) había sucedido el movimiento político en España (1834), y con ambos sucesos hubo de desarrollarse allende y aquende los Pirineos verdadera revolución literaria. Á la clásica musa de Molière y de Moratín y á los severos preceptos de Aristóteles, Horacio y Boileau había sucedido el *romanticismo*, cuyo profeta era Víctor Hugo. Si fuera de España los ídolos poéticos eran Shakespeare, Byron y Goethe, aquí la nueva escuela hallaba su inspiración en las hermosas creaciones de Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón, Moreto, Rojas y Alarcón. Señalóse el triunfo del romanticismo en la escena patria por la representación, en la noche del 22 de Abril de 1834, del drama *La conjuración de Venecia*, obra digna del ilustre repúblico D. Francisco Martínez de la Rosa, siguiendo, en el 22 de Marzo de 1835, la no menos gigantesca creación de *Don Álvaro ó la fuerza del sino*, de D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas. En la noche de 1.º de Marzo de 1836 el público tributó entusiasta ovación á D. Antonio García Gutiérrez por su inspiradísimo drama *El Trovador*, y en el mes de Enero de 1837 se repitieron aplausos atronadores en la representación de *Los amantes de Teruel*, de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. La nueva escuela necesitaba de un jefe apasionado y batallador. Fué éste D. José Zorrilla, el cual se dió á conocer en el cementerio de la puerta de Fuencarral con aquellos sentidos versos que dedicara á la memoria del suicida D. Mariano José de Larra (*Figaro*). El autor de *Don Juan Tenorio* ocupó entre nosotros el lugar que Víctor Hugo en Francia. Jóvenes poetas, imitadores serviles, exageraron la obra del maestro, hasta el punto que el Parnaso español se convirtió en un manicomio. Contra esta nube de malos poetas levantó su voz el insigne D. Ramón Mesonero Romanos, y su sátira *El romanticismo y los románticos* contuvo, aunque no tanto como fuera de desear, el desbordamiento vertiginoso de los hijos de las Musas.

Más tarde se aplaudió en el teatro alguna comedia calcada en los moldes de las de Moratín. Si al presente no brilla en la escena el genio del autor de *El viejo y la niña*, creemos firmemente que en sus obras dramáticas se inspirarán muchos poetas. Acerca de sus obras en prosa, siempre será el maestro, y á él volverán los ojos todos aquellos que quieran hablar y escribir con perfección la rica y hermosa lengua castellana.

Apéndice 1.º

PARTIDA DE BAUTISMO DE D. LEANDRO F. DE MORATÍN

«Como Teniente mayor de cura de la parroquia de San Sebastián de esta corte, certifico: que en el libro 38 de bautismos de la misma, al folio 306, se halla la siguiente partida:

En la iglesia parroquial de San Sebastián, de esta villa de Madrid, en 12 de Marzo de 1760 años, yo, D. Antonio Cuesta, presbítero, con licencia del Ilmo. Sr. Obispo de Tricomia, Comendador perpetuo de esta iglesia, bauticé solemnemente á Leandro Antonio Eulogio Melitón, que nació en esta villa en 10 de dicho mes y año; hijo de Nicolás Fernández, natural de esta corte, bautizado en San Justo, y de Isidora Cabo Conde, su mujer, natural del lugar de Aldeaseca, obispado de Ávila. Viven calle de San Juan de esta feligresía, y fué su madrina Ana Fernández, su tía, soltera, hija de D. Diego Fernández y D.^a Inés González Cordon, viven calle de Santa Isabel, de esta parroquial. Y la advertí el parentesco espiritual y la obligación de enseñarle la doctrina cristiana y lo firmé.—D. Antonio Cuesta.»

Apéndice 2.º

EDICIONES PRINCIPALES DE LAS OBRAS DE MORATÍN

La primera edición que se hizo de las obras de Moratín se debe á D. Vicente González Arnao, en París, el año 1825. En ella no se encuentran los *Orígenes del teatro español*, á

cuyo libro, por entonces, daba el poeta su última mano. También faltaban algunas composiciones líricas conocidas ya del público y otras inéditas guardadas entre los papeles de amigos del poeta ó curiosos. Publicóse en el año 1826, también en París, nueva edición; pero incompleta como la primera. La Academia de la Historia creyó que debía honrar la fama y nombre de Moratín haciendo una edición completa de sus obras; trabajo que llevó á feliz término, incluyendo los *Orígenes del teatro español*, cuyo manuscrito adquirió y facilitó Fernando VII. «Consideraciones de prudencia, escribe la Real Academia de la Historia, propias de las circunstancias, han movido á hacer algunas supresiones de corta extensión en ciertos pasajes de las comedias, á que pudiera darse tal vez interpretación menos conveniente, y en que ha parecido á la Academia debían sacrificarse algunas palabras á la delicadeza y opiniones de personas bien intencionadas y respetables.» Dice después que cotejando esta edición con la de París se podrá ver que las alteraciones son leves, y termina: «La Academia no ha podido menos de añadir las pocas y breves notas que sirven para corregir algunas expresiones en que Moratín, ó mal informado ó arrastrado por las circunstancias agitadas de su vida, dió muestras de que era hombre, y como tal, expuesto al error y al influjo de las pasiones humanas. Han hecho necesarias esas ligeras advertencias de la Academia el interés de la verdad, la defensa del honor de la nación y del suyo propio; pero sin perjuicio del justo aprecio y admiración que le inspiran las producciones de Moratín, como uno de los mejores ingenios de que puede preciarse España, y que forma época en la historia de nuestra literatura» (1).

Hízose otra edición de las obras de Moratín en Madrid, en el año 1840; la Biblioteca de Autores Españoles las publicó en el tomo II, año de 1850, y, por último, de orden y á expensas del Gobierno, vieron la luz las obras póstumas en 1867-1868.

(1) Prólogo, xv-xviii.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN (D. LEANDRO).—*Obras dramáticas y líricas*.—Única edición reconocida por el autor (1).—París.—Augusto Bobée.—1825.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN (D. LEANDRO).—*Obras dramáticas y líricas*.—2.^a edición.—París.—Imprenta de A. Coniam.—1826.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN (D. LEANDRO).—Sus obras dadas á luz por la Real Academia de la Historia.—Madrid.—Aguado.—1830-31.

Consta esta edición de cuatro tomos, y el primero y segundo se componen de dos partes.

Tomo I, I parte: Trata de los *Orígenes del teatro español*.

I, II parte: *Orígenes del teatro español*.

Tomo II, I parte: *Comedias originales*.

II, II parte: *Comedias originales*.

Tomo III: *Traducciones dramáticas*.

Tomo IV: *Obras sueltas*.

Obras dramáticas y líricas de D. LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN, entre los Arcades, Inarco Celenio.

Esta edición se aumentó con el célebre *Auto de fe, Origen y épocas del teatro español* y el gran *Catálogo de comedias*, escritas por autores nacionales.—6 tomos.—Madrid.—Oficina del Establecimiento Central.—1840.

Biblioteca de Autores Españoles.—Obras de D. NICOLÁS Y D. LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.—Tomo II.—Madrid.—Imprenta de La Publicidad, á cargo de D. M. Rivadeneyra.—1850.

Obras póstumas de D. LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN, publicadas de orden y á expensas del Gobierno de S. M.—Tres tomos.—Madrid.—Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, calle del Duque de Osuna, núm. 3.—1867-1868.

(1) Esta nota se halla puesta por la Biblioteca Nacional.

En el primer tomo de las obras póstumas se halla:

- 1.º Advertencia y notas á la comedia *El viejo y la niña*.
- 2.º Advertencia y notas á *La comedia nueva*.
- 3.º Prólogo para la comedia *La Mojigata*.
- 4.º Apuntaciones sueltas de Inglaterra.
- 5.º Viaje de Italia.

En el tomo segundo:

- 1.º Termina el viaje de Italia.
- 2.º Adiciones sobre los teatros de Italia.
- 3.º Libros españoles de la biblioteca de la *Sapienza*, en Roma.
- 4.º Comedias españolas, traducidas en italiano.
- 5.º Noticia de los gastos hechos en las operas del Retiro y en las diversiones de Aranjuez.
- 6.º Cartas.

En el tomo tercero:

- 1.º Cartas (continuación).
- 2.º Apuntaciones sobre varias obras dramáticas.
- 3.º Prólogos para *El viejo y la niña*, para *La comedia nueva* y para *El Barón*. Dedicatoria de *El Barón*. Prólogo para una nueva edición de *Fray Gerundio*.
- 4.º Algunas poesías.
- 5.º Extracto de un Diario de Moratín.
- 6.º Fragmento de la vida de Moratín, escrito por él mismo.
- 7.º Testamento de D. Leandro de Moratín.
- 8.º Apéndices.

J. O. R.

MINUCIAS DEL 29 DE SEPTIEMBRE DE 1868 EN MADRID

En medio del estupor que los acontecimientos políticos de aquellos días nos habían producido, tanto por su rapidez como por su transcendencia no bien calculada, aquél, con ser detalle que teníamos descontado, causó en nosotros impresión verdaderamente terrible.

Caer, y caer de tal manera la monarquía, aquella monarquía tildada de *secular* en todos los tonos, y por la que tanta sangre habían derramado los españoles, sin protestar por ello la Nación en masa, sin que en sus cimientos se conmoviese España entera para salir á la defensa de Soberana tan querida como lo fué Isabel II, antojábasenos punto menos que imposible; y cuando Pucheta, al mediar del día 29, por todas partes en los barrios bajos hizo correr la noticia del triunfo de Alcolea, pánico invencible se apoderó de nuestro ánimo, dejándonos como aturcidos.

Aunque el famoso padre Claret y la milagrosa y llagada sor Patrocinio eran en toda España abominados—según con D. Luis González Brabo acontecía,—las simpatías personales de la Reina, que las tenía y muchas, habían seguramente de significarse y aun de imponerse, poniendo á lo que entendíamos las armas en manos de cuantos debían favores á aquella augusta señora, que no eran pocos, y surgiría la lucha de seguro, y tendríamos en Madrid, corregida esta vez y aumentada, nueva edición de los motines de 1854 y 1866, sólo que en sentido contrario, figurándonos que en breve, á las nuevas circuladas por Pucheta, habría de suceder en algunos barrios de la ex corte el levantamiento de barricadas y el estruendo de la fusilería.

Intranquilos, azorados y temerosos de lo que ocurrir pudiese, presentáronse al Director los empleados, y con expo-

nerle sus no injustificados recelos, en vista de lo apremiante de las circunstancias, y la necesidad de acallar la alarma en sus familias, solicitaban permiso para retirarse á sus casas, abandonando la oficina.

Era á la sazón el Director de aquel Establecimiento científico—el año anterior fundado é instalado en uno de los extremos de la villa, frente á frente de la Fábrica de Tabacos,— hombre que á sus indisputables méritos en ciencias y letras unía un carácter decidido y enérgico; y si bien comprendía la razón que á sus subordinados impulsaba, previsor y digno, ante las contingencias de lo que suceder podría con las riquezas allí bajo su dirección y responsabilidad atesoradas, veíase en la precisión de negar, muy á pesar suyo, lo solicitado, haciendo presente á los aterrados oficinistas que «no había sido Isabel II, sino la Nación, quien les tenía tal depósito confiado, y que á la Nación habían de responder de él únicamente».

Las sensatas palabras del Director no fueron, sin embargo, obedecidas, y los empleados desfilaron uno á uno por el portalón del edificio, á la sazón en obra. Yo me quedé en mi puesto.

Y me quedé, por varias razones: porque aquel Director era mi padre; porque vivíamos en el edificio, y porque era yo muy joven, y me seducía la incertidumbre de lo desconocido, y estaba mi espíritu abierto á todas las expansiones.

Formamos allí un retén con los empleados subalternos que en la casa también vivían y con algunos vecinos de buena voluntad á quienes interesamos, y cada cual se procuró dónde y como pudo un arma para prestar servicio inmediatamente.

Tenía mi padre una vieja escopeta de pistón, de cañón madrileño, que creo era de Bustinduy, y con ella me hice; con ella marcialmente di la guardia, y con ella, á las altas horas de la madrugada, salí de ronda al frente de cuatro ó cinco *números*, pacíficos porteros que tenían más sueño que otra cosa, y de quienes no vive ya ninguno.

No nos aconteció nada en aquella *tourné* que sea digno de memoria: Madrid dormía tranquilo; las calles estaban so-

litarias y en su mayor parte desiertas, apenas alumbradas por los soñolientos reverberos de gas, que agonizaban en silencio.

Por las calles *del Tribulete, del Mesón de Paredes y de los Abades* hasta bajar al *Rastro* y volver al punto de partida, no hallamos sino borrachos, que gritaban con pastosa voz avinada victoreando la revolución, haciendo eses y equilibrios, dando tumbos y lanzando en su ardimiento alcohólico é inconsciente mueras contra Isabel II; mujerzuelas de la más ínfima categoría, pobres y repugnantes sirenas del género barato, sin encantos ni atractivos; muchos retenes de paisanos, con sus correspondientes centinelas, que nos daban á cada paso el alto, y ni un sereno, ni un polizonte, ni disturbio, riña ni tumulto por los cuales se alterasen la paz y la tranquilidad del vecindario.

Muchas veces, de la sombra se destacaba un bulto, rígido y casi automático, y se oía resonar una voz, gritando:

— ¡Alto! ¿Quién vive?

— España—contestaba yo, deteniendo mi tropa.

— ¿Qué gente?—insistía el centinela.

— Paisanos armados — replicaba yo, dándome aires de caudillo democrático.

La voz entonces volvíase hacia la sombra, exclamando:

— ¡Cabo de guardia! ¡Paisanos armados!

En la obscuridad surgían tres ó cuatro bultos, que se adelantaban acompasadamente, y otra voz resonaba, diciendo:

— ¡Avance la nombrada á rendir santo y seña!

Después del *¡preparen!* de cajón, avanzaba yo, con efecto, seguido de dos *números*, y muy satisfecho de jugar á los soldados, y rendía el santo y seña, que fueron aquel día los de *San Miguel, Madrid, Milicia*, como en el siguiente *San Carlos, Calatayud, Cartuchera*.

Nada nos ocurrió, repito, y como unos héroes volvimos triunfadores al retén, donde, no sé cómo, me hice con un fusil *Berdam*, de aguja, sin cartuchos, y cuyo mecanismo desconocía por completo.

Triste y lluvioso amaneció el día 30; y queriendo yo

aumentar el contingente de la escasa fuerza que formábamos, con licencia del conserje del establecimiento, que era el jefe del retén, pues democráticamente renuncié este honor, aunque me correspondía,—con un lazo verde al brazo y mi fusil Berdam al hombro, dime el gusto pueril de recorrer contoneándome las calles de la capital en busca de dos amigos, á quienes sorprendí en el lecho con mi belicoso arreo. Híceles levantar, no de la mejor gana, y con ellos me encaminé al *Parque de Artillería*, asaltado por la muchedumbre, para que allí se armasen como yo lo estaba, y lo hacía todo el mundo.

Chapoteando en el lodo formado por la lluvia, los gritos que se oían, y los grupos de muchachos y de mozalbetes cargados de machetes, de bayonetas y de fusiles que encontramos ya en las proximidades del *Cuartel de San Gil*, nos hicieron acelerar la marcha, temiendo llegar demasiado tarde al reparto.

Franca la puerta del *Parque*, una multitud abigarrada, compuesta de gente alborotadora é inquieta, pero no de malas intenciones, resistía valerosamente el agua y voceaba y bullía y se amontonaba al pie de los mezquinos edificios próximos á las ventanas del antiguo convento.

Varios individuos, subidos en los alféizares de ellas, recibían de otros que en el interior había pesados fusiles *mejicanos*, reformados, y en realidad inútiles, y los repartían ó vendían á los que abajo estaban con las manos levantadas, esperando recibir aquellos armatostes para defender la libertad y la patria, por nadie amenazadas en aquel entonces.

Por dos míseras piezas isabelinas de medio real logré dos fusiles de pistón, cañón grueso, abrazaderas de latón dorado y caja pesada y obscura, con los cuales, aunque carecían de bayoneta, armé á mis dos amigos, saliendo de allí los tres, no sin desperfectos en la indumentaria de uno de ellos, quien, queriendo trepar á las ventanas, cuando en posición dificultosa se encaramaba con trabajo por los salientes de una tapia, vió sobre sí subir á otros más listos, á quienes sirvieron de cómodo punto de apoyo en la ascensión los anchos bolsillos del balandrán que aquél llevaba puesto y que resultaron en la empresa desgarrados.

Aquella noche, antes de la ronda, fuí comisionado para recoger en la tenencia de alcaldía, situada en la *calle de Embajadores*, el pan que el Ayuntamiento graciosamente repartía entre los *Voluntarios de la Libertad*, fieles guardadores del orden; y mientras los dos *números* que me acompañaban ensartaban valientemente las libretas en las baquetas de sus fusiles, y firmaba yo el recibo, presencié escenas deliciosas, que se han borrado de mi mente, y que siento no recordar en detalle.

Nadie nos molestó para nada aun cuando, en cumplimiento de órdenes superiores, detuvimos algunos soldados sueltos que iban armados, y entre otras, una partida que por la *calle del Tribulete* venía disparando tiros y alborotando, aunque, á decir verdad, no disparó arma alguna, sino que se disparaban ellas solas, pues siendo el calibre de los cartuchos distinto del que requerían los fusiles de aguja, al cerrar el obturador, estallaban aquéllos, no sin riesgo de los curiosos que estaban en los balcones, y peligro de los mismos voluntarios.

No presencié yo las escenas de la *Puerta del Sol*, cuando las turbas estacionadas delante del *Principal*, ó sea el Ministerio de la Gobernación, pedían que la Guardia civil abriese las puertas, ni cuando el General Milans del Bosch se arrancó las hombreras con las iniciales de la Reina, ni cuando Amable Escalante se ciñó la faja de general, ni cuando, por último, Guardia civil y paisanaje fraternizaron calurosamente.

Quede para el historiador de aquellos acontecimientos el referirlos con todas sus circunstancias; yo me limito á consignar estas minucias, y á hacer constar que en Madrid no pasó nada por los temerosos barrios bajos en los primeros momentos de la revolución, si se exceptúan aquellos ramplo-nes cantares, de los cuales decía el uno:

«Á las armas, ciudadanos!
A las armas, ¡voto va!
Defendamos con las armas
nuestra santa libertad.»

El otro, indecente y grosero á más de ramplón, á modo de estribillo expresaba:

«Si Isabel quiere corona,
que tome la de un...
que la corona de España
es para el General Prim.»

¡Pobre General, que había de morir á manos de ignorados asesinos en la calle del Turco, durante la nevada de aquella noche inolvidable de Diciembre de 1870, y pobre revolución, de la que tantas cosas se esperaban, y que nos trajo la guerra civil en España y en Cuba, y por contera y como consecuencia, después de la restauración, la pérdida vergonzosa de nuestras colonias, y el entronizamiento de aquellas mismas ideas contra las cuales había nacido!

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

CUENTOS CORTOS

I

Las conjeturas.

Al final de una calle que desemboca en el Prado hallábase reunido cierta mañana de otoño un grupo de gente que se agolpaba ansiosa bajo el dintel de la puerta de una elegante casa. Veíase entrar y salir á los guardias de orden público, al delegado de policía dando disposiciones, y en el semblante de todos se dibujaba una triste curiosidad.

Iba yo con un amigo que mostró interés por saber la ocurrencia, y nos dirigimos á una vieja interrogándola sobre el caso. La vieja, mujer al fin, habló mucho y dijo poco, lo suficiente, sin embargo, para ponernos al corriente del suceso. Se ha matado un hombre: ésta era la frase que resumía el discurso de la interpelada, cuajado de consideraciones morales sobre lo efímero de nuestra existencia.

—Se ha matado un hombre—dijeron los curiosos.—Un suicidio,—dije yo, dando al hecho el calificativo que le correspondía.

—¿Dónde ha sido?—pregunté.

—En el piso bajo—me respondieron.

No necesitaba saber más: lo sabía todo, como dicen en las comedias.

—Aquí tienes—dije á mi amigo—el hilo de una historia de amor que tal vez nadie conozca, y que yo he averiguado por casualidad, gracias también á mi espíritu observador. Esta reja que ves abierta da á un gabinete del teatro donde se ha representado ese sangriento drama. Si de ayer tarde á hoy no han cambiado las cosas, sobre un veladorcito de Manila colo-

cado á la izquierda debe existir un libro en rústica, edición de Michel Levy, cuya cubierta tiene un título relativamente fatal, dadas las presentes circunstancias.

Mi amigo miró, en efecto, y *tressaillit*, como dicen los franceses.

—¿Qué has leído?—le pregunté.

—¡Werther!—repuso asustado.

—Conozco—añadí—la historia de este suicida, y te la voy á contar para asombro tuyo y de tus hijos, si es que algún día buscas novia y te casas, y tienes fruto de bendición y humor de referirles el cuento.

Abandonamos el sitio de la ocurrencia, y paseando por el Prado, comencé mi relación en estos términos:

—Una tarde que crucé casualmente por esta calle, hallé asomado á la reja del gabinete en que has visto el libro de Goethe un hombre joven, bien vestido, de inteligente mirada y finos modales: estaba abstraído, meditabundo, triste, y yo, que me preocupo por todo aquello que no me importa, tuve deseos de conocer la causa de su tristeza. Pronto salí de dudas; á la tarde siguiente pasé de propio intento por el mismo sitio: estaba la reja abierta, y aproximándome á ella pude descubrir en el interior de la habitación, y sobre el mismo veladorcito de Manila que has visto, un ejemplar de *Raphael, pages de la vingtième année, par Alphonse de Lamartine*.

Quedó aclarado el enigma: aquel hombre estaba enamorado.

Después de algún tiempo, no mucho, acerté á pasar junto á la reja, y vi caído en el suelo un libro, que me produjo angustia mortal, poniéndome al por menor del estado en que se hallaba el corazón del inquilino de aquella vivienda. El libro era *La dame aux camelias, par Alexandre Dumas, fils*.

Todo estaba claro como la luz. Mi desconocido se había enamorado de una mujer, creyéndola sin duda modelo de virtud y honestidad, de esas que describía Lamartine, y luego el pobre muchacho había visto que era una de tantas. De ahí que se entregase al estudio de Margarita Gautier, arrojando al suelo el libro después de haberlo leído, como arrojaba en el olvido su amor después de haber sido engañado.

Aquí creí yo que hubiera acabado la historia de aquellos amores; pero cuál sería mi asombro al ver cierto día sobre el consabido velador otro libro con este epígrafe: *H. de Balzac. Œuvres complètes.*

¡Pobre amante! Se conoce que no pudiendo olvidar aquel amor que había echado en su alma profundas raíces, trataba de cauterizar la herida por todos los medios posibles. El amor de *Raphael* era una ofrenda ridícula para *la dama de las camelias*, y convencido de ello nuestro protagonista, se dió á leer á Balzac. La medicina era eficaz, pero fuerte; el autor de *Peau de chagrin* hace en el alma el mismo efecto que en los rasguños de la piel árnica pura ó vinagre con sal.

No obstante, el hombre que tanto preocupó mi atención tenía talento, y no pudieron ofuscarle los aforismos del último autor que había venido á sus manos. Lamartine le decía: sufre; Balzac le decía: olvida. El idealismo del uno y la descarnada realidad del otro debieron estar en lucha constante dentro de su corazón. Con Lamartine se le hacía imposible la vida; con Dumas hijo y con Balzac, despreciable. Goethe vino á resolver la cuestión.

Te voy hacer un resumen, como en las revistas de toros. El desconocido, á quien, sin embargo, ya conocemos perfectamente, se enamoró de una mujer que le ha engañado; no la pudo olvidar y haciéndosele, por lo tanto, irresistible la existencia, se ha pegado un tiro incitado por la lectura del *Werther*.

—En efecto—dijo mi amigo,—la historia está contada por conjeturas, pero te aseguro que tiene todas las condiciones de la verosimilitud. Veo que en determinados casos puede reportar grandes ventajas á la administración de justicia el conocimiento de las literaturas extranjeras.

*
* *

Aquella misma noche nos reunimos como de costumbre en el café de *La Iberia*, y tomamos *La Correspondencia* por ver si daba cuenta del suceso, y en qué términos, al público de la capital.

La noticia venía; mas me dejó helado. No había semejante suicidio. Se hallaba redactada en iguales ó parecidos términos:

«Esta mañana ha ocurrido una sensible desgracia en casa de D. Fulano de Tal. (*Le nom ne fait rien à la chose.*) Estando un mozo de cuadra limpiando un coche, cayó del pescante, acometido de un accidente. El golpe ha sido mortal y el infeliz ofrece pocas esperanzas de vida.»

Mi amigo contó lo de las conjeturas, y los contertulios del café me dieron una broma que duró toda la noche.

Luego supe que un profesor de francés, amigo mío, daba lección al que yo suponía galán suicidado, y que el discípulo traducía aquellos libros para ejercitarse, como pudiera haber traducido *Las aventuras de Telemaque, fils d'Ulysse*.

II

Sor María del Arrepentimiento.

Los fieles que acudieron aquel día á la misa de ocho en la iglesia de San Plácido andaban cuchicheando entre sí con muestras de vivo interés y obstinada curiosidad.

La claridad tenue y opaca de un nebuloso día de invierno iluminaba la iglesia, envolviendo los huecos de los altares y los ángulos de las capillas con una sombra de misterioso encanto; y alguna que otra lámpara de pesado bronce despedía débil rayo de luz, dibujando vagamente sobre un fondo invisible las imágenes y ornamentación de los caprichosos retablos con que el templo se engalanaba.

El sacristán, solícito y cuidadoso por el buen aspecto y simetría de los objetos encomendados á su autoridad, recorría los altares con grave pausa y flemáticos movimientos, ya despabilando una vela, ya desviando un banco, ya enderezando el torcido puñal de una Dolorosa ó buscando la colocación estética de unos candeleros; y luego, haciendo sonar, mientras los pies movía, el burdo y tosco paño de su sotana, atravesaba la iglesia, arrellanándose en un cómodo sillón de la sacristía como un obispo cuando viene de recorrer la diócesis.

En una oscura capilla, que por bajo del coro se halla, encontrábanse dos dueñas departiendo tranquilamente mientras se disponía la misa de ocho, sentadas en un monumental é incómodo banco de madera, esquinado con metal bruñido y reluciente.

—Desengáñese ucé—decía la una—,capellán como el don Ambrosio, que santa gloria haya, no se encuentra ni buscado con pregón. ¿Se acuerda lo bien que recibía los pecados en el confesonario? ¿Ha visto ucé confesor que echase menos penitencia? ¡Y qué pico de oro para dar consejos después de la confesión! En toda la noche pude pegar los ojos cuando supe la desgracia. No somos nada, D.^a Angustias, no somos nada.

—Pero, á lo que veo—dijo la llamada D.^a Angustias—,ucé no conoce al nuevo capellán de San Plácido.

—Así sé de él como del dinero que viene de Indias.

—Pues yo conozco la historia ce por be del padre Bermúdez, que de este modo le designan, y tengo de contársela para que, sin menoscabar la memoria del difunto, vea cómo este señor no le va á la zaga en los de religioso y buena persona. Su figura y airoso porte pueden hacer raya en el patio del alcázar en día de besamanos, y digo esto al tanto de que allí viene á reunirse la flor y la nata que en lo garrido y airoso encierra la corte del rey D. Felipe IV. ¡Ay, señora y amiga mía! ¡Otros tiempos eran aquellos en que al cruzar las Platerías nos decían chicoleos y lindezas!

—Al grano, D.^a Angustias—exclamó la que escuchaba.

—Pues el grano consiste—dijo la primera dando un suspiro que fué á parar á los tiempos del Duque de Lerma,—consiste en que este capellán que ahora tienen las benditas monjas ha sido cortesano hasta hace brevísimo tiempo, y se ha dedicado al sagrado ministerio del sacerdocio por una triste aventura con que Dios se ha servido atormentarle.

Parece ser que Bermúdez vivía en compañía de una hermana llamada Estrella, quien en sentir de muchos, y yo la he conocido, nunca pudieron sus padres ponerle nombre que más le viniese á pelo: estrella de hermosura era la tal moza, al tanto de que traía revueltos los mozos del barrio y media

legua á la redonda, y no pasaba noche que no anduviesen á cuchilladas al pie de su reja, con desdoro de la buena fama que á su familia correspondía.

El Bermúdez no veía con buenos ojos este juego de amores de que la D.^a Estrella era objeto, y la reconvino porción de veces; pero la moza, como ucé y yo en aquellos tiempos—y dió otro suspiro,—preció más los galanteos del amante que los consejos del guardador, y hete aquí que una noche, burlando la vigilancia del hermano, salióse al zaguán bonitamente, desapareciendo por el portón de la calle. Busca por aquí, busca por allá, pesquisas por el otro lado, indagaciones del alguacil, rondas del alcalde de corte, órdenes del corregidor, la moza no aparecía, y Bermúdez estaba dado á todos los diablos (con perdón de este sagrado templo) al mirar lastimosamente arrastrado por el suelo y el fango su honrado apellido. Pasaron semanas y meses sin dar con la oveja descarriada, y un día, cansados de tan infructuosa pesquisa alcaldes y alguaciles, enviaron muy enhoramala las cuitas de Bermúdez; este mismo dejó correr las horas del tiempo sin ánimo para emprender la peregrinación en busca de doña Estrella. Item: el bueno de nuestro capellán dió en apenarse con motivo de la inesperada aventura, y á partir de aquella noche no volvió á entrar en hostería, coliseo ni juego de dados, esquivando reuniones de gente y pláticas de amigos. No había ojos en que no viese una mirada burlona, no había labios sin una sonrisa de ironía, no escuchaba palabras que no se las figurase de mofa, no había concepto cariñoso que no lo tomase por sátira embozada; en fin, señora y dueña mía, tan preocupado estaba que formó la piadosa intención de dedicarse á la iglesia, queriendo así inclinar á su lado la balanza de la misericordia divina, vencida hasta entonces por el peso de ajenas culpas y pecados.

Y como viese la que hablaba que el sacristán preparaba el misal y encendía las velas del altar, presumiendo que iba á salir la misa, quiso desembuchar cuanto preparado traía y dijo á su compañera:

—¿No sabe ucé por qué me he colocado en esta capilla oscura al pie de la reja del comulgatorio? Por conocer á una no-

vicia que, usando del derecho que le concede la orden por una vez al año, no ha querido confesar con el capellán del convento, sino con otro sacerdote de su confianza, pariente del Inquisidor general, quien la ha recomendado muy mucho á las hermanas benedictinas. Dios me perdone, pero ha debido ser en el mundo una gran pecadora: comulgará de las últimas y dícenme que es por demás apuesta y garrida.

En esto dió comienzo el sacrificio de la misa, cortando la poco piadosa conversación de las interlocutoras.

El nuevo capellán de San Plácido era, en verdad, de buena y proporcionada estatura, varonil semblante y cariñosa mirada: los fieles le miraban con veneración, D.^a Angustias y la dueña, su amiga, con curiosidad. Las monjas oraban silenciosamente tras la reja del comulgatorio.

Bermúdez leía pausadamente las oraciones del sagrado libro, marcando algunas frases con notado sentimiento.

—*Dómine*—exclamaba fijando sus ojos en una imagen del Redentor crucificado—*exaudi orationem meam*.

Más adelante, juntando las manos contra el acongojado pecho, decía:

—*Ego autem innocentia mea ingressus sum, redime me et miserere mei*.

Y cuentan que el monaguillo le oyó repetir varias veces, ¡*miserere mei!* ¡*miserere mei!*, aunque no estaba mandado así en el ritual.

Cuando llegó el momento de dar la comunión, el padre Bermúdez se aproximó al comulgatorio con la sagrada forma entre los dedos, pronunciando á media voz las palabras del rito, y en el postiguillo practicado en la reja fueron apareciendo sucesivamente las monjas del convento de San Plácido, primero las madres graves, al final las novicias. La última era de una hermosura angelical: tenía un rostrillo blanco y un manto negro que por cima del hombro le caía.

El sacerdote fué á posar la forma divina entre los labios de la monja novicia, y al reparar en ella se quedó suspenso. Súbita alegría inundó su rostro, detuvo su mano, en aquel instante temblorosa, y miró en torno suyo para cerciorarse de que no en un sueño, sino en plena realidad se encontraba.

Todos los circunstantes notaron su vacilación, y Bermúdez, al advertir que su turbación interrumpía la ceremonia, se apresuró á dar comunión á la monja, visiblemente emocionado.

De allí á poco rato, dos dueñas que salían de la iglesia de San Plácido se detuvieron para despedirse en la esquina de la calle de San Roque.

—¿Qué tal— dijo una de ellas—ha visto ucé el desenlace de la aventura del padre capellán?

—¡Dios sea loado!—respondió la otra.—¿Conque esa hermosa novicia es la D.^a Estrella?

—Por ese nombre la conocimos antes; pero en el claustro se llama Sor María del Arrepentimiento.

Y desapareció haciendo guiños camino de la Corredera.

III

La gorra.

CUENTI-DRAMA

Interlocutores.

D. TORCUATO, viejo grave, propietario y octavo vicevocal supernumerario de la Junta de Salvamento de náufragos del río Manzanares.

D.^a LAUREANA, su esposa, señora de cierta edad, aunque ésta no se conoce con certeza.

CLAUDIA: criada vizcaína; guisa admirablemente el bacalao á estilo de su tierra.

FRASQUITO, andaluz, criado del priso principal, muy fiel, peio tarda en los recados.

UN SERENO, natural de Caamuñas, parroquia de Górgoles, concejo de Muspiñeira.

UNA LÁMPARA eléctrica que alumbra.

UNA CAMPANILLA que suena.

UNA GORRA que no habla, porque si hablase...

El teatro representa todo el piso segundo izquierda, decentemente amueblado, de una casa en Madrid.

D.^a Laureana, sentada en un sillón del gabinete, hace como que lee un libro de oraciones, y luego cierra los ojos como si durmiese. Claudia, enfrente, hace como que cose y como que cuenta historias de Gaipaguirrogargoitia, su pueblo natal.

CAMPANILLA. (*Dentro.*)—¡Tilín! ¡tilín!

CLAUDIA.—Llamar campanillas han hecho. ¿Quién será? El señor te llamará, pues.

LAUREANA. (*Despertando.*)—Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

TORCUATO. (*Entra por cualquier hueco, con tal que sea por el de una puerta; trae zapatillas, batín, gorro y capa. Tenga cuidado el actor encargado de este papel de no cambiar el sitio que corresponde á cada una de las prendas indicadas. Claudia le quita la capa y desaparece.*) — ¡Qué frío hace en esa escalera! Hay crisis, Laureana. Un primo del novio de la hija del vecino del principal es amigo del marido de la hermana de un empleado en la Presidencia del Consejo de Ministros, y asegura que va á caer el Ministerio de un momento á otro. (*Se sienta en un sofá y fija la vista sobre el suelo. La luz de la lámpara, cumpliendo con su obligación, ilumina una gorra caída, olvidada ó perdida en el centro del gabinete. D. Torcuato coge la prenda entre sus manos, y presentándosela á su mujer, exclama:*) ¿De quién es esta gorra? ¿Cómo ha venido aquí esta gorra? ¿Dónde está la cabeza de esta gorra?

LAUREANA. (*Se encoge de hombros, arquea las cejas y hace un gesto con la boca sacando el labio inferior. Esto en lenguaje mímico quiere decir: No sé una palabra.*)

TORCUATO. (*Entra en la cocina con la gorra en la mano.*)— ¡Claudia! ¿Tú conoces esta gorra?

CLAUDIA.—No conosco gorra que nunca viste. En la calle hombres llevan muchas á la cabeza, pues.

TORCUATO.—¡La he encontrado en el gabinete!

CLAUDIA. (*Asustada.*) — ¡En el gabinete! ¡Ladrones en casa tienen, pues! La señora dormida te quedaste. Yo cosiendo con ojos serrados no supe que puertas se abren con gansúas. ¡Virgen de Begoña! ¡Hombres escondidos en casa que roban!

¡Socorro! (*Se encierra en un cuarto pequeño situado cerca del fogón. D. Torcuato va á la sala y llama al sereno por el balcón. Momento de pausa durante el cual D.^a Laureana, que es de suyo poco impresionable, vuelve á quedarse dormida. D. Torcuato está indeciso entre tener miedo á los ladrones ó sospechar de su esposa.*)

SERENO. (*Entrando ó saliendo, según se mire, previas las formalidades de costumbre.*)—¿Qué ocurre?

TORCUATO. (*Mostrando el cuerpo del delito.*)—He encontrado esta gorra en el gabinete y sospecho que algún ladrón se ha introducido en mi casa para robarme.

SERENO. — Si es ladrón nu le quepa á usted duda de que traía ese ojectu; pur más que lus ladrones nu traen ojectus, sinu que se lus llevan. Veamus. (*Escudriñan minuciosamente las habitaciones, mirando debajo de las camas y sacudiendo la ropa de las perchas. El ladrón no aparece.*)

TORCUATO.—Si las puertas y ventanas están cerradas, ¿por dónde ha entrado el ladrón? Y si ha entrado, ¿por dónde ha salido? (*Se quita el gorro, sin abandonar la gorra, y se pasa la mano por la cabeza.*) Tengo una sospecha horrible.

SERENO.—Barrunto yo lu mesmo. En el prencipal vive un mocete que está siempre mirandu para lus balcones de este pisu.

TORCUATO. (*Aparte.*)—¡Me lo decía el corazón! La verdad es que Laureana, á pesar de sus años, tiene todavía buen ver. (*Alto.*) ¿Por qué no me avisaste?

SERENO.—Yo nu sabía si usted era gustosu. ¿Ella nu pidió premisu?

TORCUATO. — ¡Pero, hombre! ¿Crees tú que yo iba á consentir?...

SERENO —Otrus hay que lu cunsienten. Nu entrandu el mozu en la casa... La rapaza ha de casarse algún día.

TORCUATO. — ¡Acabáramos! ¿Te refieres á Claudia? Puede que tengas razón.

LAUREANA. (*Entra bostezando.*)—¿De modo que no se puede averiguar cómo ha venido á casa esta gorra?

CLAUDIA. (*Detrás de su señora.*)—Digo, pues, que la gorra caído de balcones habrá.

CAMPANILLA.—¡Tilín! ¡tilín! (*Los interlocutores se asustan, á excepción del sereno, que conserva su serenidad; éste se dirige á la puerta de la escalera seguido de los demás.*)

SERENO. (*Sin abrir.*)—¿Quién?

FRASQUITO. (*En la escalera.*)—Gente de pa. No se asusten ustés. Un servidor es Frasquito, el criado de los señores del prensipal derecha. (*El sereno abre, y todos reconocen al nuevo iuterlocutor. Conviene advertir que están encendidas todas las lámparas eléctricas de la habitación de D. Torcuato.*) Pues venía sobre mi gorra: vamos al desir, que se ma perdío, y me mali-sio yo si estará aquí. Estaba colgá de un boliche de la percha de la antresala, cuando bajó el señor, con perdón, y puso su capa ensimita. Yo me achanté, porque un servidor tiene su poquito de educasión. Lo cual que luego ha desapareció la cachucha. Busca por aquí, busca por allá... dije yo: estos señores me dispensarán, si por un casual, D. Torcuato, con perdón, sa subío la gorra envuelta clandestinamente entre los pliegues de la pañosa, cae al suelo en su casa, es un suponer, y todos preguntarán: ¿de quién es esta cachucha? Pues ¿de quién ha de ser? De Frasquito. (*D. Torcuato, D.^a Laureana, Claudia y el sereno dicen ¡Ah! en do menor.*)

TORCUATO. (*Presentando la gorra.*)—Así ha sucedido, en efecto. ¡Y poco que nos ha mareado la distracción! ¿Es ésta la gorra de usted?

FRASQUITO.—La mesmita, comprá en la plasa Mayor. (*Se la pone.*) Pues, señores, estimando, y dispensen si en algo se les ha faltao. (*Desaparece por la escalera.*)

CLAUDIA.—Miren, pues, susto de gorra que se convirtió en agua de serrajeros.

EL AUTOR. (*Al público*)—Este episodio está tomado del natural, y vivo está quien lo cuenta. (*Telón.*)

CARLOS CAMBRONERO.

LA PSICOLOGIA Y LA BIOLOGIA

Por algunos pensadores modernos se ha intentado en estos últimos tiempos negar el carácter sustantivo de la Psicología, incluyéndola en la Fisiología, y, por consiguiente, en la Biología. Afirma Giard que «la Biología y la Psicología se hallan destinadas á formar pronto una sola ciencia»; dice Hæckel que «la Psicología científica es una parte de la Fisiología», y sostiene Sergi «que los fenómenos psicológicos son fenómenos vitales, como los de nutrición y de reproducción, y que la función no es otra cosa que la protección del individuo y de la descendencia.»

El psicólogo, en nuestro sentir, necesita conocimientos fisiológicos cuando trate de ciertas materias, y el fisiólogo caerá en ciertos errores si sus trabajos no son iluminados por las estudios psicológicos.

Por esta razón escribe el profesor Grasset que en las Facultades de Letras debe enseñarse todo lo que un filósofo tiene necesidad de saber de la Fisiología y de la Patología del sistema nervioso, y en las Facultades de Medicina todo lo que un médico tiene necesidad de saber de Filosofía (1).

Acerca de la nueva ciencia *Psicofísica*, fundada por Fechner, en la cual se estudian las relaciones de los fenómenos psicológicos con los fisiológicos y los físicos, se dirá que, siendo en el fondo, según creemos, un capítulo de la Fisiología y de la Biología, se exagera su importancia si intenta invadir el terreno propio de la Psicología.

La Psicología, lo mismo por su objeto que por sus métodos, es diferente de la Biología. La primera es la ciencia de la conciencia, de la observación interior; es la ciencia del espíritu

(1) *Límites de la Biología.*

ó del pensamiento, sentimiento y voluntad, ó es la que trata del alma humana, de sus facultades, funciones y operaciones: la segunda es la ciencia que trata de la investigación de las leyes de la vida. La Psicología, pues, estudia los fenómenos *propios del hombre*, al paso que la Biología considera las leyes de los fenómenos comunes á todos los seres vivientes.

Es cierto que los animales presentan fenómenos anímicos; pero éstos deben estudiarse en sus manifestaciones fisiológicas.

La Psicología animal es, por tanto, un capítulo de la Biología.

Poco importa, volveremos á repetir, que contra la Psicología del hombre ó Psicología propiamente dicha, se haya levantado moderna escuela sosteniendo que el alma humana, del mismo modo que el alma de los animales, debía estudiarse por los fenómenos fisiológicos que acompañan á los fenómenos psíquicos, ó, lo que es igual, por los fenómenos psíquico-fisiológicos. Ribot hace la síntesis de la doctrina de Fechner, Wundt y Delbœuf diciendo: á todo fenómeno ó grupo de fenómenos de orden psicológico corresponde un hecho ó grupo de hechos de orden fisiológico, y la explicación científica de los primeros debe buscarse en el conocimiento de los segundos (1). *El logaritmo de las sensaciones*, que, como afirma Grasset, es una de las primeras y más importantes leyes de la Psico-fisiología y que pudiera enunciarse diciendo: la sensación crece como el logaritmo de la excitación; ó, en términos más claros: cuando las excitaciones aumentan siguen una progresión aritmética y cuando las sensaciones aumentan siguen una progresión geométrica carece de valor científico. La ley de los logaritmos es, según Grasset, puramente fisiológica, pero de ningún modo psicológica. Afirmamos que no debe confundirse la percepción con la sensación, y fácil sería mostrar el carácter de la una y de la otra. Del mismo modo, mediante las emociones se ha intentado encerrar la Psicología en la Biología. Por lo que respecta al estudio de las emociones, se hará notar que en ellas hay dos elementos, el psicológico y el fisiológico, siendo el primero de éstos, según el mismo Sergi, el más importante, el más esencial.

(1) *Límites de la Biología.*

Tan verdadera es la afirmación de Sergi, que se conciben y se observan emociones sin fenómenos fisiológicos, pero nunca sin la intervención de la conciencia, fenómeno psíquico propiamente dicho. El elemento fisiológico es común á los animales y al hombre, siendo la Biología la encargada de estudiarlo; y el elemento psicológico sólo puede ser asunto de la Psicología. La emoción estética y la emoción moral son materia exclusiva de la Psicología.

Herbert Spencer demuestra que «la distinción entre la Psicología y la Biología se justifica de la misma manera que la distinción entre las otras ciencias concretas», estableciendo, contra Augusto Comte, que «la Psicología es una ciencia completamente única, independiente de todas las otras ciencias...»

Díjose antes que la conciencia no se daba en los animales, y, por tanto, que no tenía lugar en la Biología. Dado que los animales piensen, sientan y quieran, ¿saben que piensan, sienten y quieren? O lo que es lo mismo, ¿los animales son conscientes? Sergi encuentra *artificiosa y poco científica* la distinción en Biología de la sensibilidad consciente é inconsciente, y elimina del estudio de aquélla los fenómenos de conciencia. De modo que éstos son objeto de una ciencia especial: la Psicología.

En resumen, así como la vida vegetativa se estudia en la Botánica, y los fenómenos de la vida animal se estudian en la Biología, los fenómenos de la vida *humana ó espiritual* deberán estudiarse en la Psicología.

ALBERTO ORTEGA PÉREZ.

LOS FASTOS DE OVIDIO

LIBRO SEGUNDO

(*Continuación.*)

Nupta, ¿quid expectas? non tu pollentibus herbis.

Cuando se vió encumbrado el *Capitolio*
y todas las ciudades veneradas,
de allí se retiraron para á *Jove*
sitio ceder, según los viejos cuentan.
El sacro numen *Término*, no oyendo
á los augures, que tenía en torno,
allí permaneció con el *Tonante*.
Hoy mismo, á fin de que tan sólo vea
los astros, se dejó breve abertura
en bóveda del templo. Desde entonces
no puedes, sacro *Término*, mudarte
á cada paso; permanece yerto
é incommovible, en el lugar que ocupes,
sin te ablandar al ruego del vecino.
¿Con un mortal harías lo que á *Jove*
has negado una vez? Si te sintieres
herido por arados ó azadones
al punto clama: «Quieto ¡éste es mi campo,
y el tuyo, aquél!» Por sobre la ancha vía
que á la región conduce de *Laurento*,
en ese sitio, en donde, en otros soles,
el capitán paró de los *Troyanos*,
y ante el mojón, marcante desta milla,
en tu altar las entrañas se te ofrecen

de oveja ornada de vellón copioso.
Otros pueblos también límites hallan;
el límite de *Roma* es el del mundo.
Ahora debo referir la causa
de la expulsión de los odiados reyes;
tal nombre y tal recuerdo me memora,
antes del fin del mes, el sexto día (22).
El rey *Tarquino* en *Roma* dominaba
y fué el último rey, si injusto, bravo
en cien combates; destruído había
ó conquistado muchas poblaciones;
vergonzosa traición señor le hiciera
de *Gabios*. De hijos tres el más pequeño
(prole muy digna del *Soberbio*) acude
al campo hostil, en silenciosa noche;
sobre el minares mira cien espadas:
«Atadme, inerme estoy, así les dice,
y gusto habréis de dar á mis hermanos,
y á mi padre *Tarquino*, que ha cubierto
de horrendas cicatrices mis espaldas.»
Y hablando así, indicaba las señales
que á sí mismo causó su propia mano.
Se había desprendido de la veste,
y los de *Gabios*, viendo, á los fulgores
de la luna, la espalda del mancebo
toda maltrecha, envainan el cuchillo
y rompen á llorar y le suplican
que luche en su favor en adelante.
Ladino accede y mofa tal torpeza.
Ya hallándose con crédito, disputa
un fiel amigo al padre á que le diga
el modo de que *Gabios* suya sea.
Había un huerto cerca del alcázar,
de plantas aromáticas cuajado,
que un arroyo dulcisono regaba.
Acoge en tal lugar el rey *Tarquino*
de su retoño el íntimo mensaje,
y en su contestación al punto corta

los lirios más excelsos: vuelve el nuncio
la escena á referir: «¡Oh! bien comprendo
la orden, dice *Sexto*, de mi padre».

E inmola sin piedad á los *varones*
de *Gabios* más conspicuos y la rinde.

¡Oh pródigo fatal! Una serpiente
de en medio del altar surge y tritura
las vísceras sangrientas de las hostias
hasta en el sacro hogar, que muere al punto.

Apolo consultado, así pronuncia:

«¡Ha de ser vencedor el que primero
bese á su madre!» Crédula la plebe
en oráculo tal, no comprendido,
ansiosa y con premura se dirige
á su madre á buscar; que cada uno
quiere el primero ser en oscularla.

Bruto, que ha sido lo bastante cuerdo
para fingirse loco, por librarse
de tus insidias, ¡oh cruel monarca!

Bruto el labio selló, é, hinojos fitos,
como si hubiese resbalado, besa
la *Tierra*, madre del mortal. En tanto
sitian á *Ardea* las romanas tropas
y de una y otra parte se resignan
á largo asedio. En tal holganza, huyendo
los bravos enemigos de atacarse,
por el tiempo matar juegan ociosos.

Un día en el que *Sexto* convidara
á opíparo banquete á sus amigos,
rey del festín por ellos aclamado,
así les habla: «Amigos, es difícil

Ardea de tomar y nos consumen
el ocio y la inacción: ¿quién osaría
vedarnos ir, colgar nuestras espadas
de los sagrados muros de los lares?
En lecho conyugal ¿qué es lo que ocurre?
Como nosotros las esposas nuestras
por la ausencia tenaz se encontrarían

de tedio roedor víctimas tristes?»
La suya cada cual alaba terco:
las réplicas caldean la disputa,
y el vino prodigado en abundancia
calmar no deja ni pasión ni elogios.
Surge el varón que por su ilustre nombre
la toma de *Colacia* nos recuerda:
«¿Á qué tal disputar? Vamos á verlo;
que el manto de la noche aún se extiende:
á *Roma* galopemos». Plauden: bridan.
En *Roma* ya los príncipes se encuentran:
al punto hacia palacio se dirigen:
penetran, sin hallar custodia alguna.
En medio de áureos cálices de vino
y ornado el seno de brillantes flores
la nuera de *Tarquino* prolongaba
orgiástico festín. Corren al punto
de *Lucrecia* al hogar; estaba hilando
su urdimbre y cestas cabe el lecho había
delante de ella, y á la débil lumbre
de mortecina lámpara laboran
sus doncellas también. «Apresuraos,
buenas muchachas, les decía dulce:
tenemos que mandar cuanto más antes
esta veste de guerra al amo nuestro.
Pero ¿qué dicen por ahí? Vosotras
soléis saber muchas noticias. ¿Cuánto
podrá durar el sitio todavía?
Al fin habrás de sucumbir, *Ardea*:
á otros más fuertes que eres tú resistes.
¡Maldita población, que tanto tiempo
del dulcísimo esposo nos alejas!
¡Quieran los diosos que á lo menos tornen!
¡Pero es el mío tan valiente y bravo
que lánzase do ve brillar espadas!
Siempre que juzgo verle en fiera pugna,
¡tórnome loca y expirar me siento!
Súbito frío el corazón me invade.»

Y así diciendo, lágrimas vertía.
Deja caer la urdimbre de sus manos
y la nítida sien al pecho abate.
Nuevos encantos su dolor le ofrece,
y fulge su pudor con nuevo brillo
en medio de su llanto, y la belleza
de su púdica faz iguala é indica
á la sazón haber una alma hermosa.
«Depón, aquí me tienes, todo espanto»,
exclama *Colatino*, y al instante
Lucrecia, en sí tornando, dulcemente
cuélgase al cuello del querido esposo.

Las furias entre tanto fuego ardiente
del joven *Sexto* atizan en el alma:
presa se ve de todos los ardores
de una pasión frenética: ama todo
cuanto en *Lucrecia* vió. Su talle esbelto,
su nítida blancura, la áurea crencha
y aquel ornato sin ningún afeite,
y sus palabras y el argénteo timbre
de sus acentos y hasta aquella misma
santidad del pudor: que *Sexto* anhela
más cuanto menos esperanza nutre.

El pájaro prenuncio de la aurora
sus ecos despidiera, cuando vuelve
la prole de *Tarquino* al campamento.
No vive *Sexto* en sí; la dulce imagen
de *Lucrecia* bellísima le turba:
despiertan mil recuerdos y redoblan
su adúltera pasión: «Así, prorrumpe,
hallábase sentada: tal su veste
era y su ornato; de este modo hilaba;
y así, al desdén, su blonda cabellera
en opulentos bucles descendía,
como cascada, por el hombro ebúrneo».
Y de su faz memora los perfiles,
su voz, su tez y la expresión del rostro,
como después de rábida tormenta

amánsanse las olas, y, no obstante,
 caído el viento, vense aún turgentes.
 Tal, aunque *Sexto* encuéntrase lejano
 de su querido imán, el ansia ardiente
 que concibió su pecho en él se alberga;
 arde; le punza sin dejar reposo
 injusto amor; en fin, arrebatado,
 jura cumplir su adúltero designio
 y entrar por el terror y la violencia
 en el lecho nupcial. «A todo, dice,
 me he atrever: veremos si hay un numen
 y si hay *Fortuna*, que al audaz corone.
 ¿No es nuestra *Gabios* por la audacia nuestra?»
 Tal colérico ruge. con premura
 ciñe la espada y el trotón oprime
 y al punto en que ya el sol desaparecía
 le abre *Colacia* su broncea puerta.
 El enemigo, como huésped calca
 el colatino umbral: cortés lo atienden,
 á causa de los lazos de la sangre.
 ¡Oh *Lucrecia* infeliz! ¡Tan engañada,
 y tan de ver lo porvenir ajena,
 á tu adversario ofreces un banquete!
 Terminado el festín, reclama el sueño
 sus horas de descanso: era la noche:
 el palacio sin luz; entonces *Sexto*
 surge y espada aurífera relumbra:
 el santuario conyugal invade,
 púdica esposa, y ya sobre tu lecho:
 «*Lucrecia*, dice. ¿Ves? Mi espada es ésta:
 hijo yo soy del rey: te habla un *Tarquino*.»
Lucrecia enmudeció; ¡sin voz ni aliento,
 se encuentra la infeliz aniquilada!
 Y treme, cual cordera á quien sorprende
 lobo rapaz en el oval desierto.
 ¿Qué hacer? ¿Luchar? Mujer, será vencida.
 ¿Gritar?... mas ¿y la espada conminante?...
 ¿Huir?... ¡Oh! siente que su seno oprime

extraña mano, que por vez primera profana su pudor. El fiero amante usa de ruegos, de amenazas usa; riquezas brinda, pero no la mueven ni ruegos, ni amenazas, ni riquezas. «Te engañas, dice al fin; si no consigo al crimen arrastrarte, por lo menos el ser te arrancaré; después el hombre que en vano el adulterio ha pretendido, á ti te ha de acusar de tanto crimen; degollaré un esclavo, en pos diciendo: «¡Adulteró con él, yo, yo la he visto!» ¡Y al miedo sucumbió de vil calumnia! ¿Te engrías, vencedor? Ese tu triunfo te perderá; porque esa sola noche muy dura habrá de ser á la realeza. Albeaba ya la luz: *Lucrecia* infausta sentada está, vagantes los cabellos, cual madre ya dispuesta á dirigirse á celebrar el funeral de un hijo. Al padre anciano y al amante esposo manda á llamar al campamento; llegan y, viéndola en tal hábito, le instan á referir la causa de su luto, á quién va á hacer los últimos honores y qué golpe fatal la había herido. Muda *Lucrecia* largo tiempo estuvo, y, por celar de su pudor las tintas, la faz esconde; fluye de sus ojos, como de fuente perennal, el llanto, que el padre tierno y el esposo amante con avidez enjugan; la confortan y le ruegan é instan á que cuente la causa de su afán, y, estremecidos de incógnito terror, lagrimas vierten. Tres veces da principio, mas la lengua tres veces se le anuda; en fin, abate los ojos, y en impulso postrimero:

«¡Y esto, dice, también de ese *Tarquino!*
¿Mostrar, mostrar ¡yo mísera! mi afrenta?»
Entonces da comienzo á su relato;
mas al punto fatal al acercarse
no puede proseguir su triste historia,
que terminan sus lágrimas ardientes
y la ignominia del pudor hollado.
«No, no has faltado, gritan presurosos
su padre y *Colatino*; tú, inocente
tan sólo á coacción has sucumbido.
—¡Me perdonáis, contesta, pero nunca
yo me perdonaré!» Y en el instante
hunde en su corazón buído acero
que, cauta, de antemano había oculto,
y rueda ante sus pies bañada en sangre.
Al punto mismo de morir *Lucrecia*,
su pudor conservando todavía,
decente cuida de caer, cuidado
que es de su honestidad índice nuevo.
Sobre su cuerpo exánime se arrojan
el padre y el esposo, y olvidando
su dignidad, el mal común lamentan.
Bruto entonces llegó, *Bruto*, que indica
por su valor no merecer tal nombre.
Del cuerpo aún palpitante arranca el hierro,
en sangre tan magnánima teñido:
con ademán ferón lo blande y dice
con enérgica voz: «¡Oh! ¡Yo te juro
por tu sangre tan casta y valerosa
y por tus *Manes*, que serán mi numen,
que *Tarquino* y su estirpe para siempre
proscriptos cara pagarán tu vida!
Bastantes días me he ocultado de ellos.»
A tales voces entreabrió *Lucrecia*
sus apagados ojos, y parece
hacer con la cabeza débil signo
para aprobar de *Bruto* el juramento.
Á esta mujer de varoniles bríos

conducen á la hoguera, y, á su vista,
el odio y la piedad á un mismo tiempo
despiértanse en el ánimo de todos.
Y más mirando la horrorosa herida,
con intrépida voz entonces *Bruto*
concita á la venganza á los *Quírites*
y les descubre la maldad de *Sexto*.
Huye *Tarquino* con los tuyos: pasa
la autoridad á manos de ánnuo cónsul;
tal fué el postrero sol de la realeza.
¿Es ilusión? ¿No oí la golondrina,
profeta de la dulce primavera?
Temer parece que el helado invierno,
que ya se aleja, torne todavía.
Porque es muy cierto, *Procne*, que á menudo
te pesa á ti de haber precipitado
tu vuelta y que cruel *Tereo* goza
en hacerte sufrir con sus rigores.
Dos noches quedan ya para que expire
este segundo mes, y ya fustiga
Marte los potros á su carro uncidos.
Y con razón el nombre se conserva
de *Esquivias* á estos juegos, que á los ojos
del mismo dios celébranse en el campo,
que consagrado le es. ¡Oh dios *Gradivo*!
Tú, bien venido: ya los tiempos tuyos
mi plectro solicitan y se acerca
el mes que con tu nombre se decora.
Al puerto ya llegué y aquí termina
mi libro con el mes. Mi pobre esquife
su proa hacia otros mares encamina.

LIBRO III

Bellice, depositis clypeo paulisper et hastá.

Ven, dios de los combates, yo te invoco;
mas depón un momento escudo y lanza
y tu casco también, y deja al aire
flotar tu cabellera refulgente.

«¿Qué tengo yo que ver con un poeta?»
tal vez tú me dirás. ¡Oh *Marte!* canto
el mes que como tú también se llama.
Docta Minerva á sanguinosas luchas
también preside, y ¿le serán por eso
las artes liberales menos dulces?
Reposa, pues, á *Palas* imitando,
y ahí depón tu horrenda jabalina.
Inerme aún lograr sabes el triunfo:
inerme estabas tú cuando en su seno
te recibió sacerdotisa augusta,
para que *Roma* tributase cultos
al genitor de belicosa stirpe.

Ilia vestal (¿quién, quién me impediría
tal historia narrar?) una mañana
iba agua á recoger del sacrificio,
por dulce serda de suave loma,
que guía á la ribera: allí depone
el ánfora portada en la cabeza.

Rendida de cansancio, toma asiento;
abre su seno al soplo de *Favonio*,
y el desorden repara de sus crenchas.
Mientras reposa, los sombríos sauces,
el gorjeo de pájaros canoros
y el tranquilo murmurio de las ondas
invítanla á dormir: á sus pupilas
oprime lentamente dulce el sueño,
y aquella hermosa mano, que sostiene

la sien, lánguida cae en sus rodillas.
Marte la ve, la anhela, goza, y, numen,
obra de modo tal que ni ella misma
cuenta se da del cometido robo.
Al despertar, en cinta ya se encuentra,
y á ti ¡oh fundador de eterna *Roma!*
abriga en sus entrañas. Surge débil,
é ignora la razón de tal flaqueza.
Apóyase en un árbol, exclamando:
«¡Ojalá que feliz angurio sea
lo que mis ojos al soñar han visto!
Pero ¿soñaba yo? ¿Mucho más claro
no es lo que vi que imagen de un ensueño?
Cabe el altar de *Vesta* me encontraba;
la cinta de vellón que retenía
mi cabellera se desata y cae
al pie del sacro hogar. ¡Oh, qué prodigio!
Apenas ha tocado él duro suelo,
de él surgen á la par dos palmas bellas;
una, más grande que otra, recubría
con sus robustos ramos todo el orbe,
ramaje que á los cielos encumbraba
su ya naciente fronda. De repente
alzó mi tío el hierro contra ellas:
su talante minaz me atemoriza
y treme de pavor el pecho mío.
El picoverde, pájaro de *Marte*,
con una loba intrépidos batallan
en pro de los dos árboles gemelos
y libres son los dos por tal auxilio.»
Dice y en tanto que su sueño narra,
con débil mano alzó la urna llena.
Corren los días: *Rómulo* con *Remo*
crecían en el útero de *Silvia*,
Inpregnado de gérmenes divinos.
El año continuaba su carrera,
Y para concluirla, al dios brillante
sólo dos signos recorrer faltaban.

Es madre *Silvia* ya: dicen que entonces
su faz cubrieron con virgíneas manos
las estatuas de *Vesta*; que, durante
á luz da la vestal, el ara pía
de la deidad tembló y el sacro fuego
se ocultó de terror en el rescoldo.
A tal noticia *Amulio*, que, con mengua
de la equidad, del trono despojara
á su hermano, mandó que, en el instante,
los dos gemelos arrojados fuesen
del *Tíber* en las ondas; mas las ondas
á tamaña maldad retrocedieron
y los deponen en la enjuta margen.
¿Quién no sabrá que con ferina leche
aquellos dos infantes han crecido
y que á menudo el picoverde trajo
á aquellos dos expósitos comida?
No, no te olvidarán los versos míos,
Larencia, de un gran pueblo nutridora;
tambien di:é, *Faustulo*, qué tesoro
tu humilde choza encubre y vuestros nombres
habré de celebrar al ocuparme
de *Larentales*, fiestas del Diciembre,
mes á alegres festines consagrado.
Ya los hijos de *Marte* numeraban
diez y ocho años: ya naciente bozo
mezclabase á su blonda cabellera.
Labriegos y pastores comarcanos
venían presurosos á humillarse
a los vástagos de *Ilia*. Con frecuencia
veíanse tornar á su morada
bañados en la sangre de bandidos,
y trayendo á sus pastos sustanciosos
los bueyes que les fueran rebatados.
Ya, noto el manantial de su nacencia,
se inflama su valor con nuevos bríos,
por ser prole de un dios, y algunos chozos
no son teatro digno á tal fortuna.

Amulio cae al filo de la espada
 del mismo grande *Rómulo*, y el trono
 es al anciano *Numitor* devuelto.
 Muros se elevan de menguada altura,
 pero la audacia de saltarlos cuesta
 muy cara á *Remo*: allí donde existían
 selvas y horribles antros de alimañas,
 se encumbra una ciudad. Entonces dijo
 el fundador de esta ciudad insigne:
 «Oh dios de las batallas, si yo debo
 llamarte padre mío (y ya muy pronto
 habré de disipar todas mis dudas),
 deseo empiece el año del *Latino*
 con tu feliz augurio y con tu nombre
 el mes primero.» Cúmplese su voto:
 el mes recibe el nombre del que diera
 á *Rómulo* la luz, y el mismo numen
 agradeció tributo tan piadoso.

Y sin embargo, *Marte* ya ocupaba
 desde remota edad la primacía
 en númenes del *Lacio*: que su culto
 placía á aquellas gentes arrojadas.
 Adoran á *Minerva* los de *Cécrops*,
 los *Cretenses* de *Minos* á *Diana*,
 y los isleños, do reynó *Hypsipylo* (I)
 al dios *Vulcano*; á *Juno*, *Esparta* fiera
 y *Micenas*, dominio de *Pelópidas*;
 y en las cumbres del *Ménalo* á aquel numen
 que se enguirnalda con frondoso pino.
 A *Marte* venerábase en el *Lacio*
 por presidir en las sangrientas luchas;
 que tal nación feroz poder y gloria
 hallaba solamente en los combates.
 Los *Fastos* un momento recorramos
 de las vecinas gentes, y hallaremos
 también un mes denominado *Marte*.
 Era el tercero á los que en *Alba* moran,

el quinto entre *Faliscos* y ocupaba sexto lugar en tierra de los *Hérnicos*. La ciudad de *Arícia* y la que debe á *Telegono* (2) sus excelsos muros también el tiempo cuentan cual los de *Alba*: para habitantes de *Laurento* ocupa quinto lugar y el décimo entre el rudo *Equicola*, y el cuarto es á habitantes de *Cures* y también para el *Peligno*, que siempre armado está, siguiendo el uso de sus antecesores, los *Sabinos*. De tal manera todas estas gentes habían consagrado un mes á *Marte*; y *Rómulo* hizo más, con el objeto de honrar al autor de su existencia, y quiso que tal mes del año fuese el mes primero. A más, en otro tiempo, como hoy tantas calendas no existían, el año entonces con dos meses menos. ¡Oh *Grecia*, todavía no trajeras las artes, en tráfego, á tus señores! Sabías expresarte con facundia, mas te faltó valor en los combates. La ciencia del *Romano* consistía en batallar con arte y con bravura y el que dardeaba bien era el disertado. ¿Quién conocía entonces las *Hyadas* y *Pléyades* de *Atlante*? ¿Descubrieran los dos polos del mundo y que existían dos *Osas* igualmente, *Cinosura*, seguida por *Sidonios* y otra *Hélice*, guía del nauta griego, y que de un año precisa el Sol para invadir los signos que el re fulgente carro de su hermana la *Luna* en recorrer un mes emplea? Libres en su carrera concluían su annua revolución los astros bellos sin ser de nadie entonces advertidos;

mas todos cual á dioses los miraban.
No conocían más constelaciones
que las insignias bélicas: un crimen,
y grande, era dejarlas. Sin embargo,
en un manajo de heno consistían
tan respetado entonces, como ahora
las águilas de plata, y se llevaba
en lo alto de una pértiga, y por ende
manipulario (3) al milite se nombra.

Así diez meses le faltaban siempre
al lustro de estos hombres mazorrales
y sin cultura; terminaba el año
al por diez veces renovar la Luna
sus cuernos, y tal número se honraba,
ó porque tantos son los dedos nuestros
por los que numerar acostumbramos
ó praque á los diez meses acostumbra
la mujer dar á luz, ó porque llegan
á altura tal creciendo nuestras cifras,
y entonces á empezar tornan las series.
Rómulo dividió por tal motivo
á los soldados de unas mismas armas
en cuerpos diez, y en cada cual cien hombres:
diez cuerpos por lo tal hubo de *hastados*,
otros diez de *pilanos* (4) igual serie
de *principes*. Aquellos que obtuvieran
un bélico bridón muy bien ganado,
en diez, de un modo igual, se dividían.
Como también las tres tribus, llamadas
de *Tacianos*, de *Lúceres* y *Ramnes* (5)
Además, por espacio de diez meses,
la viuda llora á su perdido esposo.
Doquiera, en fin, hallábase tal cifra,
que á *Rómulo* sirvió de metro al año.
Si dudas que otros días las *Calendas*
de *Marte* el puesto primo disfrutaran,
costumbres hay aún en las que puedes
reconocerlo así: en tal momento

la corona de lauro suspendida
durante todo el año, en la morada
de los flamines, quítase y ocupan
recientes frondas su lugar: el árbol
de *Febo* verdegueante los dinteles
del rey de sacrificios engalana,
y los tuyos también, antigua *Curia*,
nueva corona recogida ha poco
en el laurel antiguo de *Troyanos*
altares en guirnalda á diosa *Vesta*.
También se dice que el sagrado fuego
entonces se renueva en lo más hondo
del santuario oculto y que flamea
con más ardor la reencendida lumbre.
Y tengo mucha fe en que el mes de *Marte*
abría el año viejo, porque ha visto
el culto comenzar de *Anna Perenna*.
En este mes los cargos empezaban
desde remotos tiempos, hasta cuando
pérfido *Annibal* encendió la guerra.
En fin no es quinto mes el mes *Quintilis* (6)
si se numera desde el mes de *Marte*,
lo que también se aplica á los siguientes?
Pompilio, aquel á quien romanos fueron
á buscar á olivífera comarca,
ó prevenido por su ninfa *Egeria*
ó bien por el filósofo de Samos,
fué el primero en pensar que le faltaban
dos meses á nuestro año. Mas no obstante,
erraban en el cómputo del tiempo:
que gloria tal, como otras muchas, era
á *César* reservada. El dios, el padre
de cepa tan ilustre no creía
estudio tal indigno de su cura,
y ansió preconocer el éter sumo
que había de ocupar, é ignaro huésped
no quiso entrar en la mansión celeste.
Determinó con cálculos exactos

el tiempo que en tornar el sol emplea
al signo de do sale: al año viejo,
que contaba trescientos cinco días,
otros sesenta unió y á más seis horas,
que un día constituyen en un lustro,
día que, unido al año, le completa.

Si á vates les es licito en secreto
con dioses conversar, y si la fama
no miente en esto, dime ¡oh, dios *Gradivo!*
tú, la deidad de todas más potente,
las matronas ¿por qué á ti te festejan?
Después de deponer *Mavorte* el casco,
en la diestra teniendo todavía
venablo agudo, así me ha respondido:
«Es la primera vez que á mí me ofrecen
parte tomar, á mí, numen de guerras,
en aquestos pacíficos solaces:
es nuevo campo para mí: me agrada
en él entrar y cumpliré mi oficio
á fin de que *Minerva* no se engría
de ser en artes única señora.
Te enseñaré ¡oh cantor infatigable
de los latinos días! lo que anhelas,
y ojalá mis palabras para siempre
en tu memoria quédense esculpidas.

V. S. C.

(Continuará.)

SOL DE LA TARDE

¿Habéis oído cantar á un ruiseñor? ¿Habéis leído versos de Verlaine? ¿Habéis escuchado alguna vez en medio del campo las caricias que le hace el viento al agua de las fuentes? Yo he oído cantar á un ruiseñor y he leído á Verlaine y he pasado muchas, muchas noches oyendo los amores de viento y agua, y creí poder dormir todas mis noches satisfecho de bellezas y pletórico de músicas y armonías, que, pensaba yo, ninguna de las nuevas ha de igualar á aquéllas.

Y sin embargo, á la lira de mi vivir faltábale una cuerda, á la escala de mi pentágrama le faltaba una nota, faltaba una belleza y un color en mis sueños, faltaba en mi espíritu una risa y sobraba en mis ojos una lágrima que debía tributarle á la primer emoción sincera de arte que completase todos aquellos sistemas de mi espíritu. ¿Habéis leído prosa de Martínez Sierra?

Ahí está *Sol de la tarde*, ese libro lleno de tristezas porque en sus páginas encontraréis más de una vez la hora tristísima en que se muere el sol; ese libro que os ha de enseñar cómo se viste el cielo primero de azul y después de verde y más tarde de violeta, y que os ha de decir cómo los montes van rimando sus matices con aquellos colores y cómo la tierra va quedándose poco á poco sin luz, y cómo el sol va tornándose rojizo intenso, pletórico de ira, y cómo va escondiéndose mayestáticamente tras de aquellos montes que rieron de alegría cuando él nació por la sierra de enfrente.

Y así como en el cielo hay todos los días duelos y risas, llantos y esperanzas, luces y sombras, así en la tierra las almas tienen sus anocheceres, pero éstos son más íntimos, más secretos, no se muestran á la contemplación del mundo como

se muestran los anocheceres del cielo para que el mundo entero los llore.

Son seis vidas, seis almas y seis llantos los que alumbran el sol de la tarde en ese libro, al mismo tiempo que nos hace sentir la vida que pasó á nuestro lado mientras él estuvo en el cielo; que nos recuerda su luz cuando le vemos apagarse, que nos ahoga con nostalgias de volverlo á ver nacer y de volverlo á ver morir; que roza nuestras frentes con sus alas de sombra y que llama á nuestro corazón con sus olvidos.

Volved los ojos hacia el camino polvoriento y veréis marchar al *Mengue*, al gitanillo negrusco de sangre hirviente y de alma bohemia, veréis, digo, cómo va contento entre los titiriteros, cómo ríe, cómo salta, no por ir entre ellos, sino pensando en dejarlos cuando asome el día por el horizonte que se dibuja ya con una pincelada blanquecina.

Mirad á los dos viejos cómo lloran porque voló del nido el pájaro; ved como su tristeza es honda y es suave: no maldicen, no se quejan, no hacen sino llorar porque comprenden que el pájaro era de la vida y á la vida se fué con el raudo batir de sus crecidas alas.

La paz de la aldea era mucha paz para aquel espíritu rebelde; el silencio de sus noches era mucho silencio; la bondad de sus gentes antojósele á él monotonía y el recio trompeteo de los títeres tenía en sus notas agrias acordes de libertad y vientos de cantos nuevos y ruido de almas malas entre las almas buenas. Juanillo era gitano, hijo del sol y de la luz, sus padrinos fueron tal vez el viento de la sierra y el agua de las nubes y carretera adelante va buscando aire, luz, nubes y montes. Martínez Sierra lo dice: «Erase un río... Erase una vida... Erase un alma vagabunda que una noche de Agosto se huyó con sus hermanos.»

Ved ahora á la pobre encajera: tiene lágrimas en los ojos, lágrimas que han de renovarse todos los días, pues su dolor es dolor del alma, cada hora más hondo, cada minuto más recio, cada anochecer más triste; dolor que no tiene consuelo, sufrir que es como un crepúsculo eterno cuyo sol siempre está oculto y que no tiene ni la esperanza de curar cuando salga la luna, porque en las negruras de su noche no ha

de asomar la casta novia de todos los poetas su faz blanca de espumas y de nácar. Sola en el mundo, ni puede pensar en los hombres ni le queda el recurso de hablar rezando con el divino esposo de todas las mujeres.

¡Sor María Jesús! La monja maestra se quedó tendida entre la hiedra espesa que cubría la herrumbre de la cruz del jardín; allí se quedó para siempre su dudar, regando con su sangre la hierba del sendero y tiñendo con su color de púrpura las tocas blancas que le ofrendó el Amado en la mañana de sus bodas.

Ya no sonará el rezar en la clase como runrruneo de abejas cerca del panal; ya no se oirá la voz de la monja imponiendo silencio con órdenes suaves como tesos; ya no volverán á sonar sus palabras de consuelo cuando la tormenta venga á descargar sobre la veleta del colegio. La monja maestra no volverá.

Carmela la vió morir de un mal que comenzaba á germinar en su alma. Sor María Jesús quedó tendida en medio del jardín de las monjas, y el agua de la tempestad lavará la sangre de sus ropas, y aquella sangre con su locura de color teñirá de rojo en el cerebro de la niña una visión que pudo ser gris, casi negra, con negruras de desesperanzas y con bárbaras fantasías de incredulidad.

¡Pobre Sor María Jesús! Su alma subiendo, subiendo, va, conforme se acerca al cielo, viendo su color azul, cada vez más azul, y viendo también un nimbo blanco como hecho con besos de Dios que le ciñe el cuerpo, acariciando con suavidades de aire fresco los recios sayales que revuelan mientras suben.

¡Allá abajo se quedó el dudar, allí se quedaron las inquietudes de un alma buena, allí también se quedó la niña, se quedó Carmela!

Y ahora es la hora del sesteo. El sol desde muy alto, desde toda la altura de un Agosto castellano azota á la tierra con sus llamas y la pinta con sus colores; las amplias copas de los olmos muestran curiosa policromía: algunas hojas con verde veronés, otras con verde mar; las hay casi negras y las hay amarillas, según la manera que tiene de mirarlas el sol.

En las eras el trillo gira una y otra vez por encima de la parva, mientras el zagal que conduce las bestias canta una canción antigua, de una manera pesada, perezosa, como si el calor fuese fundiendo los versos antes de salir de la garganta del mozo cantor. La paja rebrillea como si fuera de metal; en algunos trozos deslumbra; en otros, en los de sombra, tiene un color morado oscuro. Las hacinas que perfilan el contorno de la era tienen manchones negros como pinceladas: son las barbas de las espigas, morenas como la tez de las morenas castellanas.

En un extremo un nogal cubre con la ancha sombra de su copa a dos bestias que de cuando en cuando hunden sus hocicos húmedos en el fondo de un pesebrón rebosante de paja; uno de ellos es un macho de pelo sedño negro, de lengua cola, de gran alzada; otro es un buey de pelo rojizo y de un mirar dulce y suave como si añorase el recuerdo de un tranquilo pasar.

En el horizonte una serrata de perfil sinuoso y recortado y de color gris, y encima de ella el cielo oscuro, casi morado de tan azul que está.

Cerca de la era, lindando con ella, una casa pequeña de muros muy blancos, cubierta a teja vana y adornada con dompedros y jazmines que trepan por la puerta.

Y desde esta casa a la era, y de la era a una fuente que hay cerca de la serrata, y de la fuente al nogal y del nogal a la casa otra vez volando como pájaro inquieto, un viento de amores que tan pronto se acerca a los dompedros, como se para próximo al nogal, como bebe en las aguas tristes de la triste fuente. Un vientecillo de verano, de Agosto, un viento tan suave, tan bohemio, que así que cesen estas horas de tan fuerte calor, así que se canse de jugar con las nubecillas blancas que se paran en el cielo, así que acaben los zagales de cantar coplas sobre el trillo, antes aún, mucho antes quizás, en vez de pararse en el nogal ni en la fuente, una tarde sigue, sigue volando, y sólo sabe Dios adónde fué a parar el vientecillo, que en su carrera ya casi loca de alegría rozó la veleta de la casita de los muros blancos y la rozó con tanto empuje que a poco viene abajo el gallo fanfarrón que la cumbraba.

Pero mientras llega la hora de seguir el camino, mientras llega el momento de tropezar con la veleta, el tal vientecillo va dejando oír por todos cuantos sitios pasa los rumores de un bienestar comenzado, de una felicidad no nacida y acaso muerta antes de nacer.

Y dentro de la casa son de oír esos rumores que van tropezando en las paredes y creciendo al tropezar y que después de un rato de oírlos parece que se ha oído música ó que se ha oído contar un sueño muy hermoso, un sueño para divertir á un niño.

Y son de oír también los rumores del tal vientecillo allí, debajo del nogal, junto á las bestias, mientras aventan los mozos la mies para dejarla limpia, y entonces parecen cantos de muchachos.

Pero donde suenan á su gusto, donde cantan, donde ríen las risas del viento de amores es junto á la fuente, á la puerta del sol, y mientras el agua va fluyendo de entre unos guijarros blancos como el mármol, con un *glu-glu* que da gozo, mientras la corriente sigue su camino á buen paso, doblando las matas ribereñas, los susurros de aquel viento parecen caricias y parecen amores, parecen sueños, parecen cantos de muchachos y parecen besos.

Después llegó la hora y el viento comienza á correr, á correr, y ya se ha dicho: ¡sabe Dios tan sólo dónde parará!

Malia tiene unos ojazos que no se sabe si son azules como el cielo ó verdes como el mar; Malia se está bañando y enseña sus desnudeces de virgen á las aguas, que tienen un color parecido al de sus pupilas, y las aguas, en su ir y venir constante, van lamiendo cariciosamente la blancura de aquellas carnes; cada ola que viene llega más alto; una de ellas pasa por encima de su cabeza y parece que se va á llevar, como recuerdo del abrazo, la cabellera de la niña, que se queda tendida y flotando en las espumas hirvientes con ruido de besos. Desde allí no se ve más que agua de mar por todas partes, menos por la playa, que amarillea suavemente, hasta las peñas, que cortan su mancha con borrones gris-azulados, con pinceladas oscuras, casi negras.

Todos los días, poco antes de que el sol tienda su franja

de fuego por encima de la hilera de peñas, cuando el cielo es por la parte del mar de un color violeta puro y cuando el agua tiene matices de acero bruñido como cimitarras, el cielo y el mar tienen la de aquel cuerpo de virgen, digno de ser, como el profeta, hijo de dos madres, y una de ellas la luna.

Juancho fué envidioso del mar y del cielo, quiso ser más que los dos y soñó con el regalo de aquellas blancuras y de aquellas rosas, y el despertar fué triste, como siempre que se sueña con algo muy bueno que es mentira.

Toñín, el niño ciego, murió como mueren los días: cuando más bellos son, cuando más los amamos, cuando no hemos hecho sino calentarnos unas horas á su luz y reir una sonrisa de cariño mientras se ve el color de su cielo.

Nada más triste que el temprano fenecer de una criatura; nada más doloroso que el agostarse de una vida que aún no se vivió: es algo como cambiar la risa en llanto ó como deshojar un clavel que aún no se ha abierto.

Toñín era ciego, ciego, y murió en un día de sol radiante; aún fué más bárbara su muerte que la muerte misma, porque ya que nunca vió los colores del crepúsculo, sabía bien cómo eran sus frescuras y cómo eran sus ruidos, sabía que todo el jardín sonaba como si, temblando, tuviera cascabeles, al cantar de los grillos, y oía el silbido de los cucos que sonaba de vez en vez, como diciendo á los niños ciegos: ¡Ya no hay soll! ¡Ya se acabó el día, y con él se acabaron los colores! Bárbara, pues, fué su muerte, porque no le dejó gustar ni de aquellos frescos ni de aquellas músicas.

Sor Gracia era blanca como las rosas blancas, como los juegos de los niños; tan buena como el agua limpia y fresca; su mirar era tan dulce como el dulce mirar de las estrellas.

Y por los claustros del asilo, largos como noche sin luna y oscuros, casi negros, va Sor Gracia diciendo su dolor, porque sus manos tienen sangre, sangre que hizo saltar la envidia y á la que dieron todo su sabor las amarguras de los primeros celos.

Juanillo, Malia, Carlos, Toñín, Engracia, Sor María Je-

sús, todos los que lloráis y todos los que reís mientras á lo lejos el sol se está muriendo, mientras las nubes azules se convierten en negras, como de plomo, mientras se levanta el airecillo fresco, nuncio de la noche, mirad, mirad al cielo y veréis cómo llora, y veréis cómo la luz de sus lágrimas, que es la de las estrellas, se va perdiendo en el espacio, y veréis cómo la luna se levanta, cual madre adolorida, por el extremo opuesto, para ver la agonía de su hijo.

MIGUEL A. RÓDENAS.

EL MISACANTANO

(HISTORIA DE UNA VOCACIÓN)

I

El día del *Corpus*, en casa de la tía Armancia, se enamoró Pepín, el de D.^a Luisa, de Concha, la de Manuel Antonio. Los dos habían ido á ver la procesión desde aquellos claros balcones salientes que miraban al balneario, á la alegre playa y á la parte alta del pueblo, donde se explana el muelle y se alza la iglesia parroquial.

Era una mañana luminosa y suave, á principios de Junio; las campanas volteaban en joviales repiques, invitando á la fiesta; en el aire diáfano deshacíanse los cohetes con estallidos de hueca fanfarria, y la alegría de la solemnidad parecía contagiarse á todo lo que en el pueblo vivía: hasta á las gaviotas que revolaban sobre las peñas de la costa y á las andarinas que saltaban por los tejados húmedos de rocío.

Sonaban ya cerca del ayuntamiento las lentas y solemnes notas del *Pange lingua*, coreado por todos los sacerdotes del concejo, muy estirados con sus dalmáticas refulgentes, sus rizadas sobrepellices ó sus albos roquetes; y entre el murmullo de los cánticos sagrados, la voz de Concha, dulce y cariciosa, se prolongaba en un *morendo* lleno de melancolía, en una susurración sentida y suave, mezclada de coquetería y de naturalidad.

—Tú ya no te acordarías de Concha, ¿verdad, Pepín?—preguntó con indiferencia la prima Constancia.

—Poco—contestó el rapaz, con dos rosetas de pudor en el semblante.—Pero todavía recuerdo que muchas tardes, al salir de la escuela, iba yo á tu casa y jugábamos juntos... Tú en-

tonces vivías donde ahora vive Gervasio, ¿verdad?—añadió mirando fijamente á Concha y contemplando en éxtasis sus grandes ojos bajos.

Ella estaba de bruces en el balcón, con su lindo y gracioso traje de color barquillo, que realzaba la nativa esbeltez de su figura. La prima Constancia había salido á recibir la familia de los Sres. Laredo, numerosa y siempre animada, que venía vocinglando, escalera arriba, á ocupar los balcones de la sala.

—Tú eras más pequeña que yo. Si no me equivoco, te llevo un año... ¿Cuántos tienes, Conchita?—añadió, insistiendo en aquel tono de familiaridad acentuada que les iba uniendo ocultamente con un lazo íntimo y que la soledad en que habían quedado hacía más agradable.

—Diez y seis hago en Septiembre, el día de San Adriano—contestó ella tímidamente.

—Por eso no te acuerdas...

—De nada—contestó la muchacha con risueño desparpajo.—Como si nunca nos hubiéramos visto...

No se acordaba, no; pero le encantaba la idea de una intimidad remota é infantil con aquel rapaz moreno y simpático que le decía cosas tan gratas en tan dulce lenguaje.

—Ya doblan la esquina del palacio—gritó desde el balcón contiguo la prima Amalia, corriendo al comedor á buscar la canastilla con flores que la víspera habían cogido en la huerta de D. Salvador Miranda, para arrojar al paso de la procesión

—Cuidado con volver á tratarme de usted—decía Pepe á Concha, cuando la procesión asomaba por la esquina de la plaza.—¿No te he dicho ya que hemos jugado juntos?... ¿Ó es quieres hacerme viejo?...

—¡Viejo!... ¡Ave María!... Bien sé yo que es usted joven... Pero como estudias...—Con un gracioso mordisqueo en la lengua enmendó el desliz.—Como estudia usted para cura...

Pepín se puso colorado, bien á pesar suyo. Las dos rose-tas se encendieron más con aquellas palabras que, en boca de la niña, eran un aviso ó una reprensión...

—Es verdad—se dijo interiormente.—¡Como estudio para cura hay que tratarme de usted... y no darme conversación!—

Vínole un deseo intempestivo de decir que no, que no quería estudiar, de afirmar frente á esta rapaza bonita el derecho á la vida y al amor. Se contuvo, y tomando fuerzas, olvidando aquella simple é ingenua advertencia, que le había dado un escalofrío de desengaño y de amargura, dijo tembloroso:

—Para cura... claro que estudio...

La voz se le cortaba, apenas pudo acabar así:

—Pero eso... está muy lejos... todavía...

Y se consoló de su timidez en responder pensando que había devuelto aviso por aviso, ó reprensión por reprensión, y que si á él le había herido la frase inocente de la niña, á ella le habría impresionado aquella respuesta serena, aunque debilitada por la emoción: *Eso... está muy lejos... todavía...*

Luego reflexionaba: ¡Si D. David me oyese! Es verdad: ¡si el severo rector, con sus lentes de oro, fulminantes y reprensivos como artículos del reglamento, le hubiese escuchado aquella frase de cobardía, que era como una deserción de la bandera! .. *Está muy lejos...* ¡Ah, traidor! No hubiera dicho eso en el claustro de piedra, á la hora del recreo, en los corrillos donde se habla de mujeres y de los que dejaron la carrera, que son felices...

Aquello había sido lo mismo que decir: pierde cuidado, Concha, puedes hablar conmigo, y yo puedo decirte esas cosas que se dicen á los diez y seis años... ¡Aún soy libre!... Además, hoy es día de fiesta, de gran fiesta: los ánimos se alegran sin querer. Parece que dentro del corazón repican campanas. ¿Crees que Dios se ofendería por ver que yo, seminarista y todo, decía cuatro cosas gratas, pasajeras y sin consecuencias á una muchacha de quince años, tan simpática como tú y que exhala ese atractivo indefinible de la adolescencia, ese impalpable encanto semejante á la gracia? Y le parecía, al mismo tiempo, muy acertada y robusta su respuesta, como una afirmación de su vida, de su juventud, de su derecho á conversar con aquella bonita rapaza que respondía al dulce nombre de Concha.

Redoblaba ya cerca el tambor que iba, según la costum.

bre, junto al pendón; la gaita mezclaba sus resoplidos estridentes y plebeyos; detrás de la procesión, la banda de música del municipio dejaba oír una marcha que quería ser marcha de procesión, vibrante y triunfal, y casi resultaba fúnebre.

Concha y Pepín ya se habían hablado muchas cosas, con esa efusiva verbosidad de dos amigos antiguos que se vuelven á encontrar. Ella, que faltaba del pueblo hacía años, preguntaba por todo con interés, ávidamente, sorbiendo las palabras que fluían de la boca de Pepín, entremezcladas siempre de alusiones, de piropos velados, de insinuantes equívocos. El quería también saber de Gijón: si le gustaba el muelle y lo que se había divertido por Begoña...

—¿Cuántos novios habrás tenido por allá, Concha?

—¿Novios, yo?...

Los ojos se movían, saltarines é incitantes, como dos rapazuelos traviosos: una claridad de aurora iluminaba su sonrisa delicada.

—Á mí nadie me quiere—afirmó con un temblor delicioso en la suave voz.

—No digas eso—contestó Pepe.—El que tú menos piensas...

Calló, lo demás lo dijeron el brillo de los ojos y el rubor de las mejillas de ambos; instintivamente, los dos se apartaron del pretil, mirando hacia el comedor.

Los pasos de la procesión se iban acercando, con lentitud y con solemnidad; el sol hacía refulgir los estandartes bordados y descomponía en irisaciones de oro las magníficas columnatas de la custodia; la banda callaba, dejando oír el *Pange lingua*; y sobre la superficie del mar, á cuya vera caminaban los acompañantes de la procesión, temblaban las imágenes formando maravillosos juegos de luz.

En aquel momento, al pasar delante del balneario, la procesión dió vuelta, haciendo alto en un reposorio que habían decorado las hábiles manos de D.^a Joaquina, camarista del altar del Carmen y secretaria de la congregación de Hijas de María. El altarcito improvisado figuraba un tabernáculo gótico como el que ella había visto en la iglesia nueva que acababa de inaugurarse en Avilés: á las columnillas forradas de raso

encarnado enroscábanse guirnaldas de rosas, y al lado del ara resplandecían dos hermosos candelabros de plata que brindara D.^a Manolina Guardado, con su reconocida munificencia.

Al sentir cerca la procesión, la prima Amalia posó el canastillo de flores sobre la baranda; y cuando la custodia se detuvo en el reposorio, que venía á caer debajo del mismo balcón de la sala, arrojó con brío las rosas, que se agitaron en una profusión de tonos amarillos, blancos y rojos. Al verse cubiertos de flores los sacerdotes del concejo, miraron hacia arriba; D. Juan Ramón, el capellán suelto, que era muy galante, sonreía con su habitual ronrisona equívoca, agradeciendo...

—¿Tú andas de cura en Oviedo, verdad?—prosiguió Concha cuando la procesión hubo desfilado.

—Sí... ¿Por qué lo dices?...

—Por nada... Verás...—decía acercándose mucho á él, lo mismo que si quisiese confesarle un gran secreto, con esa confianza que da el candor de la adolescencia, ya debilitado por la malicia femenil...

—Verás: porque un día disputaba yo con una chica de Gijón—no sé si la conocerás: es Justina, la de D. Zadis, la que viene á pasar aquí muchos veranos á casa de Doloritos,—y decía ella que sólo andaban de cura los mayores; vamos, los que están ya acabando la carrera, que ella los había visto en Palencia, donde estuvo de pequeña educándose. Yo dije: Pues no... Pepín, pero ahora que me acuerdo, todos marcharon para el comedor. ¡Estamos solos!...

—¿Qué importa?—contestó él mirándole á los ojos.—Más vale estar solos que mal acompañados... ¿No sabes tú eso?...

—¡Ave María!... ¡Qué poca sustancia tengo!... Ya dejé á medias la conversación... Pues verás... Yo dije: no... ¿Ibamos en esto, Pepín?...

—En eso mismo...

—No... porque un rapaz de mi pueblo que se llama Pepín y que estudia para cura... Oye, ahora que me acuerdo, le dí las señas tuyas por ver si te conocía. Dijo que nunca se había fijado en ti...

—¿Qué se había de fijar, tontina? ¿No ves que estudio para

cura?—repitió el muchacho con una ironía amarga y con gran desconsuelo.

—Bueno: pues sé yo por las primas que ese rapaz gasta traje talar: así se llama, y Justina no lo sabía... ¿Se llama así?...

—Así, así mismo—balbuceó Pepín mirándola con cierta tristeza, como si pensase que nunca más la podría mirar tan de cerca, con tanta intimidad. Reparó en lo que no había reparado hasta entonces: que Concha era muy guapa.

Tenía unos grandes ojos castaños, siempre llenos de ternura y de simpatía: ojos casi desmesurados que, cuando se bajaban—y esto era siempre al hablar,—hacían resaltar unas pestañas largas, onduladas y suaves como tejidas en seda y unos párpados aterciopelados. Eran su gran hermosura—y bien lo sabía ella—aquellos ojos acariciadores, de una fijeza dulce, que parecían dominar todo el semblante con su maravilloso brillo, que se movían con deliciosa volubilidad, cuando en alguien se posaban. Tenía la boca pequeñísima, contrastando con el grandor de los ojos: los labios frescos, plegados como los de pétalos nacientes de un capullo que se entreabre y se cierra. Y su pelo castaño, muy sedoso, entreverado de crenchas más dobladas y de negros mechones, abierto en dos bandos altos según la moda del tiempo, dejando suelta la trenza, que conservaba vestigios de antiguo rizado, encuadraba en bello marco el rostro ovalado y fino de una albura purísima.

Concha seguía hablando, mientras él la contemplaba, con una locuacidad graciosa.

—Le dije yo á Justina: ese muchacho tiene un gabán largo que se llama greca y una sotana muy mona y una sobrepelliz muy blanca, rizada, rizada, como la del San Luis Gonzaga que hay en el camarín... Oye, no sé por qué se me figura que tu estás mejor de traje talar que de paisano...

—Eso querrá decir que de paisano estoy mal...

—No tanto como eso... no tanto como eso...

—¿Y quién te ha dicho á ti todas esas cosas? No creí yo que te tomabas tanto interés por las cosas mías. Veo que te enteras muy bien de todo. ¿Quién te dijo todo eso?...

—¿Qué te importa, curioso?

—¡Que no! Me importa mucho, como todo lo que me dices tú, que eres tan guapa, tan simpática, tan amable, tan...

Iba á perderse en un laberinto de complicaciones galantes: un súbito sonrojo le cortó la palabra.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

(Continuará.)

... de ...
... de ...
... de ...
... de ...

... de ...

... de ...

LA CONCEPCIÓN FILOSÓFICA ARÁBIGO-ESPAÑOLA

Hay al Occidente del Asia una región desprovista de lagos y ríos, cuyos impetuosos torrentes se precipitan desde sus altos montes cayendo en las abrasadas arenas del desierto; una región donde ni árbol ni matorral existe, con un cielo siempre sereno, donde el viajero, engañado por la apariencia de lejanas aguas, siente el tormento de la sed; una región azotada por el simoun, en medio de inmensas llanuras, islas de rico verdor, bajo cuya frescura se levanta majestuosa la elevada palmera y la blanca azucena; una región cuya actividad mueve á sus moradores á llevar los productos de su suelo á remotos países; una región que sus principales ciudades son testimonio del fanatismo religioso de sus habitantes; esta región es la Arabia, patria del falso profeta, del impostor Mahoma.

Es el árabe ligero como su corcel, sobrio como su camello, sanguinario, generoso, vengativo, mezcla confusa de sentimientos diversos, grave si está solitario, vivo y alegre si reunido, supersticioso hasta la exageración, independiente por carácter, celoso de su nobleza, fundándola en la larga serie de ascendientes.

Durante los primeros tiempos no era posible que los hijos del islamismo se reconcentraran sobre sí mismos, penetraran en lo más recóndito de su ser, fijasen su reflexiva mirada en el hombre considerado como sensible, inteligente y libre, estudiaran las leyes del pensamiento y conociesen la vida psicológica, tan rica como variada; no era posible se dedicaran al estudio de la ontología, de la metafísica del universo, de la moral; otro muy diverso era el objeto de sus actividades. El entusiasmo religioso y guerrero que había logrado despertar el falso profeta al anunciar la nueva religión había conmovido los espíritus; sus ardientes predicaciones traían inquietos los

ánimos; el deseo inmoderado de imponer su doctrina á pueblos y naciones era perseguido tenazmente; su ciego fanatismo de pasear triunfante el estandarte enarbolado en una de las principales ciudades de la Arabia y la desmedida ambición de extender sus creencias á remotos países fueron causa de no pensar en la filosofía. Pero apenas el fragor de las armas, el estruendo de los combates y el continuo batallar permiten cierto reposo al ánimo, algunos espíritus independientes investigan el Korán, abren públicas discusiones, emiten encontrados pareceres, dando lugar á diferentes escuelas filosóficas con distinto criterio; así aparece en el seno del islamismo la secta de los *kadnitas* y la de los *djabaritas*, disintiendo en puntos tan importantes como el de la existencia de la libertad, afirmada por los primeros y combatida por los segundos; y así siguió á estas sectas la de los *motazales*, que negaban la existencia de los atributos de Dios, que sostenían que el hombre era dueño de sus actos, responsable de sus acciones, causa del bien y del mal, acreedor al premio y al castigo.

La diversidad de opiniones mantenidas por los partidarios de las distintas sectas, la defensa que cada cual hacía de sus doctrinas y el deseo de llevar el convencimiento al ánimo de sus adversarios, obligó á buscar argumentos, á emplear la dialéctica. Y he aquí explicada la transformación lenta, gradual de la teología en filosofía, discutiéndose los problemas más difíciles de la religión é iniciándose un movimiento intelectual en el seno del islamismo, debido principalmente á la influencia de la literatura cristiano-oriental. En la primera mitad del siglo VIII, San Juan Damasceno escribía su *Dialéctica* y su obra *De fide orthodoxa*, contribuyendo estos tratados á despertar entre los musulmanes la afición al estudio de las cuestiones en el orden teológico y filosófico. Pero á pesar del contacto habido de árabes y cristianos de la Iglesia oriental, el desarrollo intelectual es promovido por los nestorianos diseminados por el Asia Menor, Egipto, Siria y Persia, que llevaron consigo la literatura griega y los gérmenes de la cultura y civilización de aquel pueblo artista por excelencia y filósofo en alto grado.

Para conocer el desarrollo que alcanzó la filosofía entre

los árabes precisa estudiar los que se han distinguido en el cultivo de esta ciencia.

El primero que se presenta es Al-Kendi ó Alchindi, del cual dice Casiri fué ilustre por la variedad de sus conocimientos y por su saber en la ciencia griega y persa. Descendiente de la noble familia de Kenda, estudió en las escuelas de Basora y Bagdad; publicó bajo los reinados de Al-Mamoun y Al-Motacen tan prodigioso número de obras, que algunos las hacen ascender á doscientas, habiendo llegado sólo á nosotros varios tratados de astrología y medicina. No obstante la escasez de monumentos, se puede apreciar su doctrina filosófica por las citas y alusiones de otros escritores árabes.

Puede asegurarse que siguió este filósofo las huellas impresas por Aristóteles, á quien veneraba como todos los suyos, permitiéndose escribir comentarios á sus obras, como aparece al hablar de las *categorias*, de los *predicamentos*, de la *sofística* y otras partes de la lógica. Consideraba las matemáticas como preparación necesaria para la perfecta inteligencia de la metafísica. Negaba con los *motazales* los atributos positivos de Dios, por no alterar la unidad absoluta de su esencia. Sin salir de la esfera fatalista, sin condenar la libertad, trata de armonizar la justicia de Dios con la existencia del mal. Identificado con el fundador del Liceo en su doctrina, bien puede decirse que es un expositor de su filosofía, sucediendo lo mismo con Al-Farabi ó Alfasabi.

De familia ilustre, de noble alcurnia, rodeado de riquezas, renunció á las ventajas del nacimiento y posición social para consagrarse á los estudios filosóficos. Desde sus primeros años dió en Bagdad muestras de su claro talento, que, andando el tiempo, había de lucir en sus muchas obras, donde se revela portentosa erudición, según se observa en su *Enciclopedia*, notable compilación de todos los ramos del saber.

Desde luego llama la atención la teoría cosmológica de este filósofo, en la cual establece que son seis los principios de las cosas: Dios, causa primera; inteligencia; espíritus que mueven las esferas celestes; el entendimiento, substancia intelectual separada del hombre; el alma, forma substancial, y materia prima, universal. Débese también á él la clasificación del entendi-

miento en entendimiento en acto y adquirido, poseído ó alcanzado, cuya doctrina fué, si no adoptada por la filosofía escolástica, al menos tomó de aquí sus elementos para completarla.

Representa Al-Farabi una tendencia materialista descubierta á través de dudas y contradicciones referentes á la inmortalidad del alma humana, al manifestar unas veces que las almas de los malos padecen tormentos eternos y otras son aniquiladas, añadiendo que el bien supremo del hombre está en la vida presente y «lo que se pretende poseer fuera de este mundo es locura y cuentos de viejas.»

La tendencia de los primeros pensadores árabes fué peripatética; pero pronto tomaron sus estudios nueva dirección, revistiendo carácter intuitivo, merced al conocimiento de los gnósticos y platónicos y á la influencia de sus doctrinas.

De estas dos distintas direcciones nacen dos escuelas árabes: una dialéctica, otra intuitiva. De la primera salieron los filósofos dedicados á resolver los problemas del mundo moral, estudiando los segundos los referentes al sensible y fenomenal.

Una de las cuestiones que más preocupaban á los sectarios del islamismo, dando teólogos y moralistas gran importancia, es la del origen del mal, y principalmente del mal moral, dividiéndose sus opiniones y originándose grandes controversias. Decían unos que eran las obras del hombre independientes del poder de Dios, salvando la responsabilidad que pudiera atribuirse al Supremo Hacedor por nuestros pecados á costa de su omnipotencia; afirmaban otros que lo hacía todo Dios, siendo la voluntad humana ilusoria por carecer del libre albedrío, haciéndole á Dios autor del crimen. Ninguno de los sostenedores de tan opuestas ideas cejaba en sus propósitos ni en la defensa hecha de sus respectivas opiniones, cuando Abu-Alí-Al-Jobba cortó la cuestión negando la existencia del mal. Afirmaba que sucedía siempre á los hombres lo más conveniente, y de este modo, haciendo á Dios autor de todo, aparecía constantemente el atributo de su bondad. De la misma manera rechazaba los dos sistemas, censurándolos por negar el uno la omnipotencia de Dios y el otro su bondad, creando un optimismo moral imposible de sostener.

Como el sistema filosófico de Al-Jobba envuelve una idea fundamental desarrollada por sus discípulos, conveniente es transcribir la polémica sostenida con Al-Asshari, partidario en un principio de las doctrinas de su maestro y después convertido en decidido adversario.

Al-Asshari. — Supongamos tres hermanos: uno que ha vivido en la obediencia de los divinos preceptos, otro que los ha desobedecido y otro que ha muerto en la infancia: ¿qué pensáis de estos tres hombres?

Al-Jobba. — El primero irá al paraíso, el segundo al infierno y el tercero no recibirá premio ni castigo.

Al-Asshari. — ¿Que responderá Dios cuando el tercero le diga: «Señor, mejor hubierais hecho en dejarme vivir, y así hubiera podido entrar en el paraíso con mi hermano?»

Al-Jobba. — Dios le responderá: «Yo conocía que si tu vida se prolongaba habrías de cometer crímenes que te hubieran conducido al infierno.»

Al-Assari. — Pero entonces te dirá el segundo: «¿Por qué no me habéis quitado la vida en la infancia como á mi hermano, y así no hubiera cometido los delitos que me han acarreado la pena que estoy sufriendo?»

Al-Jobba. — Dios ha prolongado su vida para que pudiera merecer recompensa y en esto le ha hecho el mayor bien que pudiera hacerle.

Al-Assari. — Si esto era su mayor bien, ¿por qué no hizo Dios lo mismo con el tercero? ¿No hubiera sido también el mayor bien para éste?

—El diablo te inspira—respondió desconcertado el maestro.

El discípulo habría triunfado del maestro, no sólo al impugnar el optimismo de su profesor, sino al idear un sistema para conciliar la existencia del mal con la bondad y omnipotencia divina, sosteniendo que las obras de los hombres eran debidas al concurso de su libre albedrío y de la voluntad de Dios.

Basado en esta idea su sistema filosófico, sus numerosos discípulos consideraban los actos humanos como hechos y en tal concepto eran obra de Dios, por cuanto nada sucede sin su voluntad; pero considerados bajo el punto de vista de su conformidad ó no conformidad con la ley, son obra exclusiva

de la libertad humana: así Dios es causa de la ejecución física, del acto pecaminoso, siendo la transgresión de la ley propia del hombre. La doctrina de Al-Assari dominaba entre los árabes, viendo en él á uno de sus más insignes doctores.

Ibn-Sina, generalizado en las escuelas con el nombre de Avicena, nació á fines del siglo X (980). Dedicado con asiduidad á la medicina, luego adquirió justa reputación con motivo de haber ejercido la profesión de médico en las cortes de diferentes príncipes y en populosas ciudades. Por sus conocimientos fué saludado con el título de príncipe de la medicina. Sus obras escritas sobre esta materia son una compilación de las de Hipócrates y Galeno, sirviendo de texto en las Universidades de Europa hasta principios del siglo XVIII.

Nos proponemos estudiarle únicamente como filósofo. Sus trabajos referentes á esta ciencia son una aplicación de la dialéctica de Aristóteles á la cosmología, apareciendo modificado el pensamiento del filósofo griego por el del escritor árabe.

Sostiene Avicena que Dios, uno y perfecto, produce inmediatamente *un* ser; por consiguiente, el universo —conjunto de seres y substancias—no procede inmediatamente de Dios, sino de la primera inteligencia, idea de los neoplatónicos al suponer que es creada la segunda inteligencia por la primera, la tercera por la segunda y así sucesivamente, despertando el recuerdo tan continua evolución las teorías panteístico-emanatista de los gnósticos y de Plotino.

Relacionada con la anterior doctrina se encuentra la teoría enseñada por el célebre médico acerca del conocimiento universal tenido por Dios, sin hacerlo extensivo á las cosas divinas, originándose de aquí la negación de la providencia divina. Es indudable que hay confusa reminiscencia de las teorías neoplatónicas en la opinión de Avicena cuando considera el alma causa eficiente, creadora de las demás formas substanciales, las cuales son impresas en la materia por la acción del alma; atribuye á la imaginación, á la voluntad del hombre, poder, fuerza, no sólo para producir mutaciones en su propio cuerpo, sino en los externos, llegando al extremo de producir lluvias, esterilidad y caídas de otros fenómenos análogos. Á

poco de meditar se encontrará en él la primera premisa del moderno espiritismo teórico-práctico, conviniendo hasta en los *mediums*, porque—según Camperio—Avicena y sus discípulos sostenían que este poder superior era propio de algunas almas solamente.

El principio capital, pues, del filósofo árabe es admitir íntima correspondencia entre las operaciones y facultades del espíritu con sus naturales efectos, deduciendo ser la idea abstracta la más extensa, la más real, por ser los seres creados efectos suyos, manifestaciones, aspectos de aquélla; teoría que lleva al platonismo y realismo.

Aparece representado el escepticismo entre los árabes por Al-Gazel ó Al-Gazalí, según otros, iniciador del movimiento teológico-traditionalista en el seno del islamismo, en oposición con las tendencias racionalistas y heterodoxas de los filósofos anteriores.

Dos clases de escepticismo conviene distinguir en la filosofía árabe: uno que negaba á la razón humana la facultad de llegar á la certidumbre, sosteniendo que la fe consignada en el Korán era el único criterio de verdad, y otro cuyo fundamento era la duda universal, la negación absoluta de todo conocimiento.

El adalid más esforzado del primero es Al-Gazel, nacido en Tus (1058) y célebre profesor en Bagdad y Alejandría. Dedicado en un principio á la teología mahometana, defendió con gran vigor el islamismo, al cual profesaba respetuoso culto, profunda veneración. Su pensamiento filosófico se halla expresado en su obra, cuyo significativo tituló, *Destructio philosophorum*, manifiesta no haber nada cierto en las ciencias física, lógica y metafísica; declara la impotencia de la filosofía y de la razón para demostrar la unidad de Dios, su espiritualidad y causalidad eficiente en relación con el mundo, concluyendo por negar el principio universal de causalidad.

Las contradicciones en que incurre son producto de un misticismo exagerado, fundado en las teorías ascéticas de los soufís del Indostán, no reconociendo más verdad que el Korán y proclamando la insuficiencia de los medios de que puede disponer el hombre para la investigación y enunciación de

la verdad; sistema que anula el ejercicio de la razón é impide la libre expresión de la ciencia.

En el período de cerca de ocho siglos, durante esa gran epopeya comenzada en las fragosas montañas de Asturias en Santa María de Covadonga y terminada en la hermosa vega de Granada, aparecen en la filosofía de los árabes dos compatriotas nuestros que, aun cuando profesaban la religión del islamismo, no por eso dejaron de ejercer poderosa influencia en el desarrollo de la cultura.

Abu-Bairah, llamado también Avempace, guardián celoso del Korán, se opuso á cuantos no estaban conformes con la pureza del código religioso, refutando las ingeniosas interpretaciones hechas por sus compatriotas. La filosofía fué base de sus investigaciones, y la polémica, seguro medio para llegar á la verdad y adquirirla mediante el ejercicio de las facultades intelectuales, en virtud del choque de encontradas opiniones y de opuestas ideas.

Pero el ilustre representante de la filosofía de los árabes, también español, fué Tofail, nacido en Guadix, segun unos, y en Córdoba, según otros, á principios del siglo XIII.

Si Al-Gazalí personifica el escepticismo tradicionalista, Tofail representa el panteísmo consignado en su poema *El hombre de la naturaleza*, fijando en él el grado de ciencia á que puede llegar espontáneamente la razón en su natural desenvolvimiento, separada de toda religión positiva, de toda sociedad. Supone, al efecto, á un niño abandonado de sus padres y arrojado á isla desierta, amamantado por una gacela; con el transcurso del tiempo, teniendo por maestro la contemplación de la naturaleza, se eleva del conocimiento individual, concreto, determinado de los seres, al conocimiento transcendental de la razón. Hayy, nombre del solitario forzoso, conoce las cosas sensibles, fundamento para conocer el mundo material y medio de formar las ciencias físicas. Mediante repetida observación descubre variedad de objetos distintos, por la multiplicidad de sus accidentes; pero *unos* en su esencia, deduciendo de aquí consecuencias para llegar al conocimiento transcendental, á las concepciones producto de la razón.

Las ideas emitidas sobre los seres corpóreos, los astros, el

hombre y Dios se conforman con la doctrina peripatética; pero como los sentidos nos dan sólo lo indudable, la razón debe abandonar tales medios de conocer, encerrarse en las profundidades de su ser y llegar á la intuición clara de la verdad, pues únicamente en el estado de aislamiento con el mundo fenomenal, con la pérdida de la memoria de cuanto sucede en el orden real y con la separación de los objetos sensibles se pone la razón en comunicación con Dios, sabe lo individual y conoce la unidad absoluta como exclusiva realidad.

La última conclusión es puramente panteística, pues si la sola realidad es la substancia infinita, si todo lo demás es ilusión, si sólo la razón puede llegar á conocer, además del panteísmo que envuelve semejantes afirmaciones, existe un escepticismo por anular el mundo fenomenal, al cual se llega por los sentidos, y el mundo moral, en el cual penetramos por la conciencia.

Pero el más célebre de los filósofos árabes, el *comentador* más notable de Aristóteles, el más afamado de los escritores es Ibn-Rosch ó Averroes, nacido en Córdoba de ilustre familia, en quien se suponía vinculada la magistratura superior. De vasta erudición, dedicóse al estudio de la teología y jurisprudencia, llevándole su talento á cultivar la medicina, matemáticas y, muy particularmente, la filosofía. Tanto en Marruecos como en Córdoba mereció la confianza de los kalifas, confiriéndole honores y cargos, hasta perderla por no estar conformes sus opiniones filosóficas con el Korán. La envidia concitó contra él los odios de la muchedumbre y la animadversión de los literatos de la corte, desterrándole á Lucena el mismo Almanzor, acusado de heterodoxia musulmana.

Averroes, admirador de Aristóteles, comentó casi todas sus obras con los nombres de *Commentaria Media* y *Magna Commentaria*. Admite la eternidad del mundo y niega la creación, porque Dios—dice—sacó de su potencialidad las formas substanciales. Proclama la animación é incorruptibilidad de los cuerpos celestes, no separándose de Aristóteles y poniéndose bajo la protección de su maestro.

Donde más se descubre el talento filosófico de Averroes

y su poderosa influencia en las escuelas que se desarrollaron después es en la teoría sobre la unidad numérica del entendimiento humano, ó sea del alma racional. Afirma que el entendimiento, como facultad personal interna, coincide en realidad con la sensibilidad, con la imaginación, con la estimativa en los animales y con la razón particular en el hombre. Para tener lugar la intelección propiamente dicha es necesario que se pongan en comunicación las facultades del orden sensible con una inteligencia verdadera, con alguna alma superior, á la que sirve de forma substancial en los individuos.

Esta alma superior no tenida por todos los hombres se halla presente en todo, comunica con todos y en cada uno de ellos, obra sobre las representaciones sensibles transformándolas en cada ser racional en virtud de su propia actividad; de manera que el conocimiento de la verdad, la ciencia tiene lugar en los individuos, pero no por las facultades intelectuales del ser racional individualmente considerado, sino en virtud del alma superior común á todos los hombres.

De aquí que haya en la teoría averroísta dos entendimientos: material ó hylico por pertenecer sus objetos al orden sensible, é inmaterial ó espiritual por ser fecundada ó influída por el alma superior; de aquí se infiere también que la inmortalidad sólo puede tener lugar en el alma general y común á todos los hombres; y de aquí sostener que la permanencia del hombre después de su muerte, como ser consciente y personal, es ilusión y quimera.

La inmortalidad del alma humana de Averroes influyó poderosamente en Pomponazzi y otros filósofos del Renacimiento, en muchos profesores y discípulos de la Universidad de Padua.

La exposición histórico-crítica del movimiento filosófico de los árabes conduce al examen referente al influjo de la filosofía árabe en las naciones cristianas europeas.

Al tratar acerca de la influencia de la filosofía árabe en la escolástica, se presentan dos opuestos pareceres. Unos, dominados por la tendencia racionalista y anticristiana, consideran el desarrollo de la escolástica debido á la filosofía arábigo-española; los otros, para quienes la escolástica es el sis-

tema más perfecto, el que resuelve satisfactoriamente los trascendentales problemas de la ciencia, el influjo de aquélla en ésta es ineficaz, nulo.

Cuando el espíritu de escuela domina, sujeta y esclaviza las inteligencias más privilegiadas, la verdad se oculta, se aleja de aquellos espíritus, siendo causa de errores trascendentales. Esto sucede en la ocasión presente.

Estudiada con imparcial criterio, sin preocupaciones, estrechez de miras y á la luz de la crítica cabe afirmar que influyó la filosofía arábigo-española en las naciones cristianas europeas aun cuando la escolástica modificó profunda, esencialmente sus teorías, alterándolas debido á la idea cristiana, nuevo principio traído al proceso filosófico, lo cual le permite elevarla á región superior, perfeccionarla y abrazar su concepción sintética dilatados horizontes.

En efecto, la doctrina peripatética aparece informando la filosofía de los árabes, como se prueba al estudiar sus principales escritores, especialmente Avicena, y sobre todo Averroes, el gran comentador de Aristóteles, llegando á formarse la escuela aristotélica-averroísta, cuya base fundamental es la unidad del entendimiento humano. En los últimos años del siglo XII el sistema de Averroes domina las inteligencias, penetra en las Universidades de Italia, hace gran número de prosélitos ejerciendo incontrastable influencia hasta el siglo XVII.

Entre las ideas del filósofo cordobés y la antigua escolástica hay tanta conformidad en la teoría del entendimiento que puede asegurarse fué tomada y admitida por aquélla, si bien modificada, haciéndola compatible con la inmortalidad de alma humana, con la existencia de la vida futura y con la sanción de premios y castigos: doctrina rechazada en Averroes, por cuya razón se opuso la Iglesia á sus manifestaciones y progresos.

Un fenómeno curioso, singular, se observa en la filosofía musulmana, y es haberse dedicado con especialidad á los estudios de la lógica tomando como base de sus investigaciones al Stagirita, á quien admiraban, dedicándose también á conciliar los atributos divinos con la existencia del pecado, siendo de extrañar que se ocupasen de tales cuestiones cuan-

do su religión proscribía la controversia científica, pudiendo considerarse la filosofía de los árabes como la protesta lanzada contra la degradante religión mahometana.

Es indudable sirvió la filosofía del fundador del Liceo de incorporación progresiva á la cristiana, viniendo á constituir un organismo vivificado por el pensamiento teológico del cristianismo, ejerciendo incontrastable influencia en Europa. En este sentido puede afirmarse que la filosofía de los árabes inició verdadero movimiento é influyó en los pueblos cristianos de los siglos medios. Pero de esto á suponer que sea la única causa de la filosofía cristiana—como pretenden algunos—es hipótesis gratuita, destituida de fundamento.

Es un hecho la terrible persecución de los gobiernos musulmanes contra los filósofos árabes y sus escritos, persecución llevada á cabo en todas partes y especialmente en España, centro del movimiento filosófico arábigo. Tan feroz fué esta persecución, con tanta saña, que en las mezquitas se predicaba al pueblo la guerra contra Aristóteles, Al-Faravi, Avicena y demás filósofos, cuyas obras se buscaban para ser quemadas con júbilo y gran contentamiento. Así se explica que hayan llegado hasta nosotros tan pocos libros de filósofos árabes en su primitiva lengua, cuando era inmenso según sus catálogos.

Y como si esa terrible persecución no fuera bastante para explicar pueda considerarse como la causa del influjo de la filosofía de los árabes en la cristiana, todavía pueden aducirse algunas más. Refiere Al-Makkari, historiador africano, haber sido condenado á muerte por sus estudios filosóficos un árabe, añadiendo era tan aborrecida en la misma España la filosofía que se cultivaba en secreto. Por ventura ¿no se recuerda lo sucedido á Averroes, á pesar de haber brillado en la ciencia filosófica? ¿No se sabe que Almanzor, después de haberle colmado de honores, de haberle conferido altas distinciones, fué perseguido y desterrado á Elisana como sospechoso de heterodoxia musulmana, consecuencia de sus estudios filosóficos? ¿No fueron entregadas á las llamas en Bagdad las obras del filósofo Abdal-Salam, desterrados y expulsados los judíos por dedicarse á la filosofía? En estas condiciones, con tan en-

carnizada persecución, ¿podían los árabes desplegar sus relevantes dotes para el estudio filosófico, no obstante de coartar los vuelos de la razón el fanatismo musulmán? No, ciertamente.

La Europa cristiana de entonces acogió en sus escuelas y sirvió de refugio á escritores y obras filosóficas que pudieron salvarse de la sañuda persecución y de la guerra emprendida por los almohades contra las ciencias en general. Contribuyeron también á salvar los restos de esta filosofía los judíos diseminados por diversos reinos de la España cristiana y por algunas provincias del Mediodía de Francia é Italia, traduciendo del árabe al hebreo y de éste al latín los principales escritores y sobre todo Avicena y Averroes. Pero de aquí no puede inferirse que deba la escolástica su origen, su desenvolvimiento á los árabes, ni que sus obras fueran el fundamento del desarrollo ulterior de las concepciones de la escolástica; no obstante de reivindicar su independencia justo es consignar que algunas teorías como la averroística acerca del alma humana sirvió después á los escritores cristianos de Europa, los cuales la hicieron compatible con la existencia de la vida futura, inmortalidad del alma humana y la sanción de premios y castigos, verdades de trascendental interés en el orde religioso, moral y social.

Resulta, pues, que la filosofía de los árabes ejerció algún influjo en las naciones cristianas europeas merced á sus escritores, y particularmente á Avicena y Averroes, los cuales la desarrollaron elevándola á gran altura, si bien siempre bajo la base aristotélica por lo que se refiere de modo especial á los estudios lógicos; pero de ningún modo cabe admitir que haya tenido la filosofía del pueblo árabe en la escolástica ese incontrastable influjo señalado por algunos que, en odio á la idea cristiana, pretenden anular toda otra tendencia, toda dirección del pensamiento, siendo base de las corrientes filosóficas durante los siglos medios.

MARIANO AMADOR,

Catedrático de la Universidad de Salamanca.

LA CRIMINALIDAD

EL CRIMEN Y EL CRIMINAL SEGÚN LAS ESCUELAS MODERNAS DE CRIMINOLOGÍA (1)

V

Uno de tales ejemplos le encontramos en el criminal Montilla, personaje del inmortal D. Francisco de Quevedo, y personaje indudablemente fiel reproducción de alguno de los muchos que observara, y que magistralmente retrató en sus conocidísimas y nunca bastantemente encomiadas producciones literarias. Ocupándose de él D. Rafael Salillas, distinguido mantenedor en nuestro país de las doctrinas de la escuela Lombrosiana, dijo en su estudio sobre *La vida penal en España*: «Dícese que las células embrionarias, que alcanzan en poco tiempo todo su desarrollo, sufren al completarse éste un trabajo de retroceso al que histológicamente se da el nombre de *regresión*. Con este nombre calificamos un delito propio del presidio, donde el hombre retrocede del estado de sociabilidad, y mencionamos regresión de la materia á sus elementos (muerte), la del pensamiento al delito y de la voluntad al abandono; la del hombre á la caverna (salvajismo) y la de los miembros á la flacidez y atonía embrionarias (inactividad). La adaptación al presidio es la regresión á un medio muy distinto del derecho y de la vida fisiológica. En cuanto este retroceso se cumple queda formado un ser, cuyos pulmones alientan y cuya sangre se enrojece en la infección,

(1) Véase la pág. 319 de este tomo.

cuyos instintos se desarrollan y aguzan en medio de costumbres corrompidas. Aquí, pensando con el derecho y la metafísica, ha sobrevenido una muerte. En ese ser ha muerto la idea del bien, destino y fin del hombre y base de la moral, y ha quedado la bestia, ó más propiamente, el cadáver del ser moral. Del mismo modo que el cadáver en el pudridero produce sustancias sépticas, el cadáver del ser moral es la septicemia del delito, origen de corrupción y de contagio. Como prueba, basta sacar ahora una de las *jácara*s de Quedo, para que se vea qué maravillosa intuición psicológica penal tuvieron muchos grandes escritores».

Montilla, héroe de la *jácara*, «es hijo de un tabernero. Se educa en la embriaguez y en el descuido. Se hace *ratero*, y después *ladrón* con fractura y asalto, *capeador* en Toledo y *falsificador* en Consuegra. Vuelve de galeras y se va á la sierra de Granada; roba á unos pastores unos boricos y los disfraza con borlas en la recua de Villodres; entra en la ciudad, en el mesón de *La Luna* roba dos talegos y un lío en un coche recién llegado; en la faltriquera de un cura jugador halla un burujón de doblones; corre joyas gritando él mismo, por disimular, «¡al ladrón!»; organiza una sociedad de niños escamoteadores, que robaban en las comedias, repartidos hábilmente en todas las apreturas; vase á Madrid, se hace *tahur*; organiza el robo en grande escala con mozos *esportilleros*, mozos de *silla* y mozos de *fregar*, que suministraban informes para los asaltos sobre seguro; cae en manos de la justicia, y á pesar de enmudecer en el tormento, le sentencian á doscientos azotes y diez años de galeras».

El Sr. Salillas pone término á su extracto de la *jácara*, diciendo: «Condenaron á Montilla por sólo el delito en que le sorprendieron, é hicieron bien, porque la corrupción no fué del hombre, fué de la *galera*, fué del sistema penal, fué de la justicia. Montilla fué menos malo antes que después de ser *galeote*. La galera agravó el espíritu perverso, y lanzado á la vida social, fué fermento para propagar el crimen. Al tomar Montilla por primera vez los remos, no dejó en el mundo más que á su madre, la taberna; pero cuando le imponen el reen-

ganche de diez años, ya quedan Montillas en abundancia para que los *corchetes* se ejerciten».

Sólo hasta cierto punto estamos conformes con el Sr. Salillas en que la *galera*, con la acción maléfica que todos nuestros establecimientos penales de inmemorial han venido ejerciendo, aumentó la maldad y favoreció los propósitos criminosos de Montilla. Entendemos que la *galera* no le formó, pues antes de coger por primera vez el remo ya estaba formado. La herencia le predispuso y el ambiente nefítico, principalmente de la taberna, que desde su infancia respirara, favoreció aquella predisposición, fortaleciéndola y desarrollándola. Con la embriaguez se introdujo en la región del vicio, y desde ella, por pendiente insensible, pasó á la del crimen: el *borracho* se hizo *ratero* y el *ratero ladrón con fractura y escaló*. Entonces la sociedad se apoderó de él; pero en lugar de castigarle y corregirle con la pena, fortificó su mala naturaleza y la perfeccionó en su lamentable oficio. El ladrón dió un nuevo paso y se convirtió en *salteador de caminos*, en *capeador* audaz, en *jefe de cuadrilla* y en *maestro* de malhechores. Fué la suya una marcha progresiva, ascendente, en la senda de la criminalidad, determinada por la acción del factor antropológico, concurrente con la del factor social. Mas como podrá alegarse que Montilla, aunque otra cosa creamos, es un personaje figurado, un engendro de la fecunda y poderosa imaginación de Quevedo, veamos otro caso al que no podrá oponerse tacha semejante, puesto que es muy real y de fecha recientísima.

Nos referimos al autor del crimen cometido en Madrid, en uno de los primeros meses del año 1901, del que fué víctima la joven Isabel de la F... Ésta fué asesinada por su antiguo amante Tomás L..., de veintidós años de edad. Tal hecho es una prueba más de la exactitud y verdad de los principios de la moderna ciencia antropológica criminalista, y pone también muy de relieve los factores que con mayores eficacia y frecuencia concurren á la producción del crimen y á la formación del criminal, alguno de los cuales, diríamos mejor, se manifiesta siempre, esto es, el factor social que jamás deja de influir más ó menos directamente.

Á primera vista, atendiendo á las circunstancias del hecho,

podría conceptuarse á su autor como un delincuente pasional; pero fijándose en sus antecedentes personales y relacionándolos con su último hecho, se borra tal idea y no se puede menos de considerarle como un criminal verdadero, predispuesto desde su infancia, falto de los sentimientos morales capitales, y que desde el vicio pasa al delito, hace de éste una especie de hábito, repite los robos, llega al último límite de la inmoralidad y concluye siendo asesino.

Estos antecedentes, tales como los dió á conocer la prensa, son los que siguen. Tomás, á quien faltó la beneficiosa dirección de su padre, puso de manifiesto desde la infancia sus inclinaciones insanas y perjudiciales é instintos tal vez más reprobables, que en vano su madre intentó sofocar ó modificar cuando menos antes de que, adquiriendo cuerpo, se hiciesen irresistibles. Había en él, en su naturaleza psíquica, algo que con potencia superior contrarrestaba y anulaba la buena educación que procuraban darle. Sus vicios, apenas indicados en los primeros años de la vida, porque otra cosa no era posible, fueron aumentándose, arraigándose y tomando á la par los más feos caracteres á medida que avanzaba en edad. Con el propósito de apartar de su vista malos ejemplos, por los que tanto se dejaba influir, de separarle de compañeros que le pervertían y de borrar en él hábitos dañosísimos, haciéndole respirar un ambiente que no fuese el deletéreo de las calles madrileñas, fatalísimo á determinadas naturalezas, trasladóse con él su madre á la capital de una provincia vecina, donde conoció y entró en relaciones amorosas con la que había de ser su víctima, y que, desgraciadamente para ambos, estuvo muy lejos de ser su ángel de redención. De acuerdo los amantes, y á espaldas de sus respectivas familias, se prepararon para fugarse á Madrid, á fin de vivir juntos, conviniendo en que el Tomás sustrajese á su madre cuanto dinero le fuese posible. Cumpliendo este acuerdo, que por sí solo indica el carácter moral de ambos, Tomás se apoderó de tres mil pesetas que su madre guardaba en un mueble. Así provistos, huyeron de sus casas, alquilaron un hotel en Vallecas, le amueblaron convenientemente, y comenzaron una vida poco edificante, que no tardó en concluir con el dinero tan malamente adquirido.

Hubieron, pues, de desalojar el hotel y de trasladarse á una humilde casa de huéspedes; pero como llegaron á faltarles por completo los recursos, Tomás, siguiendo sus instintos, sustrajo á la patrona un reloj de sobremesa, siendo por tal motivo expulsados de la casa. La joven, olvidándole, se dedicó á cierto género de vida, siendo bastante peor la seguida por aquél, aun cuando eran muy distintas las sendas que recorrían. El final de todo fué el crimen.

Estas breves indicaciones bastan á juicio nuestro para patentizar las etapas que por lo regular recorre el malhechor hasta completar su formación. Tomás, según la escuela positivista italiana, es de clasificar entre los *instintivos* ó *natos*, ó, cuando menos, entre los *predispuestos*; por eso desde la infancia reveló ciertos instintos. Vicios precoces le llevaron á las pequeñas raterías, á esos hechos que de inconscientes travesuras de la niñez se califican; la educación del arroyo y su medio ambiente deletéreo, que los representantes del poder social no se cuidan de purificar, se sobrepusieron á la educación y al medio ambiente familiares, pues aquéllos eran auxiliados por su naturaleza psíquica; conforme sus instintos innatos y adquiridos tomaron cuerpo y se desarrollaron, sus hechos, sus granujadas, revistieron los caracteres del delito, caracteres que fueron agravándose; huyó del trabajo, perdió toda noción de moralidad, repitió los robos, y concluyó asesinando.

Como complemento de estas indicaciones, tomadas, conforme al principio dijimos, de los datos suministrados por la prensa, copiaremos las siguientes líneas de un periódico de gran circulación: «El agresor es un joven descuidadamente vestido, pequeño de cuerpo, pálido, de faz angulosa, que se expresa con gran facilidad. Se le ocupó un papel en que había escrito estos versos:

«Por el recuerdo de mi cariño,
por todo cuanto pude querer,
por aquel padre que me dió vida
y por la madre que me dió el ser;
por esa Virgen que aquí nos mira,
juro vengarme de la Isabel.
Matar mi amante, saciar mi ira:
¡matar á ella! ¡Vengarme de él!»

Estas mismas ideas son las que alimentó en el hospital, donde se hallaba postrado. Ellas y todos sus actos y todas las acciones de su vida acusan al degenerado moral, y ciertos signos exteriores al degenerado físico. Ambas degeneraciones, agravadas por un ambiente deletéreo, que tantos desgraciados aspiran en Madrid y otras grandes poblaciones, determinaron la formación de un criminal verdadero. Fijémonos en los demás malhechores profesionales y casi siempre encontraremos el mismo génesis.

Los ejemplos que acabamos de presentar demuestran, y á juicio nuestro muy palmariamente, la concurrencia de varias causas ó factores en la formación del verdadero criminal, del profesional ó por hábito adquirido, y especialmente del ladrón que, con el estafador, ha sido siempre el núcleo principal de la delincuencia. Para demostrar todavía más la exactitud de esta tesis, tan distanciada de la que sostienen los adeptos de la escuela criminalista clásica, mencionaremos algunos otros casos, pero fijándonos, por ser más significativo, en los malhechores jóvenes, en los que pueden calificarse de delinquentes precoces. Muy digna de mención especial lo es la pandilla de raterillos que allá por el año 1885 realizaba no pocos hurtos en Barcelona, compuesta de siete ú ocho muchachos, verdaderos *murrís*, hechos tales principalmente por el abandono, la imitación y el ejemplo, ninguno de los cuales llegaba á los trece años, y que estaban capitaneados por el que denominaban el *Castillanet*, y algunos de ellos correspondientes á la clase de los desgraciados, sin casa ni hogar, que viven en el arroyo, respiran de día y noche esa atmósfera saturada de vicios y otros miasmas deletéreos, que es la propia del arroyo en las grandes poblaciones; otros dejados en el desamparo por sus mismos padres para rehuir cargas y deberes; y más de uno, como, por ejemplo, el jefe, cuyos malos instintos no pudieron contener, y mucho menos extirpar, los rigores, los cuidados y la buena educación que procuraron darles sus padres. En el puerto, debajo de las barcas ó entre las mercancías amontonadas, en las cuevas de la montaña de Montjuich, en descampados y en nauseabundas mancebías donde utilizaban sus precoces predisposiciones al mal, hacién-

doles servir también para satisfacer extraviados goces ajenos, dormían por lo regular aquellos seres desamparados, cuando no en los calabozos de la policía. Durante el día, y no pocas noches, entre juegos infantiles y manifestaciones de asquerosos vicios, ejecutaban cuantos hurtos podían, ya como *tomadores*, ya como *liladors*, ya como *descuideros*, gastando inmediatamente el producto en francachelas, ó dejándolo sobre alguna carta, y llegando al poco concebible extremo de mantener niñas desdichadas con quienes satisfacer su prematura lubricidad. La debilidad de su constitución física, su aspecto y sus mismos apetitos, revelaban en ellos á primera vista los efectos de una herencia morbosa, y sus ideas y sus actos, los deletéreos del medio ambiente. No hemos podido seguir la marcha de todos ellos, pero en cuanto á los que nos ha sido dado, no han desmentido las condiciones de la escuela antropológica positivista; han llegado á ser criminales de profesión: el jefe es hoy uno de los más célebres *carteristas*, muy hábil, muy vicioso y muy dispuesto á toda clase de maldades. En dicha pandilla se ven, pues, obrando para la formación de malhechores las causas antropológicas y las causas sociales, aquéllas con menor fuerza que éstas.

En la mayoría de los *timadores* y *tomadores* de las grandes poblaciones españolas, así varones como hembras, hemos observado este proceso de formación, con algunas modificaciones, debidas á la diversidad de circunstancias.

Tal vez siga esta ruta y llegue al mismo término una niña que, apenas tocando con los nueve años de edad, comparecía en el mes de Mayo de 1901 ante una de las secciones de la Audiencia de Madrid, acusada por el ministerio fiscal como autora de un delito de robo, y cuya presencia en aquel sitio y sobre aquel banquillo, que demostraba la persistencia de ideas desautorizadas y de transcendentales defectos procesales, produjo en todos los circunstantes un efecto dolorosísimo, del que se hizo eco un periódico, diciendo que «causaba compasión verla ya desempeñando el papel de protagonista en un hecho punible». ¿Cuál fué éste? El haber en 1.º de Septiembre anterior forzado la ventana de una casa del pueblo de Fresnedilla, introduciéndose por ella en la habitación y apo-

derándose de unas ciento veinte pesetas que había dentro de un baúl; esto es, un robo de los más calificados, de los que acusan mayor grado de criminalidad, de los que rarísima vez cometen los malhechores de corta edad. Pudo cometerlo inconscientemente, sin discernimiento bastante para comprender su alcance, cual declararon los médicos; pero es lo cierto que aquella niña no ignoraba que era malo lo que hacía, obrando muy posiblemente por sugestión ajena; que en ella deben existir anormalidades psíquicas congénitas; que viene á ser un criminal en fermento, y que sobre la misma han ejercido su acción el factor antropológico y el factor social, aunque éste en menor grado. Sin embargo, es hasta absurdo y muy propenso á consecuencias funestas el llevar al banquillo de los acusados y á respirar una atmósfera que deja siempre huellas tristes, á niños de cortísima edad, cuyos extravíos deben corregirse de un modo muy distinto. Fatalmente predispuesta, cual la misma naturaleza del hecho lo demuestra, la escena judicial en la que tomó parte quedará perenne en su memoria y sus efectos no serán los apetecibles: contribuirán á que el proceso de formación de un criminal siga su curso, y á ello concurrirá también la necia preocupación que graban indeleblemente sobre la frente, cual un estigma, las fatídicas palabras «¡ha sido encausada!»

Pero el ejemplo más significativo y la demostración más palmaria de cuanto hemos dicho se nos ofrece por los tres ladrones y asesinos, casi niños, que en París, y en las postrimerías del siglo XIX, asesinaron y robaron á una anciana portera. Y decimos casi niños porque al cometer tan horrible crimen el uno tenía diez y nueve años, diez y ocho el otro y diez y siete el tercero. Vamos á dedicarles algunas líneas, porque en tan precoces grandes criminales aparece claramente representado «en sus rasgos de mayor fealdad el tipo del *granuja* abyecto, del *pilluelo* vicioso, que se reproduce cual seta venenosa», como dijo un escritor al ocuparse del crimen, poniendo también de manifiesto muchos de los caracteres que los criminalistas de la escuela antropológica criminalista atribuyen al verdadero malhechor.

De los tres autores del crimen, los llamados Ribot y Jeam-

troux fueron condenados á la pena de muerte y ejecutados. Refiriéndose á todos ellos, escribió en sus *Memorias* Mr. Goron algunas líneas que pueden considerarse como indicaciones antropológicas, y á las que presta indudable fuerza el ser producto de su inteligente y larga experiencia. «El primero, apodado el *Mezquino*, —dice,—el segundo, *La Sardina*, y Pilet, que no tenía apodo porque *debutaba en la Hampa*, eran tres tipos que representaban maravillosamente aquella *granujería* de la calle, en la que se reclutan los *profesionales del crimen*. Jeambroux, alto, delgado, pálido y de mirada atravesada, era el más inteligente de los tres, Ribot, pequeño, con el pelo cortado al rape y la mandíbula saliente como la de un animal, parecía la encarnación misma de la bestialidad. Pilet, con su frescura juvenil, sus mejillas sonrosadas, su aire vergonzoso y sus miradas tímidas, era, no obstante, el que por naturaleza tenía el peor instinto y los más malos sentimientos, pero fué también el que mostró más sensibilidad y emocionado de pronto ante la idea de que dos inocentes pudieran pagar por dos culpables; circunstancias que se encuentran en esos pobres seres que *por la fatalidad de su nacimiento ó de su educación, parecen predestinados al crimen*. Ni Ribot ni Jeambroux habían seguramente premeditado el asesinato: mataron tan sólo porque lo creían preciso para evitar que gritase su víctima. *Fierrecillas* arrojadas, sin *principios* y sin *educación moral*, en una *sociedad donde la lucha por la existencia parece ser la suprema ley*, sin duda ellos hubieran querido no matar para no agrandar el peligro; pero no tenían escrúpulo en manejar el cuchillo siempre que fuera necesario.»

Á estas indicaciones de la psicología de los tres precoces criminales, que muy bien pudieran hacerse extensivas á otros muchos, agrega Mr. Goron las siguientes atinadísimas consideraciones: «¿Quién es el responsable de que broten estas plantas malignas en nuestra sociedad? Yo no creo que pueda afirmarse que es la ausencia de educación moral la que hace que puedan existir criminales de veinte años. Illerant, por ejemplo, había sido educado por gente honrada que no le había inspirado más que buenos principios. ¿Cómo y por qué

llegó á ser, primero *souteneur*, granuja, luego ladrón, y por último asesino? ¿La naturaleza crea, pues, monstruos en el orden moral como en el físico, en virtud de leyes misteriosas que no podemos penetrar? Y sin embargo, es verdad que entre esta multitud de criminales jóvenes que parecen ser el foco de grandes peligros para la sociedad, los hay que han crecido en el suelo de las viejas calles, imitando á los lobeznos».

Si los criminales jóvenes á los que acabamos de referirnos, vagos, viciosos y ladrones por hábito, ofrecen, cual hemos visto, algunos de los caracteres físicos y la generalidad de los psíquicos que según los antropólogos particularizan al verdadero malhechor, al que lo es por hábito é instinto, y patentizan también el influjo de los malos ejemplos y de la educación extraviada, ó mejor aún, del medio ambiente, más claros todavía, si cabe, más pronunciados, y más en relación íntima con el ladrón, se manifiestan en otros que impulsados por mujer infame se colocaron muy pronto en la cúspide de la criminalidad; y no sólo se revelan estos caracteres, sino además, que es lo que ahora nos interesa, el proceso de su formación. De estos malvados precoces, y de la mujer que los sumió en el vicio, que les hizo estacionarse en la holganza, que les introdujo en el mundo de la delincuencia, y que, por último, ya suficientemente preparados, les lanzó á la criminalidad feroz, el mismo Mr. Goron nos ha dado noticias interesantísimas. El hecho culminante de ellos lo fué el robo y asesinato de la viuda Meunier Desaigni.

Como era natural lo hiciera, presenta, en primer término Mr. Goron á la horrible vieja conocida por la *Berland*, causa de la corrupción de un joven desgraciado, tipo el más pronunciado del *criminal nato*, toda vez que, desde muy temprano, se distinguiera por sus aviesos instintos, por su falta absoluta de sentido moral y peor su infame conducta, y que sin vacilaciones llegó á la peor de las delincuencias: en ella, el factor antropológico era el descollante, y tan sólo cooperador de éste el social. «Era un vampiro, que había tenido dos maridos y después un número infinito de amantes. Su hijo había crecido junto á ella en esta educación del vicio, no tra-

bajando nunca, durmiendo de día y rondando de noche para robar las gallinas que habían de comer al día siguiente. Durante dos meses había dormido en el mismo lecho que su madre y su amante, un viejo pordiosero que un día apareció muerto al lado de esta madre infame y de este hijo vicioso. Dove, otro miembro de la banda, era un muchacho abandonado por sus padres desde los primeros años de la vida, demostrando desde muy joven villanos instintos. Un clérigo cuidó de él por algún tiempo; pero bien pronto tuvo que desistir de sus buenos propósitos para con este pordiosero, que no quería más que jugar en la calle y cometer raterías en los puestos de frutas; no tuvo más que un oficio que le agradara: el de mozo de carnicero, pues le divertía el ver matar, mucho antes de que él matase. Mas había otro joven, Chotin, apodado *Cri-Cri*. Hijo de un hombre honrado que, no pudiendo hacer carrera de él, se vió obligado á ponerle en la calle, dudando de llevarlo á una casa de corrección, Chotin se convirtió en ladrón, desvalijando los almacenes con una destreza extraordinaria. Por último, había un cuarto joven, Deville, apodado *La Bola*, un pilluelo de diez y ocho años que, colocado por sus padres como sirviente, fué despedido por todos os amos que tuvo, llevándole el instinto á la casa de la Berland, cual si el magnetismo especial del crimen le atrajese.»

Si interesantes para el antropólogo criminalista son las anteriores noticias que Mr. Goron da de los jóvenes malvados que coronaron sus proezas con un feroz asesinato, en el que demostraron carecer de los sentimientos capitales de *piedad* y *probidad*, y que el alma criminal se había rápidamente enseñoreado de ellos, no lo son menos las indicaciones que á continuación hace. «La horrible vieja reunió á su alrededor aquellos pequeños malhechores que al principio realizaban robos de gallinas ó meditaban hábiles golpes para proporcionarse una gran comida.» Después, ya suficientemente aleccionados, encenagados hasta el último límite en el vicio y borrado de su espíritu lo poco que de bueno poseyera, no se contentaron con pequeños hurtos: entraron gozosos y de lleno en los horribles desmanes del crimen. Habían seguido sin

titubear y con verdadera satisfacción toda la fatal senda. Tales malhechores son una demostración viva de la exactitud de los principios de la criminología moderna. Mr. Goron en sus apuntes, hijos de su experiencia, ha puesto muy de manifiesto cómo se forma el criminal, y la intervención en ella de los factores individuales y sociales. Concretándose a las víctimas, que casi este calificativo merecen los mozuelos a quienes consiguió sugestionar aquella degradada y repugnante mujer, y que fueron los instrumentos de su maldad, refiere como complemento del que puede decirse estudio psicológico una de las escenas del crimen que llevó á varios de ellos al patíbulo. Asesinada la infeliz anciana y saqueada la casa, «se sentaron junto al inanimado cuerpo de la víctima y, muy tranquilamente, se pusieron á beber vino y á comer golosinas, y al marcharse se llevaron una botella de ron, que fueron vaciando por el camino». Sobra, pues, la razón á Mr. Goron cuando dice que «se habían reunido todas las infamias, desde la madre inmunda, querida de su hijo, hasta el bribón de diez y ocho años que reconocía él mismo que la vista de la sangre le producía una borrachera particular, y que entonces no podía contener los ímpetus de herir».

Ante este y los demás ejemplos que venimos presentando, ¿podrá negarse en absoluto la existencia del criminal *nato* de Lombroso ó *instintivo* de Garofalo? ¿Podrá negarse que en los verdaderos criminales, en los de profesión, en los por hábito adquirido, en los ladrones, en los forajidos, en los estafadores, etc., hay algo que alienta en ellos desde el claustro materno, y que, favorecido por el medio ambiente en que se vieran sumidos, ambiente deletéreo y muy apropiado á su naturaleza, determinó su organización psíquica, y en correlación con ésta sus hechos? Únicamente los degenerados, los faltos de sentido moral, los que lo tienen perturbado ó atrofiado, llegan á hacer del crimen un *modus vivendi*, y llegan en la escala de la maldad á los últimos peldaños. Desgraciadamente tales seres son numerosos, propagándose y difundándose sin que las penas consigan detener su desarrollo.

En España no han sido escasas las agrupaciones de malhechores, cuyos miembros ofrecieron caracteres verdadera-

mente repulsivos y cuyos hechos pueden competir con los mencionados. De ellas nos ocupamos extensamente en otro estudio. Pero si en las bandas formadas para el robo y el asesinato han predominado siempre los que no habían llegado á la edad madura, fueron rarísimos los muchachos que pertenecieron á ellas. En los campos y en las aldeas ha habido, y más ó menos hay todavía, pandillas de precoces rateros, de merodeadores, pero no de ladrones asesinos casi infantiles, cuales las que Mr. Goron pinta en sus *Memorias*. En nuestras grandes ciudades ocurre lo mismo. El *golfo* madrileño, el *lilador* catalán, el *randa* de todas las regiones, plantas que la sociedad deja brotar y crecer, se hallan muy lejos de ser como tales, mientras con la edad no se transformen en homicidas; viven, sí, de las raterías, de los descuidos, y cuando entran de lleno en la vía de la delincuencia los unos se hacen perfectos *tomadores del dos*, aquéllos más predispuestos y viciados empuñan la palanqueta y se hacen *topistas*, ó manejan la llave falsa y la ganzúa, convirtiéndose en *espadistas*, ó descienden á las alcantarillas para ser *ratoneros*, ó como *taruguistas* manejan los *cartuchos*, ó forman parte de la nauseabunda *justicia ful*, ó cuando poseen ciertos conocimientos y aptitudes, distinguidos caballeros de industria, ascienden á las grandes estafas modernas; y sólo los menos y los más malvados, los que carecen del sentimiento de *piedad*, esgrimen el cuchillo del *atracador* ó se lanzan á las aventuras del *dronista*. Esta es su marcha regular. Para formarlos han concurrido anormalidades y deficiencias fisio-psíquicas, la mala educación ó la falta absoluta de ella, el ambiente del arroyo callejero, el más deletéreo de las prevenciones ó depósitos de policía, á donde se les lleva por cualquiera falta, y de las aglomeraciones en las cárceles para sufrir *quincenas* como *blasfemos*, los ejemplos nada edificantes que todos los días y en todos los momentos se les ofrecen por desgracia muy frecuentemente en el hogar doméstico, que debiera ser templo de moralidad y escuela de buenas enseñanzas, y fuera de él en otros lugares malamente tolerados y aun protegidos; la perenne contemplación del vicio, el instinto de la imitación poderosísimo en el hombre, el contagio inmoral, la sugestión ejercida por personas ya perversas

con el propósito de utilizar á los sugestionados, el desamparo y el abandono en aquella edad, que tantos cuidados precisa, y otras varias causas. Raro, muy raro es el verdadero criminal sobre el que no han obrado todas ó varias de ellas; siempre se las descubre al analizar su vida. Con mucha exactitud puede afirmarse que, fuera del *pasional* y bastantes de los de acción, los criminales nacen, y el medio ambiente acaba de deformarles.

CAPÍTULO IV

Caracteres generales y pasiones de los criminales.

I

De cuanto hemos dicho, y muy especialmente en el capítulo anterior, resulta, á nuestro entender, con toda claridad, que que el criminal verdadero, el profesional ó por hábito adquirido, que con el instintivo, cuyos caracteres con suma frecuencia ofrece, constituye la clase más numerosa de los malhechores y la que más perturba la vida social, es el producto natural de la acción concurrente de varias causas ó factores que en él obran desigualmente y con mayor ó menor lentitud, según con razón sostienen los antropólogos criminalistas modernos, apoyados en interesantes estudios y en miles de observaciones bien encaminadas, confirmando asimismo, en gran parte, las tan debatidas ideas de Garofalo, entre las que aparecen las afirmaciones y comprobaciones de que en realidad, muy en contra de lo sostenido por la escuela *clásica*, *no hay criminal fortuito*.

Refiriéndose á este particular, manifiesta el distinguido antropólogo y sociólogo italiano, en su *Criminología*, que «actualmente hay muy pocos sabios que nieguen en absoluto la existencia de *pensamientos criminales innatos*, y sí bastantes los que la reducen á algunos casos *patológicos*, y que entienden que la gran mayoría de los delincuentes se halla compues-

ta de seres *no degenerados orgánicamente, sino socialmente*», y afirma encontrarse «muy lejos de negar la importancia de las *causas externas*, que son las *directas é inmediatas de la determinación*, tales como el *medio ambiente*, físico y moral, las *tradiciones*, los *ejemplos*, el *clima*, las *bebidas*, etc., etc.»; pero entiende que «siempre existe en el criminal un elemento *congénito diferencial*», y que por lo tanto «no existe el *delincuente fortuito*, si por tal se entiende ó quiere significarse que un hombre moralmente bien organizado puede cometer un crimen por la sola fuerza de las influencias externas», pues, con efecto, «si entre cientos de personas que se encuentran en circunstancias idénticas, no hay más que una sola que se deje arrastrar al crimen, es preciso confesar que esta persona ha experimentado de una manera diferente el influjo de tales circunstancias, y, de consiguiente, hay en ella algo de exclusivo, una *diathesis*, una manera de ser particular, siendo esto lo que, por ejemplo, podría decirse de esos autores que han visto en la miseria de ciertas clases la fuente de los crímenes cometidos por algunos individuos, clases en las que si de un modo igual se halla esparcido el sufrimiento, no están, sin embargo, compuestas de criminales, porque éstos no son sino una *pequeñísima minoría*».

De estas breves consideraciones deduce que «no es posible separar á los criminales en dos clases distintas, compuestas, la una por seres *anormales*, y la otra por seres *normales*, ni clasificarlos más que según el grado mayor ó menor de su *anomalía*, siendo en este sentido en el que dice haber hablado en sus obras «de delincuentes *instintivos* y delincuentes *fortuitos*, estando los primeros caracterizados por la *ausencia de sentido moral* y la *omnipotencia de los instintos egoístas*, y los segundos por una *debilidad orgánica*, por una *neurastenia moral*, según Mr. Benedikt, es decir, por una impotencia de los agentes de resistencia á los impulsos provocados por el mundo exterior».

Por último, añade que «en la clase primera hay que distinguir ante todo ciertos *estados patológicos*, tales como la locura, la imbecilidad, el histerismo y la epilepsia, asociados á impulsiones criminales, estados que pueden ser *congénitos* y

adquiridos, y á seguida la anomalía exclusivamente moral, caracterizada por la perversión ó la ausencia de los sentimientos morales elementales, y que no es una inferioridad».

II

Partiendo de estas ideas y de las distinciones que contienen, ideas que marcan y aclaran las de la moderna escuela criminológica positivista italiana, vamos á indicar algunos de los caracteres generales y varias de las pasiones del criminal habitual, en cuya clase comprendemos al *instintivo* de Garofalo, ó sea el *nato* de Lombroso, reservándonos complementar lo que ahora digamos al tratar de los caracteres y pasiones especiales del ladrón profesional.

El doctor Escuder, que es indudablemente uno de los científicos españoles que primero han procurado dar á conocer y vulgarizar entre nosotros las doctrinas de la mencionada escuela, tan distintas de las del agonizante *clasicismo liberista y apriorista*, del cual hoy acaso únicamente se encuentran adeptos dentro de la arcaica justicia histórica, hizo un bosquejo ligero pero exacto de los caracteres del verdadero criminal. Comienza su estudio, que forma parte del que tituló *Diagnósticos del delito*, aludiendo al doctor Marro, á quien con razón califica de distinguido médico alienista, y á su notabilísimo libro *Los caracteres de los delincuentes*, «en el que se propone precisar las señales que distinguen á los criminales de los que no lo son», y dice: «He aquí lo que resulta de sus investigaciones. La capacidad craneana de los delincuentes es inferior á la de los honrados; su frente y bóveda son aplastadas á causa del menor desarrollo de la parte más noble del cerebro. La base del cráneo es mayor en los facinerosos. El frontal es estrecho, bajo y oprimido en las sienas del criminal, en el cual predominan salientes pómulos y fuertes quijadas. Sus cabellos suelen ser espesos, encrespados y á menudo rizados. En los presidios abunda la gente imberbe. En cambio las *galerianas* tienen mucho bello en la cara. Los senos frontales son mayores en el malhechor que en el salvaje. Las anoma-

lías *atípicas*, monstruosas, deformidades del cráneo, asimetrías, nariz torcida, dientes mal alineados, orejas de asa, paperas, hernias y raquitismo, tan comunes en el criminal, caracterizan más bien la degeneración. Más frecuentes son en estos sujetos las cicatrices, parálisis faciales, perturbaciones del corazón, deformidades genitales, caries precoz de los dientes, etc, etc. Domina en el criminal, según Marro, el elemento morbosos. Los zurdos y ambidextros se repiten dos veces más entre las gentes de vida airada y siniestra».

Refiriéndose á los caracteres indicados por el creador de la escuela, César Lombroso manifiesta que mientras Marro encuentra en el crimen más causas *patológicas*, Lombroso ve en él «una forma atávica»; que, en conformidad con esta idea, explica el *tatuage*, tan común en los malhechores habituales de ciertas regiones y países, «como una forma de regresión al estado salvaje, en tanto que Marro cree que es una marca religiosa ó pasional debida á la imitación, la vanidad ó el ocio, que se produce en los barcos, monasterios, peregrinaciones, presidios y, en general, entre pescadores y marineros».

«Entre los criminales—prosigue diciendo—predominan tres formas de enajenación: la imbecilidad, la locura epiléptica y el delirio de persecuciones. En las mujeres sobrepuja siempre el histerismo, llevándolas á la *galera* la limpidez de su inteligencia, á pesar de que el delito en ellas suele ser una perturbación circulatoria del útero. Marro concede gran importancia á las causas sociales, y mucha también á las orgánicas... Ha observado que muchos ladrones son hijos de padres casados sumamente jóvenes, y, por el contrario, que de padres sesentones salen engendros homicidas. La falta y la sobra de madurez en el matrimonio transmiten á los hijos escaso sentido moral. La miseria orgánica, debida á la indigencia á que se entregan los impotentes para el trabajo, contribuye grandemente al delito.»

«Para Marro—concluye el Dr. Escuder—el crimen en su esencia íntima es una desnutrición del cerebro, contraída por una vida viciosa ó congénita. No depende en absoluto de la conformación anatómica, como pretende Lombroso, ni del lóbulo frontal, como indica Benedikt, ni de la locura moral,

como asegura Mandsley, sino de la falta de un cerebro fuerte, bien nutrido, normal, apto, vigoroso, sano y bien formado. El crimen social es el hambre atrasada de las células nerviosas en la mísera savia que las alimenta; es la herencia de una generación de hambrientos.»

No discutiremos sobre la realidad de las deformidades, anomalías, vicios y extrañezas físicas y fisiológicas que, á juicio de los antropólogos, caracterizan á los verdaderos malhechores, pues para ello nos falta competencia, bastando á nuestro objeto el indicarlas. Lombroso, Marro, Benedikt, Laschi y los demás escritores que militan en su escuela y, por lo tanto, sustentan idénticas ideas en este particular, se han apoyado, al presentarlas, en numerosas observaciones é investigaciones detenidas. Sólo sí diremos que en nuestra corta práctica hemos encontrado bastantes malhechores profesionales, especialmente rateros, ladrones y estafadores, que á primera vista se distinguían entre los demás por su aspecto físico, siendo pequeños, escuálidos, de frente estrecha ó desproporcionada, de cabeza voluminosa ó diminuta, de mandíbulas pronunciadas, de labios delgados ó leporinos, de mirada clara y oblicua ó vacilante, y cuyo carácter moral correspondía exactamente con su anormal organización física.

Entre ellos recordamos, y nos limitaremos á este ejemplo, á dos merodeadores, ladronzuelos habituales, y, por último, violadores, de diez y ocho años el uno y algo más joven el otro, presos en la cárcel de un juzgado de Castilla. El uno era de corta estatura, muy delgado, moreno, casi negro, brazos de largura extraordinaria, cabellos semejantes á crines, cabeza grande en relación con el cuerpo, ojos apagados, y el otro más alto y grueso, abotargado, con asimetría pronunciadísima y labios muy gruesos, y ambos viciosísimos, cínicos y que á su unión diurna para los latrocinios agregaban otras uniones nocturnas para satisfacer groseros apetitos.

Más indudable es la existencia de anomalías ó perturbaciones psíquicas en la clase de malhechores á que nos referimos. Los unos carecen en absoluto de sentido *moral*, y, por lo tanto, de los dos sentimientos fundamentales de *piedad* y de

probidad, como los denomina Garofalo. Los otros tienen *atrofiado* dicho sentido, careciendo de alguno de tales sentimientos, ó poseyéndolos muy debilitados, bien ambos, ya uno solo. No pocos revelan mayor ó menor perversión del mismo y todos alientan bajas pasiones y se entregan á hediondos vicios en correlación con tales diferencias y anormalidades. En varios, como por ejemplo los criminales *natos* ó *instintivos*, su especial carácter psíquico se manifiesta ya enseñoreándose de su espíritu desde los primeros años de su vida, y determinando la naturaleza de sus actos criminales, y en el mayor número, en los que lo son por hábito adquirido, las circunstancias, el medio ambiente, etc., desarrollan y arraigan los gérmenes, y favorecen las predisposiciones que acaso sin su funesto influjo no habrían llegado á exteriorizarse. Que las que nos atrevemos á llamar *lesiones psíquicas* nacen con el individuo, siendo el resultado de la herencia degenerativa, nos lo demuestra el gran número de delincuentes que ya lo son profesionales ó habituales antes de pasar de la juventud. Para confirmar este aserto, del que se desprenden consecuencias importantísimas, aclararemos algunos datos estadísticos de los que el Dr. Melry se hace cargo en su libro referente al *contagio del homicidio*.

En París, escribía Mr. Reynach, más de la mitad de los detenidos son menores de 25 años. En 1879 se contaban 12.721 de 20.882, y en 1880, de 26.475 unos 11.661. En un solo año 30 asesinatos, 39 homicidios, 3 parricidios, 2 envenenamientos, 114 infanticidios, 4.212 golpes y heridas, 25 incendios, 153 violaciones, 80 atentados al pudor, 458 robos calificados, 11.862 robos sencillos, fueron cometidos por jóvenes. He aquí la edad de algunos criminales cuyos nombres están aún en la memoria de todos: Le Maitre, 15 años; Ollivier, 16; Laillon, 18; Menesclou, 20; Dore, 19; Berland, 20; Deville, 18; Chotin, 18; José Lepage, 16 1/2; Merant, 19; Kaps, 14 1/2; Ribot, 21; Pillet, 17; Jeantroux, 17, y Micanholz, 19. «Sin embargo—dice Mr. Melry,—á pesar de una herencia incontestable y á pesar de una deplorable educación, muchos individuos no se lanzan al crimen, que han visto practicar de continuo, siendo hombres honrados, al menos

relativamente, pues la educación á veces es impotente para mantener en el bien ó en el mal á ciertas naturalezas excepcionales.»

III

Otro de los más notables publicistas que siguiendo las nuevas vías han estudiado con relativa amplitud los caracteres de los criminales, relacionando su estudio con el de la *locura criminal*, con el *alcoholismo*, con el *pauperismo*, y con «otras formas *patológicas y anormales* de la humanidad, que con la criminalidad se enlazan», lo ha sido Mr. Arthur Mac-Donald, en sus *Aplicaciones de la ética á la criminología*.

Vamos, pues, á dar una ligera idea de su opinión respecto al particular que nos ocupa.

Comienza expresando «ser difícil trazar una línea distintiva entre estas diferentes formas del mal—las indicadas,—de cual el crimen es la más exagerada; resultando esto evidente desde que se sabe que no hay entre ellas solución de continuidad, y así, cuando se interroga á los criminales, se observa con frecuencia que sus *facultades mentales son no sólo débiles y vacilantes*, sino que *lindan*, ó se aproximan á la *demenia*, pudiendo advertirse lo mismo al examinar á los *mendigos*».

Á su juicio el *alcoholismo* «es una de las mayores causas que determinan este resultado; el individuo que á él se entrega, tropieza siempre con dificultades para obtener ocupación, y esta forzada ociosidad, poco á poco, y por efecto de su constancia, convierte este vicio en un hábito arraigado». El *pauperismo*—añade—«puede en algunos casos ser hereditario; pero el ejemplo influye poderosamente en los hijos de los pobres para engendrar en ellos hábitos semejantes á los de sus padres, y de esta manera transmitirse de generación en generación, sin que pueda atribuirse la causa á la herencia, con cuyo nombre escribimos las más de las veces nuestra ignorancia respecto á las condiciones en que el individuo crece. Que el alcoholismo constituye un elemento integrante de to-

das las formas patológicas de la humanidad, es cosa por demás sabida; directa ó indirectamente es con frecuencia la causa que arrastra á los jóvenes al crimen».

Son suficientes las líneas copiadas para que pueda comprenderse que, á juicio de Mr. Mac-Donald, lo que caracteriza al verdadero criminal lo es la *debilidad de sus facultades mentales*, que por ello son siempre *vacilantes*; y no únicamente esto, sino que por efecto de tal debilidad, *lindan y se aproximan á la locura*, atribuyendo semejante estado á varias causas, cual el *alcoholismo*, que es también uno de los caracteres de gran número de malhechores, cual la *herencia*, de la que provienen muchas de sus anomalías, cual el *pauperismo* y la *ociosidad*, que se determinan por la persistencia y la escasa aptitud para el trabajo continuado, y que igualmente distinguen á los criminales habituales, cual el *ejemplo*, que tanto obra sobre las inteligencias débiles, y algunos otros. A lo dicho por el mencionado escritor, del que nos alejamos muy poco, agregaremos que esa debilidad de las facultades anémicas en donde con mayor generalidad é intensidad se manifiesta es en la que podemos llamar parte moral. Son muchos los malhechores á quienes hemos examinado cuya inteligencia no era inferior al promedio de la de los normales, y varios los que la superaban, como, por ejemplo, un falsificador de títulos de la deuda, preso en la cárcel de Barcelona, y tres timadores callejeros, célebres en la ciudad condal, que hasta inventores eran de procedimientos para su *oficio*. Pero en todos, sin excepción alguna, hemos observado un sentido moral debilitadísimo, ó su falta completa.

Este es, de consiguiente, el carácter que debe colocarse en primer término al fijar la psicología del verdadero malhechor. Si las anomalías fisiológicas y las deformidades físicas, que por tantos y tan eminentes antropólogos se le atribuyen, son todavía cuestionables, no acontece lo mismo en cuanto á las anomalías y deformidades psicológicas, sobre todo las morales. Cuando á un individuo que ha cometido un delito le falta por completo el sentido moral, ó lo tiene atrofiado ó trastornado, puede asegurarse que, á no depender de la locura, es un verdadero criminal, no un delincuente por pasión, ni

siquiera un criminaloide. Tal es lo que acontece con los ladrones, aparte de algunos que lo son *ocasionales*: tienen atrofiado su sentido moral, careciendo del sentimiento de *probidad*, y más ó menos trastornada la parte que conservan. Esto se advierte también en los *dronistas*, *atracadores*, *forajidos*, etc., que ejecutan los robos con violencia en las personas, no deteniéndose ante el homicidio: les falta totalmente el sentido moral. La índole de las pasiones, instintos y aptitudes de los malhechores es también otra de sus características.

IV

Mr. Descuret, el eminente fisiólogo y psicólogo, puso muy de relieve en su *Medicina de las pasiones* la íntima correlación que existe entre la enfermedad, la pasión y el crimen. «Primera-mente es muy común, dice, la reincidencia en la enfermedad por haber reincidido en la pasión. Véase, por ejemplo, á un hombre antes dado á la borrachera y que con sólo un año de sobriedad ha curado de extensas úlceras en las piernas, ó de frecuentes congestiones cerebrales. Véase también al desdichado niño cuyos hábitos solitarios han impreso ya en su fisonomía su asqueroso sello: advertido de su próximo fin, tiene valor para dejar su abominable vicio, y pronto su tez adquiere frescura, desarróllanse sus miembros, su memoria se despeja, y su genio es más franco, más amable y alegre; pero este mismo muchacho, arrastrado por un mal ejemplo, ó por otra cualquiera causa, se entrega otra vez al funesto hábito, y pierde luego cuanto había ganado, así en lo físico cuanto en lo moral, hundiéndose pronto en la huesa que ha cavado con sus propias manos. Otro ha sepultado en el fango su salud, su fama, su fortuna, hasta su honra; por mucho tiempo se creyó favorecido de la suerte, la cual no fué más que un cebo; dos noches han bastado para que se arruinase del todo. Hacía un año que vegetaba en la capital en medio de esa turba de vagos cuya existencia es un problema, cuando un destino lucrativo le puso al abrigo de la necesidad, dándole los medios de calmar su calenturienta agitación, lo mismo que las frecuen-

tes palpitaciones que padecía. Ya sus debilitados miembros empezaban á recobrar su antiguo vigor, ya la frescura de su tez anunciaba considerable mejora en su constitución; pero arrastrado como espectador á una de esas zahurdas clandestinas, bastó la vista del oro para inflamar de nuevo su pasión. Al día siguiente volvió al juego, no ya cómo espectador, sino como interesado, y habiéndole favorecido la suerte, continuó jugando con más empeño que nunca. Apenas hacía un mes desde que volvió á su antiguo vicio, cuando una mañana se le encontró muerto en la cama, de resultas de habersele roto un tumor; la agitación del juego fué la causa de su muerte. *La reincidencia en la pasión* no limita sus estragos al organismo, sino que al mismo tiempo destruye el juicio y consume el corazón. De ahí nacen todos los falsos conceptos que formamos en materia de conciencia, de ahí las culpas, las injusticias y los crímenes que al fin comete el hombre con la sangre fría que nace de la costumbre, y á veces hasta con des-
caro.»

«¿Queréis saber—prosigue diciendo—el modo como la pasión habitual reúne, en torno suyo, la mayor parte de los vicios haciéndoles concurrir á su satisfacción? Tomemos en la Biblia un ejemplo que todos conocemos y que demuestra perfectamente la relación que existe entre las pasiones y las enfermedades, las leyes y la religión. Apenas Saúl subió al trono, habiendo sido hasta entonces victorioso, concibe una violenta envidia de David. Sus tristes frutos va á producir este germen deletéreo que no supo sofocar en tiempo oportuno. Los elogios tributados al mancebo pastor empiezan á darle recelos, y desde este instante se vuelve suspicaz y desconfiado; echa en olvido el importante servicio que acaba de hacer al pueblo y hasta á él mismo y cede á una negra ingratitud. Pronto sus ojos tristes no pueden sufrir la presencia del hombre á quien considera cual rival de su autoridad y de su gloria, y á pesar de los delicados miramientos que guarda David á una y otra, enferma y se vuelve sombrío, melancólico y frenético. La pasión no se detiene aquí, sino que, impelido sin cesar por el dominio de la envidia, quiere sangre con que apagar la sed de sangre que lo devora; entonces jura la ruina

de David. En vano logra éste calmar los frenéticos accesos del rey con los sonidos del arpa, tan puros como el fondo de su corazón; en vano continúa haciéndole importantes servicios; en vano le salva otra vez la vida: Saúl sólo conoce por intervalos su injusticia para caer en unos celos más violentos y para perseguir con mayor encarnizamiento á su inocente víctima. Es menester tener presente que Saúl no carecía de fuerza física, ni de valor, ni de mérito; ni aun de clemencia; pero la pasión en que de continuo reincidía bastó para convertirlo en un hombre cobarde é injusto, ingrato, supersticioso y perjuro, en un ser melancólico, homicida y suicida».

Este último ejemplo que, tomado de la Biblia, nos ofrece Mr. Deucaret, tiene perfecta aplicación cuando se trata del criminal pasional y de cierta clase de pasiones, mas no cuando se considera al malhechor profesional ó habitual, cuyas pasiones más dominantes son de muy contraria naturaleza. A éste y á sus hediondas y bajas pasiones pueden serlo más bien sus demás consideraciones. Los vicios á que el verdadero malhechor se entrega, groseros en lo general, y las pasiones que le subyugan son causa frecuentísima de sus enfermedades, y también con bastante frecuencia éstas determinan los unos y las otras. Todas ellas reunidas debilitan y malden su naturaleza, cambian su carácter, infeccionan su espíritu, lo arrastran casi fatalmente á la senda del crimen y le hacen permanecer en ella contra todos los esfuerzos. Es, pues, recíproca su acción. Enfermedades, vicios y pasiones forman el criminal.

Pero ¿cuáles son las causas, las clases y los efectos de las pasiones? Mr. Descuret contesta también á esta pregunta, y como sus ideas son las de un profundo observador, creemos oportuno exponerlas para hacer después aplicación de ellas al indicar las pasiones de los delincuentes. Ocupándose de la división, ó más bien, de la clasificación, dice que «las pasiones, lo mismo que las necesidades y los deberes, pueden dividirse en *pasiones animales*, *pasiones sociales* y *pasiones intelectuales*»; que las primeras, ó sea las *animales*, «limitadas á los deseos, y limitadas de igual manera que las necesidades de que emanan, á cierta especie de periodicidad, comprenden la

borrachera, la *gula*, la *cólera*, el *miedo*, la *pereza* y el *libertinaje*; que entre las segundas, esto es, las que denomina sociales, «cuyos deseos son casi siempre continuos é insaciables, pueden colocarse el *amor*, la *soberbia*, la *vanidad*, la *ambición*, la *avaricia* y la del *juego*», y que entre las últimas, ó las que califica de intelectuales, deben contarse «la *mania del estudio*, la de la *música*, la de las *colecciones* y los *fanatismos* político, religioso y artístico». Y, á modo de complemento de esta clasificación, manifiesta que «además se ha pretendido la admisión de *pasiones lícitas* y *pasiones ilícitas*», habiéndose igualmente dado á algunas «la calificación de *nobles*, *grandes* y *generosas*», lo cual, á su juicio, constituye un verdadero error, puesto que «en primer lugar el mal nunca puede ser lícito; luego propiamente hablando no hay pasiones *leves*, pues el deseo del objeto más insignificante se aumenta y exalta hasta el punto de alterar la salud y turbar la razón, al mismo tiempo que degradan el alma, separándola de su supremo bien».

¿Cuáles son de estas pasiones las que dominan á los criminales *natos* ó *instintivos*, á los *profesionales*, á los por *hábito adquirido*? Todas las *animales*, la mayor parte de las *sociales* y ninguna de las *intelectuales*. De aquí sus deformidades morales, la índole perversa de sus instintos, la grosería de sus apetitos, lo innoble de sus hábitos, la degradación de sus costumbres, la tendencia de sus actos y la casi completa ausencia de cuanto más eleva al ser humano, de cuanto más se aleja de la *animalidad*. Casi en su totalidad son borrachos, glotones, perezosos, libidinosos, cobardes y coléricos, aun cuando no en el mismo grado, y también casi todos son aficionados al juego, neciamente vanidosos, corroídos por la envidia y subyugados por cierto género de soberbia. Estas pasiones, varias de las cuales debieran más bien calificarse de apetitos, determinan en gran parte las enfermedades y degeneraciones físicas y psíquicas á que Mr. Decuret alude. Para satisfacerlas, y mayormente teniendo como tienen trastornadas dichos malhechores las nociones del bien y del mal, de lo digno y de lo indigno, son capaces de todo, lo mismo de vender al amigo íntimo que de besar las plantas del adversa-

rio, de entregar su amante á tráficos impuros pura lucrarse que de entregarse ellos mismos á tráficos aún más innobles si cabe. Recordamos en Barcelona algunos establecimientos cuyos parroquianos eran casi todos gente maleante, y en donde ladrones, rateros y timadores pasaban el tiempo que les dejaban libres sus *especiales faenas* en comilonas y partidas de juego, recibiendo y gastando acto seguido el dinero que sus queridas les entregaban del producto de su prostitución, sirviendo además en ciertas horas de porteros, camareeros ó algo peor, realizando cuando les era posible el repugnante timo del *gato* ó del *ratoncillo*, en *mancebías* de la más ínfima clase. Eso mismo y en mayor escala acontece en Madrid. Á tal abyección les llevan sus pasiones, incluso muchas de las que, difiriendo de Mr. Descuret, no calificaremos nunca de sociales.

Después de hecha la clasificación de las pasiones, formula Mr. Descuret la cuestión de cuál es el asiento de las mismas, y la resuelve del siguiente modo: «La observación, de acuerdo con el raciocinio, induce ó admite que, residiendo en todo el organismo, son trasmitidas del cuerpo al alma y de ésta al cuerpo por el intermedio de nuestros dos sistemas nerviosos, á los que conmueven simultáneamente, con la diferencia de que su *contragolpe* se comunica unas veces al centro *cerebro-espinal* y otras al centro nervioso, que lesionan».

Por último, y prescindiendo de consideraciones que no carecen de interés, pero que son ajenas á nuestro estudio, dice Mr. Descuret: «Las pasiones pueden considerarse como un producto de la locura, pues, á más de que presentan los mismos síntomas, tienen una analogía muy notable con la misma, lo cual, en lo general, consiste en que cuando ocasionan un notable trastorno de la razón, conservan de tal modo el sello de su origen que parece ser una continuación del acceso de la pasión primitiva. Las pasiones sobrecargadas, esto es, las que estallan de repente con violencia, se acercan todo lo posible á la locura. En aquellas cuyo curso es crónico, la imputabilidad existe, en especial durante los dos primeros períodos. En el tercero, la libertad moral, el libre albedrío no existe ya en toda su plenitud, porque entonces, por un funesto efecto,

la conciencia, por lo regular, enmudece y, más ó menos, se falsea el juicio».

En este pasaje final, Mr. Descuret establece la diferencia que hay entre el delincuente pasional, cuya pasión estalla de pronto con violencia extraordinaria, produciéndose inmediatamente la reacción, y el criminal verdadero, en quien no una, sino varias pasiones ejercen sobre él su acción, subyugándole lentamente, arraigándose por el hábito, contribuyendo á la formación de su naturaleza psíquica y sirviendo de estimulante á sus malos propósitos. El primero, bajo el impulso momentáneo de la pasión, es un loco, y como tal obra; el segundo, en realidad, no lo es nunca. El predominio y la persistencia de ciertas pasiones, que jamás responden á un móvil noble, son una de sus características.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

El mundo se ha convertido en un campo de batalla. La guerra ha cobrado un protagonismo que no se veía desde la Segunda Guerra Mundial. Los conflictos armados se suceden en todo el planeta, desde las zonas montañosas de Afganistán hasta las calles de Irak, desde las selvas de Colombia hasta las zonas urbanas de Siria. La guerra ha dejado un saldo de millones de muertos y cientos de millones de desplazados. La humanidad se enfrenta a una crisis sin precedentes. La guerra ha destruido el tejido social, ha arrasado con la economía y ha provocado una crisis humanitaria de dimensiones globales. La guerra ha convertido a millones de personas en refugiados y desplazados internos. La guerra ha provocado una crisis de valores y de principios. La guerra ha demostrado que la fuerza es el único lenguaje que entienden los seres humanos. La guerra ha demostrado que la justicia no existe. La guerra ha demostrado que el poder es el único objetivo. La guerra ha demostrado que la vida es un sacrificio. La guerra ha demostrado que la muerte es el único destino. La guerra ha demostrado que el dolor es el único lenguaje que entienden los seres humanos. La guerra ha demostrado que la esperanza no existe. La guerra ha demostrado que el futuro es un sueño. La guerra ha demostrado que el presente es el único momento que importa. La guerra ha demostrado que la vida es un sacrificio. La guerra ha demostrado que la muerte es el único destino. La guerra ha demostrado que el dolor es el único lenguaje que entienden los seres humanos. La guerra ha demostrado que la esperanza no existe. La guerra ha demostrado que el futuro es un sueño. La guerra ha demostrado que el presente es el único momento que importa.

CANTARES ARAGONESES

Cuando un maño se halla triste
canta la jota y se alegra,
que es la jota en Aragón
remedio contra la pena.

Teniendo un aragonés
buen vino de la Rivera
y el guitarrico en las manos
no envidia á nadie en la tierra.

Es la Virgen del Pilar
la Virgen más militar,
y su recuerdo va unido
con el de grandes hazañas.

Antes se quedará el Ebro
sin su hermoso caudal de agua
que en el Aragón se entibie
el amor hacia la patria.

Todo buen aragonés
deja á sus hijos de herencia
el valor y la hidalguía
aunque no deje riquezas.

Tres cosas tiene Aragón
que no se olvidan jamás:
el guitarrico, la jota
y la Virgen del Pilar.

La Pilarica es la Virgen
á quien tengo devoción;
Pilar se llama mi madre
y Pilarica mi amor.

No pierde el aragonés,
aunque viva en tierra extraña,
su amor á la Pilarica
y el recuerdo de su patria.

Ni con la maza de Fraga
ni la campana de Huesca
se arma nunca tanto ruido
como si grita mi suegra.

Desde Jaca hasta Teruel
y de Tauste á la Junquera,
la canción que todos cantan
es la jota aragonesa.

No sé lo que tiene, madre,
la jota de nuestra tierra
que el corazón de alegría
se ensancha al pensar en ella.

No hay en el mundo canción
que compita con la jota,
que es la que mejor denota
lo que siente el corazón.

GABRIEL M.^a VERGARA.

POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

Se puso en práctica el reglamento para la ejecución de la ley del descanso dominical. La verdad es que no ha habido alteraciones sustanciales del orden público, ni grandes protestas por cuantiosos intereses seriamente lesionados. Pero también es cierto que se han buscado y siguen buscándose callejuelas para burlar, si no la letra, al menos el espíritu de ley y reglamento. Díganlo si no los periódicos, con su impresión antes de las doce de la noche del sábado; los pueblos, alterando costumbres para poder correr toros los domingos, y los taberneros, guisando cuatro trocitos de bacalao para cambiar las tabernas en casas de comidas. Si los legisladores no cambian la cosa (que al fin y al cabo de cambiar es) encerrándola en sus verdaderos límites, es muy probable que la lima del tiempo pula y alise todos los ángulos salientes, y resulten caducados en plena infancia la mitad de los artículos prohibitivos del ya tijereteado reglamento.

*
* *

Gran marejada anuncian los periódicos en las recién abiertas Cortes, con motivo de todos los asuntos que en ellas saldrán á plaza, principalmente con el llamado de las órdenes religiosas. Montescos y capuletos, y valga el símil, parece que van á reñir formidable batalla, á juzgar por los aprestos que hacen. Cuestión es que realmente divide mucho los ánimos, que por esta división puede llegar á términos de gravísimo encono, y que por lo mismo requiere un estudio histórico y sociológico muy serio, y una discusión tranquila y razonada para evitar sacudidas turbulentas, y llegar á un fin

conciliador que no comprometa la paz que, tras de tantas desventuras, hoy felizmente disfrutamos. Dios ponga tiento en las manos llamadas á tocar el asunto, y lleguen amigos y contrarios á términos de conciliación que nos eviten nuevas desgracias en el suelo patrio.

*
* *

Graves acusaciones hace *La Correspondencia de España* al Sr. Ministro de Marina, añadiendo que el asunto se llevará al Parlamento. Así sea, que todo cuanto concierna á mostrar cómo emplean los Gobiernos los caudales que la Nación pone en sus manos, es obra meritoria. Veremos si son ó no ciertos los cargos que articula el escritor, que se firma Juan de Aragón.

*
* *

Se han abierto las Cortes. El Sr. Maura, en la reunión preparatoria que se celebró, en medio de sus arranques oratorios, dijo á diputados y senadores que era necesario trabajar mucho para sacar adelante los proyectos de leyes que hay presentados y otros que se presentarán. Las oposiciones se preparan á combatir, según puede colegirse de las manifestaciones hechas por los jefes, de modo que se puede pronosticar una legislatura animada. Pero es muy de temer que siga sucediendo lo de siempre, esto es, que el flujo oratorio sea el que domine, y vengan los discursos pasionales, tan bonitos como inútiles. El tiempo dirá.

*
* *

Es un hecho que se habla insistentemente de la reunión de los dos grupos en que se encuentra dividido el partido liberal. Por bien del país, de la monarquía, del orden, y hasta de los mismos liberales, es de desear que la fusión se haga, desapareciendo rencillas y ambiciones personales, y sacrificando todos en el altar de la patria lo que á cada cual le separe del criterio que adopte la masa común.

*
* *

Son de citar, á más de lo dicho: 1.º Viajes de S. M. el Rey á varias provincias aún no visitadas, y como nota afectuosa y pintoresca la escolta de ciento cincuenta charros, montados, armados y vestidos lujosamente, que le acompañó al entrar en Salamanca. 2.º El viaje del Sr. Salmerón á Barcelona y Zaragoza, en son de propaganda republicana, con más el grave accidente ocurrido al mismo señor en la segunda de estas dos ciudades, accidente que puede ser de consecuencias para el que le sufrió, para el republicanismo español y aun para la nación entera. 3.º Unas maniobras de dos divisiones de caballería, que es bueno que se hayan hecho; pero que es imposible analizar porque no hay hasta ahora más que informes de periódicos y aun éstos harto incompletos. Y 4.º Huelgas por aquí y por allá, no de mucha gravedad, y que, más que justificadas, aparecen como resultado del carácter vehemente de los españoles y de la presión que los llamados libertarios ejercen sobre la masa obrera.

II

En Roma se ha celebrado un Congreso de los que se llaman librepensadores. Poco sabemos de él, y bien corto ha sido; han asistido, á juzgar por las listas publicadas, muchos y muy notables hombres de ciencia, y casi no hay más que decir sobre el asunto. Pero es de notar que para la mayoría de las gentes, librepensador significa lo mismo que anticatólico, y, á partir de esta base, se creía por muchos que dicho Congreso iba á ser un club antirreligioso de grandísima resonancia. No ha resultado tal cosa, y es de celebrar, porque sería muy perjudicial resucitar los enconos de otros días.

*
* *

Rusos y japoneses. La empeñada y larga batalla de Liao-Yang no ha producido resultados de nota para la terminación de la guerra. Así quisimos indicarlo en nuestro artículo del mes anterior. Kouropatkine es decididamente un buen táctico, y por tal le reconocen hoy cuantos entienden de asuntos bé-

licos y siguen con atención las operaciones que se ejecutan. Previó con tiempo el movimiento envolvente que inició Kuroqui, y antes de que se desarrollara evacuó la posición, é hizo su ordenada retirada á Mukden con escasas pérdidas, valientes combates de retaguardia y feliz resultado. A batalla y retirada siguió un período de descanso preciso, indispensable, lo mismo á vencedores que á vencidos, para descansar, comer, dormir, reorganizarse y ponerse en disposición de combatir nuevamente. Por eso en todo Septiembre no ha habido más que refriegas parciales y tiroteos de avanzadas. Ya tenemos á los japoneses enfrente de Mukden. ¿Acometerán una nueva batalla? ¿Lograrán ventaja en ella? ¿Tendrán fuerzas para repetir la maniobra envolvente y hacer que ésta resulte más eficaz que en Liao-Yang? Cuestiones son éstas muy arduas, porque se las han con un adversario diestro y con tropas sólidas. El yunque, que dijimos en uno de nuestros artículos anteriores. Porque ya lo saben, si acometen, Kouropatkine resiste, y si tratan de envolverle, se retira hacia Karbin; retirada que seguramente tiene ya preparada, y que hará con tanto método y orden como la de Liao-Yang. Resultará en último término una aventura peligrosa para el valeroso ejército japonés. Valeroso, sí; pero eso de derrochar gente y más gente no conduce del todo al fin que se busca.

En-Port-Arthur poca novedad. El sitio sigue con bastante lentitud. No son creibles tantos y tantos asaltos, ni tanta ni tan espantosa mortandad; es de creer que aún hay para tiempo, porque los sitiadores aún no se han apoderado de todas las fortalezas exteriores, y queda por lo tanto todavía incólume el cuerpo principal de la plaza.

De guerra marítima nada. Unos y otros deben estar bastante malparados; pero aun así los japoneses siguen siendo dueños del mar. La escuadra del Báltico parece el enano de la venta. ¿Va ó no va? Acaso no vaya porque se prevea que puede necesitarse en Europa, como apuntamos el mes pasado.

*
*
*

La cuestión del Tibet no parece tan terminada como Inglaterra quisiera. Algo hay por allí que resiste á pesar de la diplomacia y arreglos; pero como la comarca está tan lejos y con tan pocas comunicaciones, resulta muy difícil saber lo cierto, y más aún hacer juicio sobre ello.

L. MARISCAL.

En el año de 1810, cuando se celebró el primer Congreso de la independencia, se discutieron los fundamentos de la nueva constitución. En este momento se establecieron los principios de la soberanía nacional y la separación de poderes. Estos principios fueron la base para la creación de la Constitución de 1826, que marcó el inicio de la vida constitucional de la República.

LA NACIÓN

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Homenaje á D. Francisco Codera *en su jubilación del Profesorado. Estudios de erudición oriental, con una introducción de D. Eduardo Saavedra.*—Zaragoza, 1904.

Los discípulos y admiradores que dedican estudios al insigne ex catedrático de la Universidad Central son: J. Alemany.—R. Altamira.—M. Asín.—L. Barrau-Dihigo.—R. Basset.—F. Carreras.—R. Chabás.—H. Dèrenbourg.—L. Eguílaz.—E. Fagnan.—M. Ferrandis.—R. García de Linares.—M. Gaspar.—L. Gauthier.—P. Gil.—M. J. de Goeje.—M. Gómez Moreno.—L. Gonzaulvo.—I. Guidi.—E. de Hinojosa.—O. Houdas.—E. Ibarra.—D. Lopes.—D. B. Macdonald.—A. F. Mehrem.—M. Menéndez y Pelayo.—R. Menéndez Pidal.—J. Miret.—C. A. Nallino.—M. de Pano.—A. Prieto.—J. Ribera.—E. Saavedra.—C. F. Seybold.—R. de Ureña.—M. Viscasillas.—A. Vives.—A. Fequí.

Digno es el Sr. Codera del homenaje que le tributan admiradores y discípulos. El Sr. Codera, que por su sabiduría fué uno de los más ilustres catedráticos de la Universidad Central y que como académico de la Real de la Historia aportó á esta ciencia valiosísimos datos con su labor infatigable, es en el aspecto moral un exacto cumplidor de la regla de San Francisco, que á los tres votos de *pobreza, obediencia y castidad* añade un cuarto voto: el *amor al estudio, en particular á la lengua árabe*.

Nosotros, que abogamos en nuestra modesta esfera para que al maestro se le otorgara la gran cruz de Alfonso XII como débil recompensa á su positivo valer, nada nuevo podríamos añadir á lo que entonces dijimos.

En la memoria de todos se hallan los desvelos, el desinterés, los sacrificios del Sr. Codera por fomentar los aquí olvidados estudios orientales y por prestar apoyo á cuantos fueron sus discípulos un día.

Honrando á este venerable apóstol de la enseñanza, que consagró á ella su vida entera, se honran los que le dedican tan merecido testimonio de admiración y afecto.

¿Seré incasable? *Monólogo escrito por D. GABRIEL MARÍA VERGARA.—Guadalajara, 1904.*

Con mucho gusto hemos leído esta obrita del Sr. Vergara. Hállase escrita con mucha facilidad y singular ingenio. Sin pretensiones literarias transcendentales, con la sencillez de asunto propio de este género dramático, logra el Sr. Vergara, que no es un profesional en la materia, interesar agradablemente al lector.

Orti y Lara y su época. *Estudio sociológico-necrológico, por D. DAMIÁN ISERN, individuo de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.—Su precio, 2 pesetas.—Madrid, 1904.*

El distinguido publicista D. Damián Isern ha escrito, por encargo de la citada Real Academia, una obrita para dar á conocer la labor filosófica de D. Juan Manuel Orti y Lara, antiguo profesor de la Universidad Central. El Sr. Orti y Lara era un hombre muy bueno, laboriosísimo profesor y genuino representante de la filosofía de Santo Tomás. En la historia de la filosofía tradicional española su nombre brillará al lado de Balmes y del P. Ceferino González.

Enfermedades del naranjo y accidentes meteorológicos á que está expuesto su fruto, *por D. MANUEL SANZ BREMÓN, ingeniero jefe de la Región agronómica de Levante.—Valencia, 1904.*

El Sr. Sanz Bremón acaba de publicar el interesantísimo trabajo que presentó al Congreso agrícola regional de la Federación Agraria de las provincias de Levante, celebrado en Febrero del presente año. Dada la autoridad que tiene el autor del folleto en

tales materias, sería de desear que éste se estudiase mucho, en particular en las provincias de Valencia, Murcia y en todas las de Andalucía.

PEDRO ANSÚREZ.

* * *

Castilla, por LEONARDO WILLIAMS.—*Madrid, 1904.*

Williams es inglés; conoce los secretos del paisaje gris como cosa propia; las nieblas en el cielo con su color de plomo y sus manchones negros, siempre de un mismo matiz, siempre con gesto de lluvia y de tristeza, y la tierra, con su color pardo oscuro, más triste que el del cielo, dicen en la patria de los sajones una canción que acorda bien con las canciones castellanas.

Toledo es gris, los muros de sus casas conocieron á Carlos, y de entonces á acá han recogido todo el polvo que se levantó de sus ancianas calles, han visto pasar los primeros cañones de bronce verdoso, que, haciendo rugir de espanto á los guijarros y á los hombres, bajaron furiosos la Cuesta del Alcázar, como si temieran llegar tarde á Flandes ó á Pavía, donde es fama que hablaron bien. Todo es gris: grises son las tapias de la Catedral; gris es su torre, de un gris azulado; grises más claras las fachadas del Alcázar, gris es Zocodover; sólo el Tajo tiene en el fondo de su cauce tintes azules y matices de nácar, que parecen robados á las carnes de la Cava cuando sus aguas la besaron.

Williams ha visto los dos Toledos que yo vi: la ciudad, desde la orilla del río, con sus cigarrales frondosos, con su vega reidora, con su cielo azul, de un azul castellano, y el Toledo de Zorri-lla, visto desde lo más oscuro de la más estrecha de sus calles en una noche sin luna. Ha visto morir-se poco á poco, con agonía lentísima y desesperante, el único farol que alumbraba una hornacina; allí dentro se vieron, cuando lucía el farol, las carnes ensangrentadas de un Cristo yacente y el rostro adolorido de una Virgen velando el cuerpo de su hijo; ha visto Williams, cuando ya todo estaba oscuro y en silencio, cuando en la negrura de la noche tan sólo se veía la torre de la Catedral, más negra aún que la negrura aquélla, ha visto, digo, dos caballeros vestidos con ropilla y calzón corto, envueltos en sus capas de ante, que suspiraban, y ceñidos sus cuellos con albas gorgueras almidonadas, los ha distinguido porque pasaron á su lado, y algo después ha sabi-

do que ceñían espada y que bajo la ropilla llevaban coseletes forjados en Toledo y con temple nacido en las aguas del Tajo.

Todos los españoles han leído á Zorrilla y conocen el puente de Alcántara y el Cristo de la Luz; saben, pues, cómo amanece en la corte de Carlos V y saben cómo se muere el sol allí; lo que no saben es cómo se puede soñar con tiempos muy pasados y cómo se debe ver el sepulcro de Tavera en los días presentes; los españoles saben que Toledo está cerca de Madrid, en tierras de Castilla, ceñido por el río emperador; pero no saben lo que Toledo vale y es necesario que entre sueños y realidades, entre risas y burlas, entre historias y leyendas, entre fábulas y prosas bien talladas, Williams, que es inglés, nos lo tenga que decir, con decires sabios y con verdades bien prudentes. ¡Ah los manes de los restauradores!

Williams es poeta y es sabio en ciencias de cosas viejas, que es bravo saber, y tiene una virtud digna de estimarse, porque es rara en los hombres: cuando canta bellezas, cuando dice armonías, se olvida de la ciencia y canta y dice bien, con ardores de entusiasmo, con ingenuidad de enseñador, con alma de poeta; y cuando ha menester ahuecar la voz y tomar aire doctrinal, lo hace sin acordarse de que cantó jamás y comienzan á revolar por entre las páginas fechas, estilos, nombres y lugares, y parece como si el viento fresco del saber tropezase en nuestras sienes y nos diese la agradable impresión de una cosa aprendida.

También Williams conoce el Madrid de los Fernandos y los Carlos, y el Madrid de los Alfonsos, sabe también sus calles viejas y puede decir y dice á veces aventuras galantes de princesas y príncipes, y ha saludado en una callejuela sin salida, con reverencia sajona, á una bruja que preparaba redomas con unguentos y aceites.

El autor de *Castilla* sabe del paisaje y compone de manera gloriosa cuanto se propone, tiene una visión envidiable y siempre cuanto hay de bello en un lugar sabe apreciarlo. Su paleta no miente, bien claro está que los colores que prodiga son los mismos colores que él ha visto, y de esta manera *sus naturalezas* tienen el alma del modelo, los mismos matices, los mismos cielos y los mismos rumores.

Cuando cierra los ojos y ve lo que pasó hace ya siglos, si no lo dice tal como fué, lo dice al menos tal como yo me lo imagino.

Castilla es un libro ameno que tiene entre sus páginas viejas

consejas de los abuelos con sabor á antiguo, con aroma de ropilla de caballero y con músicas de trovadoras mandolinas; parecen escritas en pergamino, con iniciales rojas y con la tinta del texto amarillenta, como las rancias executorias de hidalguía; tiene también enseñanzas que suenan á nuevo, con acordes desconocidos, con detalles curiosos que debieran ser de todos sabidos como aquellas leyendas; todo en el libro es amable, como viejo simpático ó como niño alegre; todo en él es digno de ser conocido para ser admirado, como mujer hermosa.

MIGUEL A. RÓDENAS.

* * *

Epistolario de Angel Ganivet. *Primer tomo de la Biblioteca Nacional y extranjera. Lo ha publicado LEONARDO WILLIAMS, editor.— Madrid.*

En nuestras manos este libro, no abierto aún, ya nos maravilla, pues su pulcra edición pregona un buen gusto ajeno á las ediciones castellanas.

Abriremos este libro con emoción, como el entrar en un templo donde se adora el alma de un gran hombre.

Ganivet fué el nombre de un talento y una voluntad. Me parece tan insólito el caso, que á las veces, pensando en su existencia efímera, me ocurre si aquél fué un ser de otro mundo de seres superiores que vino á divertirse viendo á este pobre rey de la creación. Ganivet, el grande Ganivet, el intelectual, fué un superhombre. Y este ser superior que vió con su visualidad clarísima la humanidad tal cual es... ¡tuvo que suicidarse! Siento impulsos patentes de construir una epopeya para grabarla en mármoles sobre su lápida tumbal.

Leyendo estas páginas, no buscamos tan sólo la afición artística sino las excelencias del hombre. ¿Cuál mayor que la voluntad? Citar el caso de un hombre que para la acción sólo necesita «querer» me conforta como una bocanada de aire sano. Dijo en cierta ocasión, por boca de Pío Cid: «El único sacrificio noble que puede hacer el hombre, es el de su vida en aras de su creencia ó de su capricho.» Después de esta afirmación, lo confieso, me parece el acto más natural el de su muerte. Porque si ciertamente hubiese subsistido la fuerza de los razonamientos aunque hubiese muerto en su cama, «pues lo que afirma una idea, no es la demostración práctica, sino la convicción personal», realizar lo que su razón le

dictaba nos demuestra dos cosas: primera, el poder de una gran decisión; segunda—bien pudiera ser corolario de la anterior,—la posibilidad de conciliar «el querer» y «el intelecto» pese ó no á los instintos, ó á lo que tenemos por tales: esas tendencias arraigadas por la costumbre, la educación y el atavismo.

De nuestro fin en el mundo dice la última carta, y es una de las más pródigas de pensamientos; pensamientos «que no sé—dice—si nacen de la melancolía ó si son ellos los que, por el contrario, la engendran.» «Y es tal la fuerza atractiva de las ideas tristes que, una vez que se enseñorean de nuestro ánimo, nos hallamos muy felices con ellas y no las cambiaríamos por las más optimistas y regocijadas de los que viven bien avenidos con sus rutinas fisiológicas.»

Habla del feminismo, de la mujer, del matrimonio. Mucho espacio habría de ocupar si abandonándome á mis deseos copiase todo lo digno de que aquí se repita; pero, aunque sucintamente, he de referir algo, pues no es la cosa para pasada en silencio. Las condiciones todas de la vida y del hombre confirman la tesis de un su antiguo compañero de dominó: «Le mariage est très bon... mais pour les autres.» No damos á la mujer libertad ni atribuciones para que busque por sí sola el sustento, no las igualamos á nosotros *en el terreno práctico*, y—hoy por hoy—hacemos bien, «porque la naturaleza de la mujer exige que su lugar sea inferior al del hombre en cuanto á los asuntos de interés general», pues «su gran habilidad consiste en conocer las personas por impresión y las cosas por presentimientos; pero esto de vez en cuando.» Y así todas las mujeres que no tienen rentas á «un 50 por 100 del total» (más me parece á mí) se ven precisadas á caer en la prostitución ó en el matrimonio de conveniencia, que es otra prostitución como la anterior. «El que no puede ó no quiere casarse tiene una querida; cuando ésta se pone enferma ó le aburre, busca chicas volátiles ó va á las casas de prostitución. En resumen, una poligamia costosa, molesta y asquerosa.» «Quizás conozcas la contestación que un diplomático turco dió á otro francés que se extrañaba viendo que en un harem se distinguía perfectamente la sultana ó la esposa de las concubinas, cada una de las cuales ocupaba el rango correspondiente á sus propios méritos: «Créame usted, amigo mío, que nosotros hacemos lo mismo que los demás hombres de Europa...»

Parece un libro escrito para indignar á un burgués; la moral casera se subleva al leerle. Y es que su talento superior, aristo-

crático y amplísimo le sugería mil y mil pensamientos audaces, tan limpios y tan únicos que evitaban el contacto de nuestro razonar pedestre, rehuyendo un manchón de mediocridad ramplo-na. Odia la ridiculez; y de no ser grande, ser ínfimo: «Ninguna persona decente debe aspirar á ser Palacio, ni Ferrari, ni Rueda, ni Cano, ni Codina, etc., etc., aunque alguno de éstos coma un poco mejor que el común de los mortales.» No le creáis por esto vanidoso: la vanidad sólo hermana con las inteligencias mezquinas. Su prosa es familiar, natural, despreocupada. Sólo por elevación de espíritu contempla con envidia las alturas. Quisiera por arte mágica dormirse unos millares de siglos y despertar cuando, teniendo alas los hombres, pudiera volar, «comiendo aire á todo pasto y sin miedo de tropezar más que con algún pico del Himalaya ó cosa así.»

De esta afición proviene una de sus dotes más características. Todo asunto lo ve serenamente á vista de pájaro, con visualidad penetrante; como contempla desde arriba, ningún matiz pierde, no escapa á su percepción ninguna fase de la idea. Sin duda, debido también á sus nostalgias de águila, todos sus pensamientos parecen nacidos en las cumbres.

Asombrosamente fértil, prodiga sus genialidades. Y el simple relato de sucesos va enganchando y sacando á la luz madejas de cuestiones interesantísimas. Y así, en una carta dice admirables cosas del socialismo y en otra advierte el cambio de pluma «por el valor psicológico que el hecho pueda tener», y en otra nos encanta reflexionando sobre su aventura de amor reciente, y en otra: «El tipo artístico es siempre una combinación no arbitraria, sino natural, de rasgos ridículos y de locuras ó arranques pasionales.» «Pero somos tan *canallas* que llamamos ridículo á un hombre que quiere amar y no puede porque es jorobado...»

Y así todo. Este es el Ganivet que vemos en sus cartas: sereno, clarísimo, profundo y humorista; con la suave ironía de quien conoce el corazón humano.

Grato es para nosotros el conocer las almas de quienes admiramos. Por eso yo al afortunado coleccionador de estas cartas pido, como goloso nunca satisfecho, más, siempre más.

También á la revista *Helios* hemos de agradecer las primicias de este manjar sabroso.

MANUEL ABRIL.

SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO

FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMOGÉNEO

Acero BESSEMER (primera y única en España) y acero SIEMENS-MARTÍN en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en viguería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.

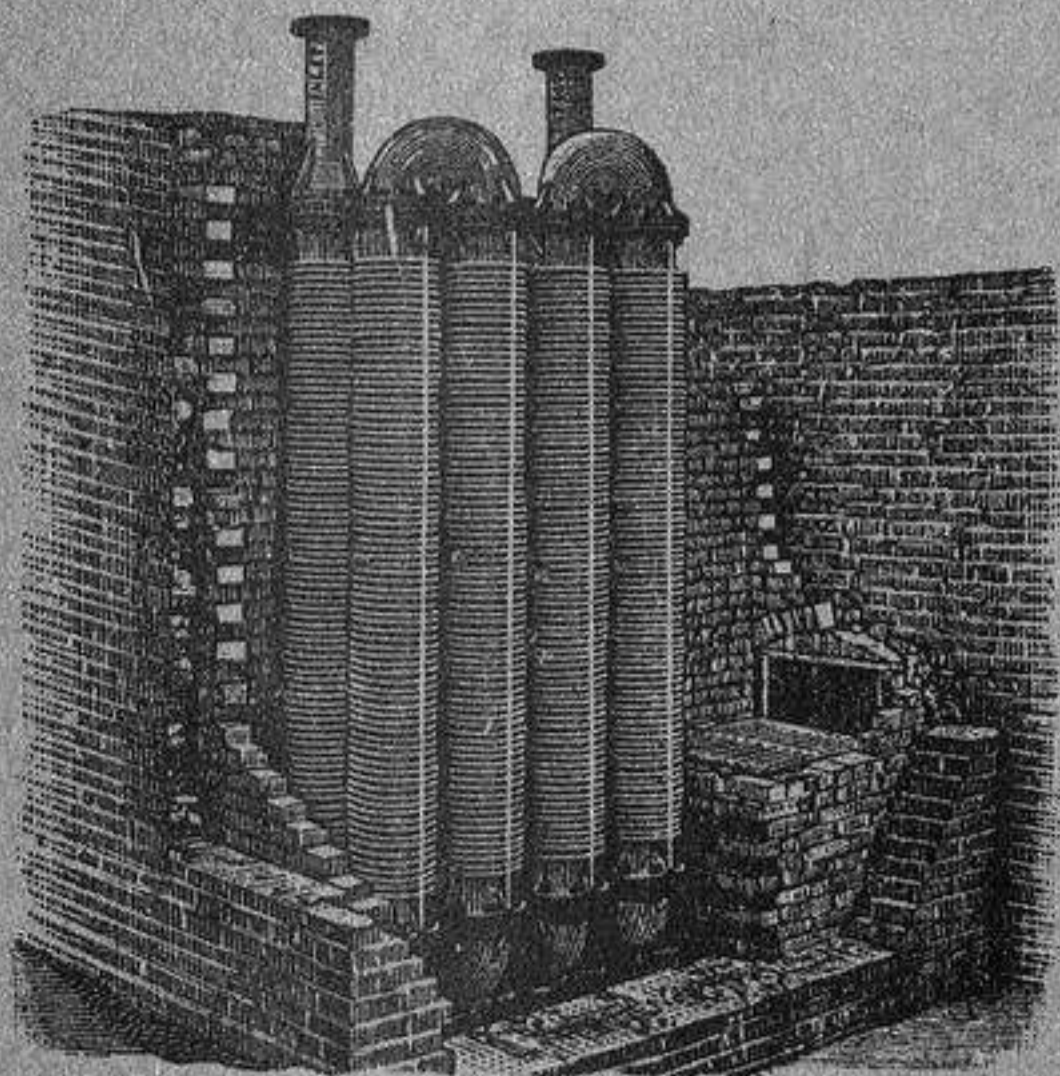
SOBRECALENTADOR (SURCHAUFFEUR) SCHWOERER

Economiza ANUALMENTE

15.000.000 DE FRANCOS DE HULLA EN LA INDUSTRIA

Con patente de invención en todos los países.

Se obtiene con él hasta un 35 por 100 de economía. Funcionan actualmente más de 6.000 aparatos. Entre otras casas, lo han adquirido:



Siemens et Halske, de Viena (95 aparatos); Sociedad de *Forges et Aciéries*, de Rothe Erde, cerca de Aix-la-Chapelle (68 aparatos); Sociedad de Hilados de Lana, en Vöslau, junto a Viena (30 aparatos); Sociedad anónima de Alumbrado Eléctrico del Sector de la Plaza Clichy, en París (10 aparatos).

Para más detalles dirigirse al inventor:

M. EMILIO SCHWOERER, Ingeniero,

EN COLMAR (ALSACIA)

SOCIEDAD DE ACTOS HONROS

Y FUNDACION DE LA ESCUELA DE INGENIERIA EN CHILE

DECLARACION DE BIENES Y PATRIMONIO

Yo, don EMILIO AGUIRRE, de edad de años, casado, de profesión Ingeniero Civil, y de domicilio en la ciudad de Santiago de Chile, declaro que poseo los bienes y patrimonio que a continuación se detallan:

1. Inmuebles: Casa N° 1234, calle Principal N° 567, Santiago.

2. Bienes muebles: Automóvil marca Ford, modelo 1950, matrícula N° 1234567.

DECLARACION DE BIENES Y PATRIMONIO

Yo, don EMILIO AGUIRRE, de edad de años, casado, de profesión Ingeniero Civil, y de domicilio en la ciudad de Santiago de Chile, declaro que poseo los bienes y patrimonio que a continuación se detallan:

1. Inmuebles: Casa N° 1234, calle Principal N° 567, Santiago.

2. Bienes muebles: Automóvil marca Ford, modelo 1950, matrícula N° 1234567.

3. Bienes muebles: Automóvil marca Ford, modelo 1950, matrícula N° 1234567.

4. Bienes muebles: Automóvil marca Ford, modelo 1950, matrícula N° 1234567.

5. Bienes muebles: Automóvil marca Ford, modelo 1950, matrícula N° 1234567.

6. Bienes muebles: Automóvil marca Ford, modelo 1950, matrícula N° 1234567.

7. Bienes muebles: Automóvil marca Ford, modelo 1950, matrícula N° 1234567.

8. Bienes muebles: Automóvil marca Ford, modelo 1950, matrícula N° 1234567.

9. Bienes muebles: Automóvil marca Ford, modelo 1950, matrícula N° 1234567.

10. Bienes muebles: Automóvil marca Ford, modelo 1950, matrícula N° 1234567.

11. Bienes muebles: Automóvil marca Ford, modelo 1950, matrícula N° 1234567.

12. Bienes muebles: Automóvil marca Ford, modelo 1950, matrícula N° 1234567.

M. EMILIO AGUIRRE, Ingeniero.

1950